



Multiversidad Mundo Real Edgar Morin

El Esquizométodo: una apuesta transcompleja para las ciencias

Tesis en opción al título de
Doctor en pensamiento complejo

Autor

Fabian Andrey Zarta Rojas

Bogotá, Colombia
2024

Agradecimientos

Esta obra naciente es fruto de una serie de experiencias personales, lecturas teóricas y literarias y resultados de una serie de estudios interdisciplinarios que hoy se condensan gracias a todos un grupo de profesionales con los cuales pude discutir cada idea, cada palabra naciente y que me llenaron de ánimo para poder terminar de forma exitosa el presente texto a todos ellos ¡gracias!

Dedicatoria

A mi abuela, por escaparse de la realidad.

A Cristian Cifuentes y Alexander Nivia, por enseñarme a ser libre.

A todos mis maestros, por creer en mí.

A mí, por resistir.

Preámbulo: la era post cuántica.

*“Nada en la vida es para ser temido, es sólo para ser comprendido.
Ahora es el momento de entender más, para que podamos temer menos”*
(Marie Curie)

Cuando nos preguntamos por la importancia de la ciencia, estamos aludiendo a una serie de cuestiones dirigidas al saber sobre el mundo que nos rodea y más exactamente a nuestra razón de ser en este mundo. Algunos de esos cuestionamientos son: ¿Qué leyes rigen el mundo?, ¿qué es la vida?, ¿cuál es la función del ser humano en la tierra? Las respuestas a todas ellas han permitido, a lo largo de la historia de la ciencia, mejorar la calidad de vida humana en las actividades cotidianas.

Uno de los sucesos que tal vez pasa inadvertido cuando se revisa dicha historiografía, es el desarrollo de los valores en el ser humano. De hecho, son los valores los que permiten el avance científico y no sólo los descubrimientos porque, cuando algo se descubre en el mundo, cambia *la forma en la que se ve el mundo* o el objeto de estudio y esa condición pertenece al mundo de las ideas y valores, no al mundo de lo sensible.

El giro que genera esta cuestión no resulta obvio, debido a que pensamos que el “desarrollo” está ligado expresamente a los avances tecnológicos que son de carácter material; pero el anverso del asunto es que evoluciona la forma de pensar sobre los problemas de la época, de la década o del lustro. De todas formas, lo que se quiere advertir es que las ciencias, ya sean naturales o sociales, no se deben postrar sobre una visión solo tangible; de hecho, la enseñanza que nos dejan los descubrimientos de la física cuántica es precisamente la existencia de unos niveles de realidad, conciencias y flujos de información que alteran de una forma casi paradójica la manera como percibimos lo que somos y lo que representamos.

De hecho, en un reciente estudio desarrollado por University College de Londres titulado “*Gravitationally induced decoherence vs space-time diffusion: testing the quantum nature of gravity*” (Oppenheim et al. 2023) se desarrolla una teoría bastante radical que une algo que antes parecía ser utópico: la física cuántica y la termodinámica, una cuestión que hace más de un siglo se viene estudiando por su “contrariedad” (ser totalmente opuesta). En el artículo, publicado en las revistas científicas *Physical Review X* y *Nature Communications*, se pone en crisis la noción del tiempo, puesto que parece que los investigadores encuentran cierta inestabilidad en él. Parecen haber encontrado una partícula “teóricamente” denominada “*graviton*” que pudiera permitir la interacción entre las leyes que rigen la gravedad (el macrocosmos) con lo cuántico (el microcosmos). Así las cosas, las dos grandes cuestiones físicas del último siglo (que han permitido muchos avances) podrían estar dialogando, inicialmente gracias a dicha teoría, a través de una partícula, canal o sendero, algo diminuto pero que sin duda marcará de modo transcendental la forma de pensar y ver el

mundo. De manera que, con descubrimientos de este tipo, se da paso a la era post cuántica, que impactará al mundo de múltiples formas, como efecto de un pensamiento en todo caso transcomplejo.

El ser humano en sí mismo es algo científico y vive rodeado de ciencia. Ahora bien, ante los indiscutibles aportes de las ciencias de la complejidad, como la termodinámica, la física cuántica, la biología evolutiva, la química molecular, etc., siguen existiendo unos retos, pero no para ellas mismas, sino para las ciencias humanas y sociales que son su complemento, puesto que ninguna ciencia es capaz de explicarse por sí misma sin el uso de otros campos disciplinarios, lo que implica una colaboración permanente entre todas las áreas, campos y ciencias, entre todas las maquinas generadoras de conocimiento.

Entre los retos que plantean las ciencias de la complejidad, y que involucran a las ciencias humanas y sociales, está la gestión de herramientas y creación de metodologías capaces de seguir fortaleciendo una relación discursiva y epistémica entre diversos campos. Sin embargo, el término “campo” tiene otra connotación puesto que ya no se trata del conocimiento en su devenir cognitivo, sino ahora en el cuántico, es decir, aquel que permitirá diseñar y enseñar formas en las que el homo sapiens pueda experimentar el paso de un nivel de realidad a otro, como también explicarle al ciudadano de a pie cómo puede servirse del desarrollo científico para su cotidianidad en esta era del Antropoceno. Estas apuestas requieren de unos esfuerzos decididamente transdisciplinarios, como también de unas implicaciones metodológicas que permitan acortar las brechas entre los cientos de conocimientos aún aislados en el ámbito académico. En este punto, vale la pena hablar de metodologías disruptivas o, como prefieren decir ciertos filósofos, “*anti-métodicas*”.

Emerge entonces la pregunta: ¿por qué es importante un anti-método? No solo es importante, sino imprescindible en muchos aspectos: por una parte, desde lo científico un anti-método se plantea como protesta, como postura rebelde ante la estructuración, la sistematización y la organización; por otra, desde lo político, un anti-método reclama su espacio para no inscribirse en un discurso académico, y asumir una actitud amorfa, gaseosa o líquida en la que no se termina de acomodar; en otros términos, se desplaza libremente de aquí a allá sin barreras, pero respetando los demás discursos. Por último y no menos importante, desde lo social, el anti-método es importante para ampliar el pensamiento de las generaciones venideras, como también para poder observar desde nuevas miradas los problemas bio-psico-sociales del siglo XXI, orientados hacia el bucle individuo-sociedad-especie, tales como las pandemias y enfermedades infecciosas, el estrés y los trastornos mentales, las disparidades socioeconómicas, los cambios climáticos, la adicción a las tecnologías, las migraciones, el envejecimiento de la población, la inseguridad alimentaria, los desafíos éticos de la investigación científica, las brechas educativas, entre otros.

Estas nuevas miradas al problema de nuestra era, de hecho, tienen una particularidad que, aunque parece lejana, en realidad es uno de los puntos centrales del nacimiento de la complejidad: *la llegada al conocimiento por vías alternas* (lo disciplinar o interdisciplinar).

Para ejemplificar esto, conviene mencionar un ensayo de la escritora Andrea Köhler titulado “*El tiempo regalado: un ensayo sobre la espera*”, publicado en 2018, donde presenta una reflexión sobre el tiempo y entre tanto, hace referencia a la muerte que se experimenta durante el sueño que es siempre una espera por el amanecer, pero también por nuestra propia muerte.

Por otra parte, el neurocientífico Rodolfo Llinás quien fue invitado a la Feria del libro en Colombia durante el 2018, en una entrevista, aborda una de las preguntas más esperadas por el auditorio (su opinión sobre la muerte o al menos lo que la neurociencia decía frente a este asunto que para muchos resulta estremecedor); su respuesta fue: “todas las noches morimos y experimentamos lo que es la muerte”. Ante esta respuesta que denota sencillez en una primera mirada, pero complejidad en su explicación científica, se observa que se llega a una conclusión cercana (por no decir la misma) a la de Köhler.

Esto resulta importante debido a que dos disciplinas, que de hecho son interdisciplinarias, llegan a la síntesis de un mismo asunto por diferentes métodos, experiencias y reflexiones. Lo que esto implica es una especie de abordaje diverso frente a los fenómenos que interpelan al ser humano y su paso por el planeta tierra; en este sentido, es valioso todo método que permita experimentar de otras maneras las preguntas, objetos y sujetos en las investigaciones; aunque no se trata sólo de que sean alternativos, sino que presenten unas características polivalentes, holísticas y fractales.

De manera que el avance por presentar los métodos contemporáneos, por los cuales la ciencia puede explorar lo vivo y lo no vivo, como también los interludios conceptuales que existen dentro y fuera de ellos, debe ofrecer una diversidad de entradas y salidas; algo como lo que plantean Deleuze y Guattari (1985, 2006) con el pensamiento *rizomático*, algo que contenga a su vez, estratos y líneas de fuga, incluso algo que no tenga un orden, donde no se identifique ni su inicio ni su final. Sólo de esa forma el investigador tendrá elementos heterogéneos que puede combinar infinitamente para auscultar y narrar las leyes que rigen al ser humano y la naturaleza que nos rodea.

Así las cosas, luego de que el ser humano haya logrado entender cómo se rige el mundo y sus propiedades, a pequeña y gran escala, gracias a la termodinámica y a la física cuántica es necesario no solo crear teorías que permitan la unión de estas dos, sino también de otros campos científicos de los cuales puede emerger conocimientos que enriquezcan los saberes de los ciudadanos del mundo.

Precisamente a partir de todo lo que la era post cuántica va a requerir, es que se justifiquen herramientas que le aporten a la transcomplejidad, en tanto herramienta, método y proyecto, versatilidad que permite que se posicionen como un punto de avanzada para las ciencias contemporáneas. Aquí encaja el esquizométodo del que trata este texto.

La emergencia del *esquizométodo*, que no es otra cosa que una herramienta a-metódica, responde a una serie de reflexiones, luego de un trasegar teórico por las ciencias humanas, sociales y naturales como también por la literatura, el arte y la poesía como

expresiones complementarias del pensar científico. En ese horizonte, lo que se observará en el presente texto es una concepción alternativa para analizar, interpretar y comprender producciones textuales en sus múltiples manifestaciones, así como también obras artísticas.

Al ser una propuesta anti-metódica, el esquizométodo puede ser utilizado de las formas que el lector crea conveniente; por ello, puede aplicar el primer elemento que se encuentra o el último, o los tres. En ese sentido, al no tener una política fija de aplicabilidad, queda a la libre interpretación y disposición de quien se sienta interpelado por él, adaptándolo, modificándolo y/o rechazándolo (si este le parece obsoleto o poco conveniente para sus estudios e investigaciones).

Una palabra que reflejaría esta herramienta-método es “armatoste”; palabra (sinónimo de artefacto, trasto, cachivache) que en el campo de las artes plásticas indica un cúmulo de objetos y piezas que no tienen nada que ver una con la otra; tampoco parecen encajar con su entorno: objeto grande y de poca utilidad, es su sentido original. Sin embargo, cuando el armatoste está terminado resulta ser una hermosa pieza artística. Si se le ve desde lo transcomplejo, esto remite a la idea de “el todo y la parte”, en donde “los elementos no son inferiores al todo”, pero tampoco “el todo es superior a la suma de sus elementos”, lo cual resulta en una complementariedad entre lo molar y lo molecular. Curiosamente, Kafka, -cuya obra literaria se parece a los ensamblajes artísticos (“casas máquinas” hechas con pedazos de muchos objetos¹) que diseña el artista norteamericano Jim Kazanjian, admirador de Kafka-, ante esos elementos propios de su obra que aunque contradictorios, forman un conjunto (situaciones trastocadas, atmósferas oníricas, escasas referencias, fuerzas misteriosas², lo fragmentario-continuo, la ley y el infinito, entre otros), ofrece una metáfora interesante: la de “un conjunto bastante insensato, pero a su manera bien definido” (1983, pp. 143-144). Imaginar la obra de Kafka como una máquina conduce a intentar desmontar sus piezas, es decir, descifrar los significantes. Así, intentar desmontar una problemática máquina kafkiana sería enfrentarse a un repertorio de piezas disparejas y de funcionamiento contradictorio, es decir, a un armatoste. Pues bien, el esquizométodo sería una herramienta para facilitar dicho desmontaje analítico de cualquier obra considerada como un *artificio* (todo artefacto lleva implícito un dispositivo de creatividad y otro de elaboración) donde el escritor elige, combina, incrementa o mitiga diversos elementos según los efectos que pretende alcanzar. Para ello implementa tres estadios (o niveles de realidad, de conciencia, de verdad) que son el onomástico, el trans-X y el psicoanalítico, que permiten incursionar en diversos territorios disciplinares (aquí privilegamos sobre todo la filosofía, las ciencias humanas y sociales, y la literatura, pero podría aplicarse en otros ámbitos). El *onomástico*, que implica reflexiones exactas usando la etimología y la semántica, permitirá relacionar lo lingüístico con lo literario, lo histórico y lo cultural, supuesta la diferencia, no siempre percibida, entre significación, designación, evocación y motivación. El estadio *trans-X* (multi-trans-disciplinar) que consiste en revisar como un concepto, frase o párrafo (o incluso

¹ Pueden verse en http://www.kazanjian.net/pg_folly.html y http://www.kazanjian.net/pg_vehicle.html

² Deleuze y Guattari, quienes consideran que la obra de Kafka es un rizoma, o una madriguera tan intrincada que “no se ofrece sino a la experimentación” (1978, p. 11) dicen que esas fuerzas son potencias diabólicas que Kafka presiente, como “la máquina tecnocrática americana, o la burocrática rusa, o la máquina fascista” (p. 23).

un texto completo) se capta mejor cuando se articula con diversas disciplinas permitiendo un multi-análisis, permitirá evidenciar la importancia de lo transdisciplinar para destruir barreras entre disciplinas y construir puentes epistémicos que abrirán las posibilidades de argumentación en las ciencias humanas y sociales. Y, finalmente, el *psicoanalítico*, enfatizando que los conceptos y las teorías nunca son neutros, nos conduce a que el posicionamiento sobre la realidad no solo deviene ideológico, sino también inconsciente, pues ella esta encarnada en el sujeto y escapa a su racionalidad consciente: al nombrar o teorizar, los conceptos y teorías referidos a una realidad cualquiera, proyectan lo no dicho que está atrapado en el lenguaje del que nombra o teoriza, y así emerge la importancia de lo inconsciente para el esquizométodo.

Incursión introductoria

Me encontraba cursando el último semestre de la Maestría en Estudios sociales y culturales, y en uno de los seminarios de investigación el docente propuso invitar a un investigador que nos ilustrara sobre las metodologías contemporáneas y, más exactamente, sobre su tesis doctoral. Recuerdo que, para ese momento, me parecía un poco extraño cualquier tipo de metodología alternativa, como si fuesen “cuestiones de experimentación sin sentido”. Durante la sesión de dicho seminario, el doctorando inicio su charla desarrollando lo que entendía por complejidad y ciencias de punta; me es difícil recordar con lucidez la investigación que llevaba a cabo, pero sí recuerdo la idea: se trataba de observar como un árbol había modificado su estructura debido al conflicto armado ocurrido en sus alrededores; en otras palabras, una articulación entre las cuestiones botánicas, biológicas y sociohistóricas.

Durante ese seminario, la integración metodológica que se presentó fue tan clara (sin dejar de ser profunda) que logró captar toda mi atención; sobre todo dado que yo era tan escéptico a todo aquello, en la ciencia, que fuese confuso o que planteara la “complejidad” como un tema que se explica por sí mismo sin llegar a ningún tipo de desarrollo conceptual concreto. Conforme avanzaba el discurso en aquella sesión, tome todos los apuntes posibles para profundizarlos luego y examinar si realmente todo lo que se había planteado, en términos epistémicos, era posible dentro de la investigación científica.

Una vez vivida dicha experiencia, al cabo de unos meses, tenía que empezar a desarrollar mi tesis de maestría (para ese entonces ya había indagado lo suficiente sobre los enfoques epistémicos desarrollados desde las ciencias físicas, termodinámica, química, sociobiología y biología evolutiva o molecular, etc. Después de dicha indagación no sólo me llevé una gran sorpresa; también me permitió ampliar mi perspectiva para el desarrollo interdisciplinar de un método para mi propia investigación que había titulado: “El dispositivo penitenciario en Bogotá: un estudio sobre la cárcel “La Modelo”³.

El desarrollo metodológico de esta tesis se fundamentó ante todo en una multiplicidad de herramientas extraídas de disciplinas como la sociología, antropología, periodismo, etnografía, pero también con una alta carga de argumentos filosóficos que respondían gratamente a los requerimientos de los estudios culturales como un campo emergente que le apuesta a lo interdisciplinar. Sin embargo, al terminar mi estudio, la reflexividad realizada me hizo caer en cuenta que ya no existía tal interdisciplinariedad en aquellas páginas, pues se había convertido en la puerta de entrada para algo más que el desarrollo de puentes epistémicos entre ciencias y disciplinas; lo que había desencadenado toda esa reticulación de pensamiento era un *espacio virgen*, al menos para mí, que me motivó a seguir estudiando: la transdisciplinariedad y complejidad.

³ <https://repositorio.unbosque.edu.co/handle/20.500.12495/6546>

Es insoslayable hablar de aquella duda que todo académico sufre cuando decide cursar nuevos estudios posgraduales; al inicio no estaba seguro de saltar a un Doctorado en Pensamiento Complejo (pues me inclinaba a uno más “tradicional” en Filosofía), pero como si fuese designio del destino terminé inscribiéndome porque algo que caracteriza a todo intelectual es la duda y la pregunta por aquello que desconoce pero que, al mismo tiempo, lo interpela. Cuando inicié los estudios de doctorado, cada uno de los seminarios fue despejando esa maraña de incógnitas, a la vez que generaba nuevos enigmas sobre todos los saberes que adquiriría, una especie de difracción de la duda metódica.

Pasados varios meses de lecturas, escrituras y artículos publicados era el momento de formular, por cuarta vez, una tesis. Sin duda nunca se tiene la suficiente experiencia cuando se trata de realizar una investigación, debido a que los procesos que ello implica están compuestos, ante todo, de incertidumbres de principio a fin. De todas formas, veía algunos destellos sobre lo que tenía en mente para plantear a los docentes que me orientaban en este proceso; se trataba de una apuesta que esboqué en la tesis de maestría en el apartado metodológico, y que denominé “esquizometodo”.

Esta apuesta metodológica se realizó a partir de una diversidad de herramientas, dispositivos y enfoques de investigación; nació ante la inconformidad que yo tenía por establecerme o enunciarme, desde un solo sistema de valores, para analizar la realidad concreta o aquella que interpelaba mi planteamiento. Por ello, en una búsqueda constante, pude articular todo aquello que me permitiera realizar un levantamiento y registro de investigación en los sujetos que hacían parte del estudio o “interlocutores” como los denominé en ese entonces.

El esquizoanálisis propuesto por Deleuze y Guattari, de hecho, un anti-análisis, es una actitud para el pensamiento: se trata de un pensar que intenta problematizar, volver acontecimiento y/o ficción lo que llamamos “realidad”, jugando un juego que lo tuerce todo, atento a los silencios que le invitan a ir hacia lo desconocido. El intelectual *esquizo* (porque está descodificado y desterritorializado) destroza la sacrosanta realidad y, jugando con una doble articulación, cercena el mito (los discursos del saber) en una lúdica retorcida que preserva lo ritual, y el rito (las prácticas y relaciones de poder) en un juego de palabras que cancela lo ritual (Agamben, 2005)⁴. Y al hacerlo genera un sentido: retoma de raíz (de ahí el rizoma) la forma como los humanos problematizamos nuestra conducta, mediante un método práctico de efusión y poesía, de actitud indócil y rebelde que busca, sin imitar, “encontrar la línea de separación, seguirla o crearla, hasta la traición (...) salir del agujero negro de la subjetividad, de la conciencia y de la memoria, de la pareja y de la conyugalidad (...) Lo

⁴ Agamben (2005) dice que la profanación es una “neutralización de aquello que profana. Una vez profanado, lo que era indisponible y separado pierde su aura y es restituido al uso (...) desactiva los dispositivos del poder y restituye al uso común los espacios que el poder había confiscado” (p. 102). Entonces, profanar no es transformar un modelo, buscando encajar lo amplio en lo pequeño, sino que es destruir las pseudo-formas expresivas del eterno retorno al dispositivo sagrado.

importante es salir de él, no en arte, es decir, en espíritu, sino en vida, en vida real” (Deleuze y Guattari, 2006, p. 191).

En pocas palabras: traición a la tradición, profanación de lo sacralizado, salir de lo acostumbrado y caminar hacia lo inexplorado alejando cada vez más el límite; practicar, no interpretar, construir el propio territorio y experimentar el límite. Por eso es una forma de estar en el mundo, de asumir la existencia escogiendo y afirmando el propio modo de vivirla, estando en el borde de lo que se ignora, pero se desea conocer.

El esquizoanálisis es, entonces, puro examen (tanteo, sondeo) político, ético, estético y existencial que no aspira a ser ciencia. En él se entiende la subjetividad como una construcción colectiva (agenciamiento) de formas de estar en el mundo, comprendiendo que las prácticas humanas son el cuerpo mismo, que no hay una diferencia entre cuerpo y acción; por eso, el objeto práctico del esquizoanálisis es lo que atraviesa a grupos e individuos. Desde ahí, se plantea una “caja de herramientas” esquizofrénica, una “técnica experimental” anárquica, irregular, an-exacta (aquello que puede ser precisado y medido, pero que se desvía de la forma idealizada), múltiple y no obstante rigurosa, errante y maquina.

Con las ideas de Deleuze y Guattari se puede decir que dicha caja de análisis está “abierta a un nuevo tipo de ‘pluralismo ontológico’ que requiere a su vez una pluralidad de modos de expresión, una ‘relatividad enunciativa’; en ese sentido, afirman que no hay conocimiento sin la mediación de las ‘máquinas autopoiéticas’ ya sea de este o de aquel ‘dominio’ epistemológico” (Calderón, 2006, p. 6).

En esa perspectiva, al hablar de esquizoanálisis, no hablamos de caminos definidos (una ideología o un método asumidos), sino del mismo caminar del investigador por lugares no recorridos que implica: (a) un problematizar analítico y crítico, (b) un volver -en teoría- puro acontecimiento la realidad, y (c) una ficcionalidad metódica; en otras palabras, implica transgredir los modos convenidos de investigar en ciencias humanas y sociales, para devenir agenciamiento de una máquina esquizoide que contiene (como caja de herramientas) tareas y dispositivos que pueden lograr “la destrucción de las pseudo-formas expresivas del inconsciente, (y) el descubrimiento de las *catexis* inconscientes del campo social por el deseo” (Deleuze y Guattari, 1985, p. 173)⁵. De ese modo, las tareas nunca son objetivos y los dispositivos no son objetos funcionales; sólo son expresiones de un ensamblaje experimental y rizomático donde *todo es deseo*, pues “producir un ritornelo desterritorializado como meta final (...) lanzarlo al Cosmos, es más importante que crear un nuevo sistema” (Deleuze y Guattari, 2006, p. 353). Como lo explica Navarro en su estudio sobre la estética de Deleuze:

Hacer esquizoanálisis implica tres operaciones. Una tarea destructiva: hacer saltar las estructuras edípicas y castradoras para llegar a la región del inconsciente donde no hay nada de eso [...] Luego hay una tarea positiva. Hay que ver y analizar funcionalmente, no hay nada

⁵ Concepto freudiano, la *catexis* (“carga”) hace que cierta energía psíquica esté unida a una representación o grupo de representaciones, a una parte del cuerpo, a un objeto, etcétera.

que interpretar. Una máquina no se interpreta, se capta su funcionamiento o sus fallos, el porqué de sus fallos [...] Tercera tarea: las máquinas deseantes solo funcionan invistiendo a las máquinas sociales (2001 p. 34).

Pues bien, el esquizoanálisis, como actitud, fue utilizado por Deleuze y Guattari en su estudio del capitalismo y de sus relaciones con la esquizofrenia (al tiempo que hacían su crítica de Edipo y del psicoanálisis); lo que les interesaba (y que según ellos no interesa a los psicoanalistas) es simple: ¿cuáles son tus máquinas deseantes? ¿cuál es tu manera de delirar el campo social? Y tiene un solo objetivo: que la máquina revolucionaria, la máquina artística y la máquina analítica se conviertan en piezas y engranajes, unas de otras. A partir de ahí, muchos intelectuales lo han usado como actitud, estrategia de análisis o “método menor” en diversos campos de las ciencias humanas y sociales; como resultado encontramos tesis de grado, ensayos, artículos, *papers* diversos que hablan del esquizoanálisis. Limitándonos al campo de las artes y la literatura descubrimos textos que “cartografían” relatos, novelas o cuentos en relación con lo que proponen Deleuze y Guattari: líneas molares o de segmentaridad dura, molecular o flexible y líneas de fuga, apoyándose también en “teorías narratológicas”.

Por ejemplo, hay una tesis de Abigail Romero, para optar por la Licenciatura en Letras latinoamericanas (Universidad Autónoma de México), titulada “Pensamiento antisistema en cuatro textos de Andrés Caicedo a través de un esquizoanálisis literario” (2020) o el artículo de Joana Videira (Universidad de Barcelona) “Esquizoanálisis del deseo y literatura fantástica” (2015) que propone leer lo fantástico como el lugar de la liberación delirante del deseo, donde la palabra deviene acción; también el de Bernal y Rosario (UNAM México) “El infierno de Luis Estrada. Una mirada desde el esquizoanálisis de Gilles Deleuze” (2012) que usando esas categorías analizan cómo es construida dicha película y cómo da cuenta de la realidad mexicana. O la interesante experiencia de Hilda Islas (2006) sobre el esquizoanálisis de la creación coreográfica de “Las nuevas criaturas”. Claro que hay que citar el clásico libro de Buchanan, Matts y Tynan (eds) “*Deleuze and the Schizoanalysis of Literature*” (2015), pero también el reciente libro de Silva, Maldonado y Palencia (Universidad Industrial de Santander) “Filosofía y literatura en Deleuze y Guattari: Nueva perspectiva de lectura de la novela latinoamericana” (2020), más centrados en el concepto de filosofía deleuziano y su relación con la literatura.

Según todo lo anterior, el estudio de la literatura es eviterno, puesto que refleja el pensamiento humano. Y de ahí, la interpretación será una constante como herramienta para la comprensión tanto de la literatura como del pensamiento. Por ello, el desarrollo de nuevos métodos para desdoblarse los versos de los poetas, las novelas contemporáneas y demás géneros literarios tendrá lugar cuando las técnicas vigentes no logren satisfacer nuestras expectativas analíticas.

Desde lo anterior, aquí se quiere proponer un método que integra varias técnicas para descomponer y obtener una grilla analítica más amplia y profunda que pueda usarse sobre una obra o texto literario. Para lograr esta ambiciosa comprensión, este método debe permitir no sólo dialogar con el texto, sino descomponerlo para abrir otras puertas exegéticas. Es lo que creo que puede lograrse relacionándolo con lo “complejo”, el pensamiento complejo y las teorías de la complejidad, que luego delimitaré.

Pero, antes de seguir, conviene aclarar el particular nombre que he dado al método del que hablamos: el *esquizométodo*, que combina dos palabras que en principio no tienen relación, pero que en su conjunto adquieren sentido. Primero, la palabra “método” que proviene del latín *methodus* y éste del griego μέθοδος, que se traduciría como: “el camino a seguir”, es decir, un sendero o los pasos para desarrollar un procedimiento: *Meta* = ver más allá y *Hodos* = camino. Segundo, la palabra *esquizoide*, que es un neologismo médico formado con el primer elemento (*esquizo*) de la palabra esquizofrenia, procedente del verbo griego σχίζω (*schizo*: separar, cortar, rajar, dividir), dado que un síntoma propio de la esquizofrenia es el desdoblamiento de personalidad y la “mente dividida”. Conjugando estas dos palabras llegamos al siguiente sentido para el investigador: una ruta que permita fraccionar los elementos de un conjunto complejo (en concreto, de un texto) para hallar su significado subterráneo de forma no lineal. La expresión “ruta” nos promete, entonces, una serie de procedimientos que permitirán que el resto de la oración tome significado y pueda llevarse a la práctica.

Aquí se hace necesario establecer una articulación que supere las “fronteras conceptuales” entre el Esquizométodo y las teorías de la complejidad (así como con el pensamiento complejo) considerando sus fundamentos teóricos, enfoques epistemológicos y áreas de aplicación: el Esquizométodo se basa en una epistemología que quiere entender la subjetividad desde perspectivas no jerárquicas y no lineales. Las teorías de la complejidad, por su parte, aunque también reconocen la no linealidad, tienen una base más influenciada por enfoques sistémicos y cibernéticos como veremos en lo que sigue. Aunque parezcan divergentes, dado que el esquizoanálisis implica más al sujeto, los procesos deseantes y la multiplicidad de las fuerzas que operan en el individuo, mientras que las teorías de la complejidad se enfocarían en la comprensión de sistemas complejos en diversos niveles dicha divergencia es sólo aparente cuando nos centramos en los conceptos, los textos y el lenguaje, todos ellos “sistemas complejos” con implicaciones éticas y políticas.

Ahora bien, lo que justifica el planteamiento de este anti-método es su novedad misma; si bien esta palabra suena exagerada en un mundo como el de hoy donde las inteligencias artificiales facilitan la información. Pero dicha novedad es, al mismo tiempo, resistencia porque el Esquizométodo tiene la versatilidad suficiente para transformarse tantas veces como sea posible y no dejar agenciarse por los dispositivos del vigente capitalismo de plataformas. Esta es la primera razón para justificar la novedad de lo que el lector encontrará en estas páginas, una apuesta que puede ser trabajada con funciones polivalentes que no

requieren “reglas para” o instructivos, sino que es una puerta abierta para el análisis interdisciplinar, con licencia libre a consideración del investigador.

En segundo lugar, la apuesta del Esquizométodo es que no se trata sólo de unas herramientas tomadas al azar; sino que éstas se retoman y se les da un viraje de modo que permita construir reales puentes epistémicos o “puentes complejoides” como los denomina Zarta (2024) en su más reciente publicación. Así este intento de método pretende servir a los campos disciplinares y ciencias que lo requieran para dar cuenta de un análisis diferente al que permiten sus propias herramientas metodológicas.

Por último, la aplicación de Esquizométodo, puede socavar aquellas categorías de análisis que podrían ocultarse entre los lados inexplorados de la teoría y la práctica, lo que implica que, con nuevas herramientas puestas al servicio de dichos campos del conocimiento, podrían emerger de donde estén capturadas y revelen nuevos rumbos y caminos para la investigación científica actual.

En síntesis, la justificación de lo que se presenta en este texto es que resulta innovador para los estudios en complejidad y las ciencias en general porque permite desdoblarse, recircularse, deconstruirse a sí misma, para dar lugar a nuevas enunciaciones, categorías, formas de pensamiento y creación de perspectivas críticas, estratégicas y creativas, como si fuese un método autopoietico.

Aspectos metodológicos: la construcción del Esquizométodo.

Como se enuncio al inicio de esta incursión introductoria, esta apuesta nace de una investigación anterior en la que no había claridad, pues lo único cierto en aquel momento era un atisbo (intuición) de algo que podía ser novedoso desde y para lo interdisciplinar o quizá para lo complejo. Ello se transformó en todo un reto, pues concebir un método no es para nada fácil dado que hay que conocer los caminos de la filosofía de la ciencia y plantear un abordaje desde lo transdisciplinar para nutrir e identificar aquellos elementos que lo constituirían.

Ante todo habría que preguntarse es ¿bajo qué enfoque epistémico se concibió el Esquizométodo? Lo primero que se debe apuntar es que no hay aquí tradicionalismos; por lo tanto, la perspectiva dualista de lo cualitativo y cuantitativo se quiebra porque el enfoque usado no podría ser otro sino el de la complejidad o mejor aún, un enfoque epistémico transcomplejo en el que las puertas de las ciencias se abren de par en par para dar paso a un dialogo infinito de herramientas, elementos, y categorías coherentes con lo que se intenta desarrollar.

De manera que, la construcción de Esquizométodo se fundamentó en los principios de la complejidad, la interdisciplinariedad y la filosofía de la ciencia para ir construyendo, poco a poco, la propuesta que aquí se presenta. Por ende, su construcción no fue sistemática,

sino que realizada por tramos, por autores, por contextos, por emociones; en otros términos, no se escribió por capítulos, sino que en el transcurso del proceso aparecieron nuevas cuestiones que para el autor podrían consolidar la propuesta; por ejemplo, el capítulo tres se desarrolló antes que el primero y el primero antes que la introducción y así sucesivamente.

Debido a ello, es que se ha denominado a este método como un “armatoste”, como algo elaborado desde múltiples ángulos, sin privilegiar ninguno. Si se siguen las enseñanzas de Morin, parece que algo nunca está completamente terminado, sino que se echa a andar mientras se sigue puliendo en el camino; aunque se puede estar seguro de que esta propuesta no está completamente terminada, sino que marca un derrotero para seguir siendo nutrida desde otros campos y discursos, sí podemos decir que los elementos que se presentan son los básicos para poner sobre ruedas el proyecto-discurso-(anti) método.

También conviene reafirmar la forma en la que se construye un método: ¿se recolecta información? ¿de dónde proviene esta? ¿Cuáles son las bases para dar cuenta de la validez de dicho método? Estos cuestionamientos surgen y se responden desde la reflexión como herramienta principal para la elaboración de todo pensamiento, reflexión que implica cierta “duda metódica” que, a su vez, es la que permite ir indagando frente al tema e ir levantando los datos ¿Qué datos? Libros, textos inéditos, literatura científica y gris, reflexiones sobre la práctica y diarios de campo, como también investigaciones previas.

De manera que los datos y la información que se utilizó como base para esta investigación fue diversa: bases de datos científicas, repositorios, material de los seminarios doctorales, diarios de campo, artículos de reflexión publicados por el autor, discusiones académicas, conferencias; en otros términos, todo se fue elaborando desde una combinatoria teórico-práctica que se fortaleció a medida que se iba investigando desde la experiencia. De todas formas, recordemos que se trata de un método que nace de la teoría y por lo tanto, más que instrumentos, lo generado fueron unas estrategias de recolección que estuvieron siempre operando en la práctica reflexiva de investigador; sus apuntes, sus clases, sus prácticas, sus lecturas, sus críticas, etc.

Finalmente, habría que hablar de cómo se “trianguló” toda la información (aunque esa palabra siga siendo una afirmación propia del discurso de la metodología tradicional): parece conveniente, en los términos de esta tesis, hablar de la forma de escritura y la particularidad del discurso interdisciplinar, de cómo se llegó al discurso que se llegó. Para ello, es importante comenzar por algo que se mencionó a inicio de este acápite: la escritura del texto no fue lineal, ni estructurado y menos queriendo “pensar una estructura”, sino que ella fue emergiendo en la medida en la que se escribían los capítulos.

Debido a una ausencia de estructura, era normal que se saltara del tercer capítulo al primero, o se retomaran lecturas y reflexiones que hacían mención del segundo o allá donde se enfocaba la atención del autor, etc. Esa forma eclipsada colaboró a eludir una estructura canónica y dio paso a lo que reconocemos como el Esquizométodo; fue debido a ello, que un capítulo fortaleció el otro y así mismo dio pautas para identificar puntos de quiebre o lugares de vacío conceptual en otro para luego poderlos cubrir o justificar.

La escritura compleja funciona bajo estas particularidades porque no está predispuesta a ninguna estructura más que a la gramática y la sintaxis del idioma. Entonces, esta escritura entreverada, híbrida y no-lineal viene argumentada por los antecedentes, teóricos, reflexiones y prácticas que fueron de alguna manera sistematizadas por el autor; así el desarrollo escritural es amable con los diversos niveles de entendimiento y realidad de la comunidad científica, sin que esto le reste profundidad a lo escrito.

En cuanto a las fases para la construcción del método, si bien no se trató de un proceso lineal, si hubo unas etapas en las cuales se fue dando dicha construcción. La primera fase, consistió en retornar a la idea que se había delineado sobre el Esquizométodo en la anterior tesis de maestría para articularla con las publicaciones hechas posteriormente en algunas revistas científicas; esto se realizó para dar cuenta de la idea original y tener en cuenta su evolución para, desde allí, seguir consolidando la idea.

La segunda parte del proceso fue la búsqueda de los antecedentes, la construcción del contexto y la actualidad del pensamiento complejos respecto al Esquizométodo; esta articulación de discursos era necesaria porque nos permite brindar un pretexto para la construcción del Esquizométodo, así como también justificar y mostrar la relevancia e innovación de esta apuesta.

La tercera consistió en pensar cuáles serían los capítulos, cómo sería la escritura y cuáles los materiales o recursos que habría que considerar para la escritura; de manera que, en la medida que se fueron realizando las lecturas y reflexiones se iban escribiendo algunos apartados de los capítulos sin un orden específico, sino en la medida en que surgían de lo que evocaran durante la pesquisa realizada por el autor.

La última etapa consistió en consolidar y revisar los aportes que se hacen en cada uno de los capítulos. De manera que se desarrollaron verificaciones de diverso tipo: fuentes discursivas utilizadas y finalmente, se procedió desarrollar las conclusiones del estudio, que como se leerá mas adelante, dejan abierta la discusión para seguir integrando elementos que permitan robustecer a futuro el Esquizométodo.

Por último, todo el proceso metodológico tuvo siempre en el trasfondo (aunque siendo siempre reelaboradas) las preguntas de la investigación realizada, su objetivo e hipótesis:

- *Preguntas:* ¿Es el esquizométodo una apuesta metodológica que pueda contribuir a resolver el conflicto, epistemológico, discursivo y técnico, existente entre la teoría del pensamiento complejo y las ciencias de la complejidad? ¿Puede el esquizométodo contribuir, con sus diversas herramientas, a comprender y abordar los fenómenos sociales contemporáneos de una manera alternativa, creativa y compleja?
- *Objetivo:* Plantear el esquizométodo como una apuesta transcompleja que contribuya en el abordaje los fenómenos sociales contemporáneos.
- *Hipótesis:* El esquizométodo podría ser una herramienta para resolver los conflictos epistemológicos que existen entre el pensamiento complejo y las ciencias de la complejidad.

¿Qué es la complejidad? ¿Y los sistemas complejos?

Como en toda definición del tipo diccionario (necesariamente breve), hay dificultades para delimitar con precisión las nociones complejo y complejidad. Por lo general nos dicen que *lo complejo* tiene que ver con compuestos de elementos que mantienen relaciones múltiples y diversificadas, difíciles de captar por la mente, y que presentan a menudo rasgos diferentes; o que *la complejidad* puede referirse a la dificultad o sofisticación de un sistema o proceso en particular. Por ejemplo, un problema social o económico complejo puede ser aquel que implica múltiples factores y variables interconectados y requiere soluciones creativas e integradoras. En este caso, la complejidad puede medirse en términos de la cantidad de información y conocimiento necesarios para entender el problema y encontrar una solución efectiva. Como vemos estas “definiciones” poco nos aclaran; y la cuestión se complica más cuando intentamos encontrar las diferencias (y claro, las similitudes) entre las teorías de la complejidad y el pensamiento complejo. Caractericemos estas categorías.

La *complejidad* se refiere a la cualidad de algo que es intrincado o difícil de comprender debido a la interacción de múltiples elementos, variables o procesos. En diversos campos, como la ciencia, la matemática, la informática, la biología y la física, se utiliza el concepto para describir sistemas en los que existen numerosos componentes que interactúan entre sí de manera no lineal y generan comportamientos emergentes o impredecibles. Se caracteriza por la presencia de interdependencias, retroalimentación, adaptabilidad y emergencia. Estos sistemas pueden ser muy dinámicos y exhibir propiedades que no se pueden explicar simplemente analizando los componentes individuales, sino que requieren un enfoque holístico para comprender su funcionamiento en su conjunto. Le Moigne (1990) y Morin (2009) realizan un importante trabajo de caracterización de la complejidad. Sus puntos de partida son diferentes, pero sus perspectivas convergen. También son coautores del libro *Inteligencia de la complejidad. Epistemología y pragmática* (2006).

Le Moigne (2006) caracteriza la complejidad a partir de la oposición entre lo complicado y lo complejo: (a) podemos *simplificar* un sistema complicado, para descubrir su inteligibilidad (proceso de explicación); (b) debemos *modelar* un sistema complejo para construir su inteligibilidad (proceso de comprensión), así como la de los dos procesos de descomposición y composición (o disyunción/conjunción); (c) *lo complicado* es descomponible: por descomposición o disyunción, obtenemos un simple “descompuesto”; (d) *lo complejo* es indescomponible: por composición o conjunción tal vez podamos obtener un “implex” (que es un “no descompuesto”).

Además, la idea de modelado es esencial para él. En la física clásica, el trabajo del científico ya era, por supuesto, un trabajo de modelado: era necesario, por ejemplo, razonar en los límites (excluyendo, por ejemplo, la fricción, para concebir el principio de inercia). Pero se tenía la impresión de que a partir de la observación se podía caracterizar un fenómeno. Bachelard (2000) subrayó que el experimento no era primario, que se necesitaba toda una

construcción teórica para diseñar un experimento capaz de invalidar o verificar una hipótesis. Pero la posibilidad de observar el fenómeno podría sugerir que la ciencia lo podría describir de alguna manera. Con la física de partículas, ahora sólo se pueden observar los efectos del evento real (disparos de cámara de burbujas, por ejemplo, que permiten construir hipótesis sobre lo que podría haber producido una colisión de partículas). Por lo tanto, está claro que solo se puede modelar. Es lo mismo para todo lo que es complejo.

Morin también realiza un importante trabajo de caracterización, en particular al plantear los tres principios, que pueden ser considerados como criterios que definen la complejidad (2009 pp.67-69): (a) principio dialógico (que permite asociar dos términos a la vez complementarios y antagónicos); (b) principio de recursividad organizacional (un proceso recursivo es un proceso donde los productos y los efectos son al tiempo causas y productores de lo que los produce); (c) principio hologramático (por ejemplo, cada célula de un organismo biológico contiene toda la información genética de ese organismo). A estos tres principios se podría añadir el de la no separabilidad de las variables. Pero lo más importante es el paralelismo que se puede establecer con los tres criterios con los que Piaget (1999) caracterizó la noción de *estructura*. A partir de ahí, la estructura se convierte en una noción fundamental e interdisciplinar, una herramienta de modelado disponible para el pensamiento, que es “algo” que se caracteriza por los criterios: de totalidad (el algo es más que la simple yuxtaposición de sus elementos), de transformación (el algo es habitado por transformaciones y se transforma) y de autoajuste (a pesar de las transformaciones, hay algo que permanece, en términos de funcionamiento). La complejidad, según Morin, es

Un tejido (*complexus*: lo que se entretuje de constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados): plantea la paradoja de lo uno y lo múltiple. A segunda vista, la complejidad es efectivamente el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, peligros, que constituyen nuestro mundo fenoménico. Pero luego la complejidad se presenta con los rasgos inquietantes del desorden, la inextricabilidad, el desorden, la ambigüedad, la incertidumbre... (2009 p. 21)

Ahora bien, luego de estas caracterizaciones, un primer intento de concepción/definición de complejidad lo debemos a Nicolis y Prigogine (1997) y un segundo a Castoriadis (1997). Decimos concepción/definición, porque a partir de una concepción precisa, sólo hay un paso para intentar una definición: bastaría con una reformulación.

La complejidad es referida por Nicolis y Prigogine (1997) a fenómenos de autoorganización: podemos vincular la imprevisibilidad de ciertos aspectos de un fenómeno a la existencia de una bifurcación en la curva representativa del sistema considerado en el espacio de fases, que comprende tantas dimensiones como variables descriptivas admita el sistema. En consecuencia, la primera concepción de la complejidad se caracteriza así por la observación o la hipótesis de una imprevisibilidad parcial del comportamiento de un sistema, pudiéndose utilizar como criterio la existencia (o no) de una bifurcación en la curva representativa en el espacio fase. Peor, si la hipótesis de imprevisibilidad parcial puede

participar del todo en la caracterización de una situación, por ejemplo, social, el criterio de bifurcación (asociado a la posibilidad hipotética de una curva representativa que asume variables definidas y separadas) parece más difícil de diseñar.

Ahora bien, Castoriadis (1997) enriquece las perspectivas, tanto a nivel teórico como epistemológico, al pensar la complejidad de las realidades sociales. Para ello es necesario recordar la articulación de los niveles lógicos de lo individual y colectivo, así como algunos elementos de la teoría de la institución. Si se retoma la propuesta del círculo de Viena, considerando que no podemos pensar de la misma manera un elemento y su clase, es fácil darse cuenta de que tampoco el individuo y la sociedad se pueden pensar de la misma forma. El nivel lógico individual es el del “átomo social”, ya que la palabra “individuo” contiene el supuesto de algo que no se puede dividir. El nivel lógico colectivo se refiere a grupos, organizaciones, sociedad y “fenómenos colectivos” en general. La teoría de la institución proporciona una herramienta valiosa y original para tener en cuenta los dos niveles lógicos en todo intento de modelar el funcionamiento social. Un sencillo gráfico (ver figura 1), aplicado al funcionamiento de una regla social, permite explicar lo anterior:

Figura 1.

Funcionamiento de una regla social



En muchos grupos sociales puede haber frenesí al tomar decisiones: se decide mucho, pero la mayoría de las veces, cuando cada miembro se encuentra solo, teniendo que aplicar la decisión, “gobierna” por su propia cuenta y opta, desde el punto de vista personal, por seguir o no dicha decisión. Ahora bien, una decisión colectiva que no vincula a quienes la toman, ¿es una decisión real? El compromiso, la igualdad ante la decisión tomada, caracteriza el primer momento en el funcionamiento de una regla o de una decisión que se ha convertido en regla: el momento de *lo universal*. Esto es sin duda parte de la cultura democrática. Por otra parte, la vacilación al aplicarla corresponde al segundo momento, el de *lo particular*; el sujeto se encuentra frente a la regla y la aplicará, a su manera. Si el momento de lo universal es cuando una regla se enuncia como lo mismo para todos, el de lo particular corresponde a la situación del sujeto que debe aplicar la regla. El ejemplo muestra la complementariedad

de los dos momentos que interactúan: la forma en que se aplica una regla modifica la regla, o al menos contiene (potencialmente) la posibilidad de modificarla. Esta interacción genera el tercer momento, el de *lo singular*.

Además de simbolizar la interacción entre el primer y el segundo momento, las dos flechas verticales pueden interpretarse con mayor precisión. La flecha hacia abajo representa lo ya instituido (dondequiera que llega el ser humano ya hay reglas, normas; no elige ni a su familia ni a la sociedad en la que se desenvuelve). La flecha hacia arriba ilustra la capacidad instituyente (cada uno puede interpretar la regla, proponer modificaciones o nuevas reglas)⁶ La flecha horizontal indica la producción del tercer momento, análogamente a una reacción química (dos reactivos producen dos productos)⁷. La interacción entre el primer y el segundo momento genera el tercero, el de lo singular, como aquel de la emergencia de las formas colectivas: nueva formulación de la regla, nueva forma de vivirla y aplicarla, nueva representación colectiva. Por supuesto, el nuevo carácter no es automático. La operación en tres momentos puede muy bien reproducir la misma cosa; la novedad entonces se asemeja a lo que ya existe: es el “cambio falso”, identificado por la teoría de sistemas.

Este diagrama de tres momentos por supuesto modela el funcionamiento de cualquier institución, siendo el tercer momento aquel en el que emerge, o es rediseñada, una nueva. Si se toma, por ejemplo, el lenguaje se ve que, sin la estructura constituida por el léxico y la sintaxis, el sujeto no puede crear, inventar una palabra original e insustituible. Un sujeto humano solo puede hablar un idioma a la vez; si es bilingüe, o habla en una lengua o en la otra. Combinando entonces queda claro que la libertad no puede concebirse sin el conjunto de reglas e instituciones que especifica una cultura, una sociedad.

Para utilizar una formulación rápida y precisa, se declararía complejo un sistema en el que se puede observar la cogeneración de elementos y forma. En este caso, el estado global depende de los estados locales, que a su vez dependen del estado global. Castoriadis (1997), para caracterizar la complejidad, después de haber preferido el término “creación” al de “emergencia”, recuerda que, durante la creación de una nueva forma, esta apariencia tiene un carácter “intrínsecamente circular”; de ahí la imposibilidad de producirla o deducirla de elementos ya dados, porque ellos presuponen la forma, que a su vez presupone los elementos:

Ella [la complejidad] se encuentra, pienso, en aquello que los fenómenos (u objetos) considerados como “complejos” son como tales en la medida en que resaltan una característica más profunda y general de todo objeto, y del ser en general: su carácter *magmático*. Diremos que un objeto es magmático cuando no es exhaustiva y sistemáticamente *ensidizable* (1997 pp.112-113).

⁶ La idea de la interacción instituyente-instituido se debe a Castoriadis (1993).

⁷ Siguiendo con esta ilustración, se podría considerar que, como una reacción química reversible (se estabiliza en un equilibrio), el tercer momento se encuentra en situación de equilibrio. La flecha horizontal indicaría entonces la producción de este equilibrio. Pero el tercer momento no debe ser considerado como “definitivo”; lo que se ha estabilizado temporalmente interactúa con el momento de la particularidad.

En resumen, un objeto como lo humano o lo social parece complejo, por no ser “ensidizable”⁸. Ahora bien, tal objeto *funciona engendrando elementos y forma*. Por tanto, parece posible, a sugerencia de Castoriadis, formular la hipótesis de que la complejidad de un objeto humano y/o social se caracteriza por un *funcionamiento cogenerador de los elementos y de la forma*.

Retomando las dos concepciones/definiciones, se podría decir que cuando un sistema (o un organismo, o una situación) puede caracterizarse por una curva representativa en el espacio de fases (siendo por tanto “ensidizable” para Castoriadis), el criterio de la existencia (o no) de una bifurcación en la curva es relevante para caracterizar la complejidad. En caso contrario (imposibilidad de diseñar una curva representativa, e incluso un espacio de fase, dada la vanidad de recurrir a variables en el sentido científico -por lo tanto “enside”- del término), sería el criterio del engendramiento de los elementos y de la forma que correspondiera.

Habiendo explorado el abordaje de la complejidad desde la cogeneración de elementos y forma, basados en la teoría de la institución y el esquema de los tres momentos, se pasa ahora a intentar una definición de la complejidad o de un sistema complejo.

Si se toma la sugerencia de Castoriadis (1997), a saber, la caracterización de la complejidad por la cogeneración de elementos y forma se puede elegir entre dos opciones: reservar la etiqueta de complejidad para el estricto proceso de cogeneración cuando se produce, o hablar de un sistema complejo cuando la estructura del sistema hace posible este co-engendramiento. En la opción dos, un sistema complejo estaría caracterizado (incluso definido) por una operación descrita por el esquema de los tres momentos. Castoriadis anima a ello, ya que uno de sus dos ejemplos es el “círculo” ADN-proteína, por lo que sus dos ejemplos (este círculo y la sociedad) abarcan no sólo lo humano y lo social, sino que van más allá al campo de lo viviente. Se tiene así un argumento para asignar a lo humano y a lo social el carácter de complejo sobre la base del criterio de la cogeneración de elementos y forma.

Lo importante es que el estado global (de una regla, institución, sistema, etc.) depende de los estados locales, que a su vez se subordina al estado global. Castoriadis insiste en esta reciprocidad y en esta reestructuración de los estados locales por lo global: “La combinación de elementos de un nivel dado podría, bajo ciertas condiciones, hacer aparecer un nivel emergente; y éste no parece afectarse demasiado con la cuestión de las interacciones entre ese nivel emergente y los niveles “anteriores” (o “inferiores”)” (1997 pp. 107-108); y, además, “Debe haber, pues, una sola acción desde lo “bajo” hacia lo “alto”, y nunca desde lo “alto” hacia lo “bajo”... Pero, evidentemente, hay una acción de lo “alto” hacia lo “bajo”:

⁸ El calificativo ensídico es la abreviatura de “identidad de conjunto”, que se refiere a grandes rasgos a la lógica formal: “Por lógica ensídica, entiendo la lógica que sólo conoce como relaciones la pertenencia, la inclusión, la implicación entre proposiciones y la lógica de los predicados de primer orden” (1997 p.108). Lo ensídico se opone a lo “magmático” (lo humano, lo histórico).

ustedes me injurian y yo les respondo, una idea me surge y la escribo” (pp. 108-109). Es la idea de que la forma que emerge reestructura todo el sistema; así se habla de forma.

También conviene recordar que una forma es siempre –aunque sólo sea en parte– imaginaria (según Castoriadis, 1993). Más prosaicamente, hay que decir que cada forma existe como una representación, incluso si tiene aspectos reales y concretos. El Capitolio, por ejemplo, pero también la Universidad Nacional, pueden identificarse como edificios, pero transmiten una fuerte evocación de símbolos: es su aspecto imaginario o representativo. Lo que significa que la creación de una nueva forma se basa en lo imaginario. La cogeneración funciona a través de la reciprocidad institucional.

En síntesis, en la opción 2 (hablar de un sistema complejo cuando la estructura del sistema hace posible la cogeneración de los elementos y de la forma), se puede proponer definir un sistema complejo como *un sistema que funciona en un extraño bucle autopoietico* (capaz de desencadenar una cogeneración de elementos de forma). Pensando en el cerebro humano y en las precisiones de Varela, Thomson y Rosch (1992), se podría decir también, como segunda formulación, que *un sistema complejo se estructura sobre un lazo autopoietico ajeno*, o sobre la articulación de varios extraños bucles autopoieticos.

Cualquier sistema se caracteriza por tanto por una invariante del tipo de operación, autoajuste, pero esto no basta para caracterizarlo como un sistema complejo. La pregunta que surge es la de la posibilidad de un invariante específico de los sistemas complejos. Si se retoma lo anterior, a saber, la sugerencia de Castoriadis (1997), vinculada a la cogeneración de elementos y forma, y la observación (o la hipótesis, si se quiere ser cuidadoso) de que un sistema cuyo funcionamiento está descrito por el diagrama de los tres momentos, estructurado en extraños bucles autopoieticos, hace posible esta cogeneración, se puede proponer que *la invariante que caracteriza a un sistema complejo es este tipo de bucle*, o si prefiere, organizarse en este tipo de bucle. Así se retoman los tres principios de Morin (2009):

- el criterio (principio) de recursividad (gracias al aspecto bucle);
- el criterio hologramático (la forma organiza los elementos que hacen emerger la forma); este criterio puede entonces interpretarse como expresión de la reciprocidad institucional;
- en cuanto al principio *dialógico*, se encuentra, con estas herramientas de modelado (y con los tres principios/criterios), *cruzando*⁹ los tres principios de la lógica formal (identidad, no contradicción, tercero excluido).

Algunos pueden encontrar que este tipo de invariante es lo opuesto a los invariantes “habituales” o clásicos. Se puede pensar, además, que a partir de la invariante de la estructura y del sistema (invariante ligada al funcionamiento, por lo tanto, dinámica), no es de extrañar

⁹ El prefijo griego (*dia*) significa “a través de”. Por lo tanto, *dialógico* significa (aunque solo parcialmente, el sentido etimológico no tiene forzosamente fuerza de ley, pero es difícil de eliminar) “a través de la lógica” o “a través del logos”.

que la invariante correspondiente a la complejidad sea algo asombrosa. La complejidad no existiría si pudiera vestirse como un invariante clásico.

Las ciencias de la complejidad

Las teorías de la complejidad se ocupan de estudiar los sistemas complejos y desarrollar marcos conceptuales y herramientas para analizarlos y comprenderlos. Las diversas ciencias de la complejidad identifican patrones, principios y leyes generales que rigen estos sistemas, así como también investiga cómo pueden surgir estructuras ordenadas y comportamientos sofisticados a partir de la interacción de elementos más simples.

Según Maldonado (2005), “las ciencias de la complejidad son el tipo –nuevo- de racionalidad científica que corresponde al mundo actual y hacia el futuro, y que, en contraste, con la ciencia y la filosofía tradicionales, sirven básicamente como referentes para la adecuada comprensión y explicación de las dinámicas que en la actualidad tienen lugar en el mundo” (p. 3). El concepto surge con la fundación del Instituto Santa Fe (Nuevo México), para el estudio de los fenómenos, conductas y sistemas complejos. Luego se crearon otros centros de investigación que trabajan en red, inter y transdisciplinariamente, a partir del interés por los llamados “problemas de frontera”. La invención del computador desempeñará un rol central en el desarrollo de las ciencias de la complejidad (Pagels, 1991). Y se podría decir que el interés por los sistemas complejos procede de diversos campos disciplinares, responde al desarrollo del pensamiento científico del siglo XX y se resume en el estudio de las dinámicas no-lineales, presentes en múltiples sistemas y fenómenos.

Siguiendo a Maldonado (2005), la historia de estas diversas disciplinas o ciencias de la complejidad sería la siguiente:

- a. La *termodinámica del no-equilibrio*, desarrollada por Prigogine (1980), quien en 1977 recibe el Nobel de Química. Su tesis central es que el no-equilibrio es el origen del orden. De ahí se concluirá que la complejidad es una nueva forma de racionalidad, una síntesis (más que la suma de las partes) de lo diverso y antes contrapuesto. Y, además, que la irreversibilidad está enraizada en la dinámica, pues comienza cuando los conceptos de la mecánica clásica o cuántica dejan de ser observables.
- b. La *teoría del caos*, desarrollada primero por Lorenz y reconocida gracias a Ruelle. “El caos consiste en cosas que *no son* de verdad aleatorias, sino que *sólo lo parecen*” (Lorenz 2000, p. 3). Ello se traslapa al decir que no hay sistemas caóticos sino sistemas que se comportan caóticamente; y su enseñanza principal es el valor de la impredecibilidad. Y claro, el equilibrio que revela el estudio del caos y con el que se trabaja es un “equilibrio inestable”.

- c. La *geometría de fractales* (un fractal es un objeto con una dimensión no integral), desarrollada por Mandelbrot en 1997, quien a diferencia de la ciencia y la filosofía que reconocen pero descartan las formas irregulares, se dedica a estudiar lo “amorfo”, es decir, lo irregular, los “sólidos imperfectos”, los pliegues y sinuosidades, primero en la naturaleza y luego en el mundo social humano. Esta geometría es heredera del estudio de las turbulencias.
- d. La *teoría de las catástrofes*, desarrollada por Thom, que se ocupa de describir las discontinuidades que se presentan en la evolución de un sistema. Él las compendia en el concepto de catástrofes, generadas por bifurcaciones, lo que significa que cierta morfología se genera cuando dos o más atractores entran en conflicto. Así, “ofrece una metodología que permite, en cierta medida, enfrentarse a problemas de carácter filosófico con métodos de carácter geométrico y científico, que apelan a las técnicas de la topología diferencial y de la geometría diferencial” (1993, p. 93).
- e. Las *lógicas no-clásicas* (polivalentes, modales, temporales, cuánticas), que son lógicas de sistemas abiertos, que incorporan, trabajan o se fundan en temas, conceptos y problemas (como el tiempo, la intuición, los contextos de relevancia, la incertidumbre o la indeterminación) dejados de lado por la lógica formal clásica.

Todas estas ciencias de frontera comprenden los sistemas complejos en términos de dinámicas no-lineales, lo que significa que todo problema tiene más de una solución posible, y por ello, la dinámica no-lineal se refiere a conductas y procesos no deterministas, emergentes y autoorganizativos que originan sistemas de complejidad creciente. De ahí, como se dijo antes, que las ciencias de la complejidad no plantean una única comprensión o definición de complejidad, aunque sí distinguen tres tipos de complejidad: (a) *dinámica*, referida a los procesos y desarrollo de un sistema o fenómeno de complejidad creciente; (b) *estructural*, donde la complejidad es el resultado de las interacciones no-lineales entre los componentes de un sistema; y (c) *algorítmica*, que comprende la complejidad como la información necesaria para referir el proceder de un sistema. Por ende, el problema central en el estudio de la complejidad será su medición.

Por último, en palabras de Pagels, quien domine las ciencias de la complejidad podrá conquistar el mundo, porque se trata de dominar las incertidumbres, las inestabilidades, lo inesperado, y no sólo lo probable:

Estoy convencido de que las sociedades que dominen las nuevas ciencias de la complejidad y puedan convertir ese conocimiento en productos nuevos y formas de organización social, se convertirán en las superpotencias culturales, económicas y militares del próximo siglo. Aunque hay grandes esperanzas de que así se desarrollen las cosas, existe también el terrible peligro de que esta nueva proyección del conocimiento agrave las diferencias entre quienes los poseen y quienes no (1991 p. 51).

Y ello porque la ciencia ya no es un sistema explicativo (una cosmovisión), sino una forma de acción en el mundo. Las ciencias de la complejidad se erigen como el lugar donde

se impone un diálogo equitativo entre las ciencias básicas y las sociales, o mejor, entre ciencia y sociedad.

El pensamiento complejo

El pensamiento complejo es una forma de abordar la comprensión y el análisis de la realidad que reconoce la complejidad inherente de los sistemas y fenómenos que nos rodean. Fue propuesto por el filósofo y sociólogo francés Edgar Morin, quien argumenta que para comprender plenamente la realidad y enfrentar los desafíos de nuestro mundo, necesitamos superar la visión simplista y reduccionista que tiende a fragmentar el conocimiento en disciplinas especializadas. Para Morin:

La moderna patología de las ideas está en el idealismo, donde la idea oculta la realidad en vez de traducirla, así, esa idea es tomada como única realidad. La enfermedad de la doctrina está en el doctrinarismo y en el dogmatismo, que cierran a la teoría sobre ella misma y la petrifican. Y la patología de la racionalidad en la racionalización, pues encierra a lo real en un sistema coherente de ideas parcial y unilateral, no sabe que una parte de la realidad es irracionalizable, no sabe que la racionalidad tiene por misión dialogar con lo irracionalizable (2009 p. 34).

El pensamiento complejo se basa en la idea de que los problemas y fenómenos del mundo real son intrínsecamente complejos y, por lo tanto, requieren enfoques holísticos que consideren múltiples perspectivas y disciplinas. Busca trascender las divisiones artificiales entre las disciplinas académicas y promueve una visión transdisciplinaria que permita comprender la complejidad en su totalidad. Según Morin, “vivimos bajo el imperio de los principios de disyunción, de reducción y abstracción, cuyo conjunto constituye el paradigma de la simplificación” (2009 pp. 29-32). Es decir, aceptamos reducir nuestra experiencia a sectores limitados del saber, y así sucumbimos a la tentación del pensamiento reduccionista. El pensamiento complejo busca, en contraste, integrar diferentes dimensiones y enfoques, reconociendo las múltiples interacciones y relaciones entre los elementos de un sistema. En lugar de explicaciones simplistas o causas lineales, considera las interconexiones, las retroalimentaciones y las influencias mutuas existentes entre los componentes de un sistema. También reconoce la existencia de la incertidumbre y la presencia de comportamientos emergentes, es decir, propiedades que no se pueden explicar sólo analizando las partes individuales.

El pensamiento complejo quiere integrar lo mejor posible las formas simplificadoras de pensar, rechazando los reduccionismos, las visiones unidimensionales. Es un pensar que aspira a un saber multidimensional, pero afirmando la imposibilidad teórica de la omnisciencia, porque reconoce la incompletitud y la incertidumbre, al tiempo que la existencia de lazos entre las entidades que debemos identificar y distinguir entre sí, pero sin aislar ni mutilar:

El pensamiento complejo reúne en sí, orden, desorden y organización, lo uno y lo diverso. Nociones que trabajan las unas con las otras dentro de una interacción complementaria y antagonista, así el pensamiento complejo vive la relación entre lo racional, lo lógico y lo empírico, y está animado por la aspiración a un saber no parcelado, no dividido, no reduccionista, y por el reconocimiento de lo inacabado e incompleto de todo conocimiento, donde las verdades más profundas, sin dejar de ser antagonistas las unas de las otras, son complementarias. La ambición del pensamiento complejo es dar cuenta de las articulaciones entre los dominios disciplinarios infringidos por el pensamiento simplificante y disgregador que aísla lo que separa, y que oculta todo lo que interactúa, lo que religa, lo que interfiere (Morin, 2009 pp. 21-24).

Morin, pues, plantea su propuesta sobre el pensamiento complejo como un arte y una estrategia de quien sabe relacionar, en un contexto como el actual que sólo sabe globalizar y fragmentar. Y lo hace como respuesta ante la ruptura y la dispersión de los saberes, que así no pueden afrontar el surgimiento cada vez mayor de fenómenos complejos. Dicho pensamiento rearticula los saberes aplicando los criterios generativos y estratégicos de su método: principio sistémico u organizacional, hologramático, de retroactividad, de recursividad, de autonomía-dependencia, dialógico y de reintroducción del cognoscente en todo conocimiento. Además, basa la investigación en cuatro ejes fundamentales: (a) el error basado en la forma de organizar nuestro saber en sistemas de ideas; (b) la ignorancia aunada al desarrollo de la ciencia; (c) la ciega inteligencia producida por la degradación racional; y (d) los riesgos para la humanidad emanados del progreso ciego del conocimiento. Morin busca una posibilidad de pensar y trascender las complicaciones, las inter-retroacciones, las incertidumbres y las contradicciones. La complejidad es así el desafío, no la respuesta.

La mayor dificultad para un pensamiento complejo es que debe afrontar el juego sin fin de las inter-retroacciones, así como la solidaridad de los fenómenos entre sí, la sombra, la incertidumbre, la contradicción, lo entramado. Pero toda estrategia, según Morin, brota y trabaja con y contra las interacciones y las retroacciones, con y contra lo incierto y lo aleatorio. Un fenómeno complejo nos exige una estrategia de pensamiento, a la vez reflexiva, crítica, no reductiva, polifónica y no totalitaria/totalizante.

En pocas palabras, el pensamiento complejo es un enfoque cognitivo que busca comprender la realidad desde una perspectiva integral, reconociendo la interconexión, la incertidumbre y la emergencia en los sistemas y fenómenos. Quiere superar la simplificación y la fragmentación del saber, fomentando una visión más integrada y sistémica del mundo.

¿Cómo se relacionan las teorías de la complejidad con el pensamiento complejo de Morin?

Las teorías de la complejidad y el pensamiento complejo de Morin tienen relación y se complementan, aunque algunos los diferencien. Ambos enfoques comparten la idea

fundamental de que los sistemas y fenómenos del mundo real son intrínsecamente complejos y no pueden ser bien comprendidos desde una perspectiva simplista y reduccionista. Rodríguez y Aguirre (2011) indican que “las ciencias de la complejidad se han desarrollado a partir de la formulación de metodologías y técnicas sofisticadas para abordar el estudio de sistemas complejos. Es decir, estas ciencias poseen un poderoso arsenal de tipo técnico instrumental” (p.10). Y “el pensamiento complejo consiste en un replanteo epistemológico que lleva a una nueva organización del conocimiento, tanto a nivel personal como social o institucional” (p.11). Lo que induce a pensar a algunos que este último no ofrecería dispositivos o instrumentos; es una falsa oposición entre epistemología y metodología, cuando precisamente lo complejo señala la necesidad de trabajar aunadamente.

Las teorías de la complejidad, desarrolladas en diversos campos científicos, buscan estudiar y comprender los sistemas complejos, como los sistemas biológicos, económicos, sociales o ambientales. Como se vio, estas teorías se basan en *principios matemáticos y computacionales*, y su objetivo es identificar patrones, propiedades emergentes y leyes generales que rigen estos sistemas.

El pensamiento complejo de Morin, por otro lado, es un *enfoque filosófico y epistemológico* que propone una forma de abordar la realidad y el conocimiento en un sentido más amplio. Morin argumenta que la complejidad está presente en todos los aspectos de la vida y que debemos superar la fragmentación del conocimiento en disciplinas especializadas para comprender plenamente los fenómenos complejos. Además, enfatiza la necesidad de una visión transdisciplinaria que integre diferentes perspectivas y enfoques en la comprensión de los sistemas complejos. Propone una forma de pensar que considera las múltiples interconexiones, las retroalimentaciones y las influencias mutuas entre los elementos de un sistema.

El pensamiento complejo se opone a la división disciplinaria y promueve un enfoque interdisciplinario y holístico, pero sin abandonar la noción de los elementos constitutivos del todo. La teoría de sistemas, la cibernética, las teorías de la información y, en general, las teorías de la complejidad, favorecen el pensamiento complejo.

Las ciencias de la complejidad y el pensamiento complejo comparten similitudes en su enfoque hacia la comprensión de fenómenos complejos: un enfoque inter(trans)disciplinario, consideración de las interconexiones, atención a la presencia de la incertidumbre y la no linealidad, idea de la “autonomía relativa” de los niveles de realidad, atención a la circularidad y la recursividad, reconocimiento de la incompletitud del conocimiento. Es decir, buscan superar las limitaciones de las perspectivas reduccionistas y lineales, abogando por una visión más holística e integradora de la realidad. La obra de Morin ha influido en el desarrollo de las ciencias de la complejidad y viceversa, contribuyendo a un enfoque más completo y reflexivo para abordar los desafíos complejos de nuestro mundo.

En síntesis, las teorías de la complejidad y el pensamiento complejo de Morin se complementan. Las teorías de la complejidad proporcionan marcos conceptuales para estudiar los sistemas complejos, mientras que el pensamiento complejo de Morin promueve una forma de pensar que reconoce la complejidad en la realidad y aboga por una visión transdisciplinaria e integrada del conocimiento.

Dicho de otro modo, para nosotros existe un *punte*, desde una perspectiva que refleja lo holístico y transdisciplinario, desde las propuestas de Morin cuando entreteje la prosa (es decir, la teoría, el saber disciplinar, el conocimiento científico en lo inter y transdisciplinar) y la poesía (es decir, el saber que ofrecen las artes, la literatura -relato, novela, cuento-, la música, la plástica, el mito, lo distópico-utópico, la metáfora, entre otros): para Morin, la prosa y la poesía representan dos modos de acercarse a la realidad y de transmitir experiencias humanas. La prosa se asocia con una expresión más discursiva, analítica y descriptiva, mientras que la poesía tiende a ser más simbólica, metafórica y evocativa. Sin embargo, Morin sugiere que ambas formas de expresión son esenciales para una comprensión completa y enriquecedora del mundo. El puente entre prosa y poesía radica en la necesidad de integrar estas dimensiones aparentemente opuestas para capturar la complejidad intrínseca de la realidad mediante una visión que trascienda las dicotomías y las simplificaciones excesivas, buscando la síntesis de opuestos aparentes. Todo esto nos ayuda a configurar los tejidos diversos que se pretende religar en el esquizométodo, así como rebasar las fronteras que se ha decidido inscribir en la lógica del esquizométodo y poder tener así recursos interpretativos en estas tramas del conocimiento, al tiempo que entender las posibles bifurcaciones y emergencias que fluyen sin una linealidad explicativa *desde-hacia-entre* los análisis lingüísticos, lo onomástico, lo transdisciplinar y lo psicoanalítico.

El Esquizométodo: de frente y contra todo.

Si bien, como se dijo antes al justificar la particular metodología usada para construir el Esquizométodo, no se trabajó en sentido estricto con un protocolo de investigación preliminar, conviene, para precisar sus características, compararlo con otros métodos similares o incluso contrapuestos, dado que hacerlo, si bien no es nada sencillo, permitirá darle cierta coherencia a un proceso esquizoide que podría hacer creer que los diversos capítulos son estudios (estadios) separados o que existe una tendencia reduccionista hacia el psicoanálisis. Esto se debe resolver mostrando las relaciones de los tres estadios en análisis puntuales, como se hace al final de cada estadio y en el capítulo cuarto.

Para trabajar con situaciones o contextos complejos, especialmente desde la perspectiva de la teoría del pensamiento complejo de Edgar Morin y de las ciencias de la complejidad en general, se vienen utilizando múltiples y diversos métodos de análisis. Aquí señalo algunos destacados, sin entrar en sus detalles:

1. Desde el *pensamiento sistémico* (Bertalanffy, Jay Forrester), y por oposición a un pensamiento analítico que no observa el todo, se enfocan en comprender cómo interactúan las partes de un sistema para producir comportamientos complejos, usando métodos de análisis como: (a) Dinámica de sistemas que, mediante modelos matemáticos y simulaciones, intenta entender cómo las variables interactúan a lo largo del tiempo; (b) Diagramas de causalidad para identificar y representar las relaciones causa/efecto entre diferentes elementos del sistema; y (c) Mapas de redes para visualizar y analizar las interconexiones entre los elementos del sistema. Ahora bien, para nuestros propósitos, hay que recordar que Morin propone encaminar el pensamiento sistémico hacia un pensamiento complejo por diversas vías (física, antropología y sociopolítica, ante todo) que resulta siendo organizacionista al hacer emerger macroconceptos (organizaciones conceptuales) donde sólo hay conceptos aislados que falsean la comprensión de lo real. Morín, con su idea de “bucles de retroalimentación”, establece relaciones triádicas entre los conceptos y permite pasar del pensamiento circular a uno en espiral. El movimiento requerido para dicho proceso mental sería la base de la inter(trans)disciplinariedad. De algún modo ello está en el trasfondo de los estadios onomástico y Trans-X del esquizometodo: se pretende, realizando un análisis etimológico y semántico, comprender mejor los conceptos, los textos, los contextos, los personajes que intervienen en una situación compleja; todo ello, aunado y atravesado por diversos contextos, campos y voces desde las cuales lo transdisciplinar tendría mucho que decir, como una disposición circular de elementos conectados causalmente.

2. Con el *análisis multinivel* (Ken Wilber, psicólogo y Herbert Simon, economista) se consideran los diferentes niveles de organización (micro, meso, macro) y cómo las interacciones en un nivel afectan a los demás. Por ejemplo, se estudian las fuentes de variabilidad anidadas (alumnos en aulas de clases, empleados de diversas empresas, individuos al interior de localidades, pacientes dentro de hospitales), tomando en consideración la variabilidad asociada a cada nivel de anexión; habría variabilidad, por ejemplo, entre individuos como también entre localidades, y se podrían obtener conclusiones erróneas si alguna de dichas fuentes de variabilidad fuera ignorada. Otros métodos usados son: (a) Agentes basados en modelos, donde se simulan las interacciones de los agentes para captar la emergencia de conductas a nivel macro; y (b) Análisis de redes sociales, para examinar las relaciones y estructuras a nivel de individuos, grupos y organizaciones. Si bien de otra forma, no tan matemática y si se quiere más “literaria” o discursiva, el esquizoanálisis también puede servir para considerar la variabilidad anidada de las redes complejas con las que interactuamos en la vida cotidiana y académica.

3. Diversas *teorías de la complejidad* estudian cómo los sistemas complejos autoorganizados, adaptativos y no lineales crecen y se comportan en el tiempo. Como métodos específicos que utilizan se pueden destacar: (a) Modelado basado en agentes (John Holland) para simular las acciones e interacciones de individuos autónomos y así evaluar sus efectos en el sistema total; (b) Teoría del caos y fractales (Murray Gell-Mann) para estudiar patrones complejos y auto-similares que emergen de sistemas en apariencia caóticos; y (c) Redes Complejas para analizar los rasgos y comportamientos de redes complejas, tales como las redes sociales.

4. La *Investigación Acción Participativa* (IAP), cuya precursora es la llamada “investigación acción” (Kurt Lewin), bastante utilizada en Latinoamérica (Orlando Fals Borda), involucra a los actores del sistema en el proceso de investigación para comprender y abordar problemas complejos de forma colaborativa. Por eso ella sirve para generar saberes prácticos y contextualizados, así como para fomentar el empoderamiento y el cambio social. Entre las diversas técnicas usadas podemos destacar (a) la cartografía cognitiva para representar gráficamente los conceptos, creencias y relaciones que las personas tienen sobre un problema o contexto; (b) los grupos de trabajo interdisciplinarios (Nicolescu) y sobre todo (c) la integración de saberes científicos y populares/ancestrales, combinando así conocimientos académicos y saberes tradicionales o locales. El aporte de la IAP al Esquizométodo estaría en que éste busca, de algún modo, que el proceso de investigación incluya y legitime los saberes del sujeto por conocer, así como su propia cosmovisión; también que se reconozca la reflexividad tanto del investigador como de las entidades que observa (y esto no sólo para las ciencias sociales sino para todas las disciplinas). La discusión está focalizada en la necesidad de incluir al otro (con todo lo que ello significa, incluso lo que aborda el psicoanálisis) en el proceso de construcción del conocimiento si se pretende transformar la realidad social, pues como señaló Delgado Díaz (2010):

Al colocar a la cabeza de su “anti-método” de pensamiento complejo el “espíritu del valle”, Morin hace posible un eje aglutinador, dialogante con los contextos y la diversidad de las culturas. Su reclamo de una nueva actitud ante el conocimiento, la naturaleza y la humanidad, que no es dogmática, no es ecléctica, no es relativista, es propositiva, comprometida y responsable, lo acerca a los postulados electivos latinoamericanos. (p. 7).

En el fondo, todos estos métodos y técnicas reflejan, más allá de las distinciones tradicionales entre los métodos de análisis e investigación, la urgencia de un enfoque flexible, adaptable y multifacético para abordar las situaciones complejas, que siga los principios del pensamiento complejo de Morin, quien enfatiza como sabemos la interconexión, la no linealidad, la emergencia y la autoorganización. A todo ello quiere contribuir esta propuesta del esquizométodo, si se asume la necesidad de una “ecología de saberes” (Sousa Santos).

Capítulo 1. Estadio Onomástico

Evolución e historia de la onomástica

“La originalidad consiste en el retorno al origen; así pues, original es aquello que vuelve a la simplicidad de las primeras soluciones.”

(Antoni Gaudí)

La categoría *esquizométodo* (Zarta 2022a), combina dos palabras sin relación aparente, pero que al conjugarlas adquieren pleno sentido, como se verá a continuación.

Primero, la palabra *método* que proviene del griego antiguo *methodos* (μέθοδος), compuesta por *meta* (μετά), que significa “a lo largo de” o “después de” e incluso “ver más allá”, y *hodos* (ὁδός), con el sentido de “camino” o “sendero”. En conjunto, *methodos* se traduce como “un camino a seguir” o “un camino a lo largo de algo”; es decir, se trata de un sendero o de los pasos para desarrollar un procedimiento que permita “ver más allá”. En diversas disciplinas, como las ciencias, la educación, la filosofía y otras áreas del saber, para llevar a cabo investigaciones, procesos de aprendizaje y enseñanza, técnicas de resolución de problemas y otras actividades, se requiere siempre tener claridad sobre el método. Históricamente, el concepto ha sido utilizado para referirse a un sistema o conjunto de pasos y procedimientos organizados y estructurados que se siguen con el fin de lograr un objetivo específico. Es ilustrativo ver cómo el término “método” ha evolucionado a lo largo de la historia conceptual:

- **Método científico en la antigüedad:** Los filósofos desarrollaron métodos para la observación sistemática y la clasificación de los fenómenos naturales. Aristóteles abogó por la observación cuidadosa y la recopilación de datos como parte fundamental del proceso científico.
- **Método científico moderno:** Durante el Renacimiento y la Ilustración se consolidó el método científico que llamamos moderno. Francis Bacon enfatizó la importancia de la observación, la experimentación y la formulación de hipótesis en la investigación científica. René Descartes propuso un enfoque metódico basado en la duda metódica o sistemática y la razón que permita enfocarse en lo evidente. Galileo Galilei enfatiza en la experimentación y la medición precisa en el estudio de fenómenos naturales. Su enfoque empírico sería fundamental para este desarrollo del método científico.
- **Método en las ciencias humanas y sociales:** A lo largo de los siglos XIX y XX, las ciencias sociales comenzaron a desarrollar métodos específicos para estudiar fenómenos humanos. Por ejemplo, en sociología, Auguste Comte promovió un enfoque basado en la observación, la experimentación y la clasificación de leyes sociales. Psicólogos como Wilhelm Wundt y Sigmund Freud desarrollaron otros

métodos para el estudio de la mente y el comportamiento humano. Wundt es conocido por establecer el primer laboratorio de psicología experimental, mientras que Freud introdujo el psicoanálisis como método terapéutico.

Estos son solo algunos ejemplos que ilustran cómo la categoría “método” ha evolucionado a lo largo del tiempo y en diferentes áreas del conocimiento. Cada uno de estos enfoques de algún modo contribuye a cómo hoy entendemos y aplicamos los métodos. En resumen, un *método* sería una estrategia o conjunto de pasos organizados que se siguen con el fin de lograr un objetivo determinado de manera eficiente y sistemática, pero siempre viendo (y yendo) más allá de lo evidente. Puede aplicarse en una variedad de contextos y disciplinas para guiar la realización de tareas y alcanzar resultados específicos.

Segundo, la palabra *esquizoide*, que es un neologismo médico proveniente del griego *schizein* (σχίζειν), que significa “dividir, separar” o “escindir, cortar”, y *eidōs* (εἶδος), que se traduce como “forma” o “apariencia”; en conjunto, *esquizoide* puede entenderse como alguien o algo con una tendencia hacia la separación o división de la realidad, que incluso puede mantener una distancia (emocional y social) con lo demás. En psicología, psicoanálisis y psiquiatría, el término “esquizoide” se refiere a un patrón de personalidad caracterizado por la preferencia por la soledad y la falta de interés en establecer relaciones sociales cercanas. Las personas con rasgos esquizoides pueden parecer distantes, indiferentes o apáticas hacia las interacciones sociales, y a menudo muestran una rica vida interior y una imaginación activa. Es importante saber que tener rasgos esquizoides no implica la presencia de un trastorno mental; aunque, en algunos casos, pueden estar asociados con el trastorno de personalidad esquizoide, que es una condición más severa y persistente que afecta la forma en que una persona percibe y se relaciona con el mundo: la esquizofrenia, con su síntoma propio que es el desdoblamiento de personalidad y la “mente dividida”. Podemos ubicar el comienzo del uso científico de la palabra “esquizoide” en la primera mitad del siglo XX, gracias al psiquiatra suizo Eugen Bleuler, a quien se atribuye el acuñar el término “esquizofrenia”, en el contexto de la psiquiatría y la psicología clínica para describir un patrón de personalidad particular.

Conjugando estas dos palabras llegamos al *esquizométodo*, pues “si una máquina es algo que corta un flujo continuo, el esquizométodo puede leerse, literalmente, como un análisis de cortes” (Zarta 2022b) con el siguiente sentido para el investigador: *una ruta que permita fraccionar los elementos de un conjunto complejo para hallar su significado subterráneo de forma no lineal*. La expresión “ruta” nos promete, entonces, una serie de procedimientos que permitirán que el resto de la expresión adquiera significado y pueda practicarse; entre ellos y como punto de partida de todo análisis que se realice con el esquizométodo, está la *onomástica*. Vamos a explicarnos.

Como señala Zarta (2022a), “el paradigma científico hoy vigente necesita de un enfoque integrado para analizar los fenómenos lingüísticos en la sociedad, sobre todo dado el desarrollo de la semántica cognitiva actual” (p. 126). Los problemas del sentido y del

significado suponen, al tiempo, la organización (valores y propiedades) y los procesos semánticos (el efecto o alcance de los significados lingüísticos). Siendo interdisciplinario, el estudio de los nombres (onomástica) nos va a permitir relacionar lo lingüístico con lo literario, lo histórico y lo cultural, supuesta la diferencia, no siempre percibida, entre significación, designación, evocación y motivación.

Siendo precisos, se considera a la onomástica, desde el griego *onomastikós* (“arte de nombrar”), formado por *onoma* (ὄνομα), que significa “nombre”, y el sufijo *-stikē* (-στική), que indica “relativo o referente a”, como la disciplina que se ocupa de los nombres, sean propios o comunes, y de su origen, sentido, evolución y uso a lo largo de la historia. Se trata de una rama de la lexicología (estudio teórico e histórico del léxico), que indaga el origen de los nombres propios, sean de personas (antroponimia), de otros seres vivos (bionimia), de dioses (teonimia), de lugares (toponimia) o de etnias (etnonimia). Hay acuerdo en que la primera de ellas que despertó alto interés fue la toponimia por sus variados usos erudito, político y científico.

Uno de los primeros textos que encontramos en la historia occidental y que tiene que ver con la onomástica es el *Cratilo*, diálogo de Platón (2004) que aborda la relación entre las palabras y su significado, cuando Sócrates, Hermógenes (quien piensa que los nombres son convencionales) y Cratilo (quien señala que los nombres corresponden a la naturaleza) interpretan la relación existente entre las personas y el nombre que les han fijado. Entre los autores contemporáneos, Fonagy (1970, p.134) también considera esta posible adecuación a partir de la metáfora de los sonidos, apoyándose en el trabajo fonético, desde una perspectiva psicoanalítica. La conciencia cratiliana de los signos onomásticos es un hecho que concierne al ámbito literario, pero, como bien señala Fonagy, nunca a la individualidad de los sonidos, porque estos no tienen existencia independiente. En la ficción, el autor (como onomaturgo) puede dar rienda suelta a su imaginación, siendo el único responsable de su propia poética; se trata de una auténtica creación, es decir, a la vez creación y descubrimiento.

Volviendo al *Cratilo*, Sócrates, aludiendo a personajes célebres en la *Iliada*, dice que hay nombres: (a) propios de dioses y héroes que atañen a la naturaleza de su función, (b) comunes genéricos, (c) propios de dioses, (d) comunes de fenómenos naturales y (e) comunes de nociones intelectuales y morales. Es interesante que en su poema *El Golem*, Borges (1964) evoca esta polémica del diálogo platónico, diciendo en el primer cuarteto:

Si (como afirma el griego en el Cratilo)
El nombre es arquetipo de la cosa,
En las letras de rosa está la rosa
Y todo el Nilo en la palabra Nilo.

Pues bien, el estudio científico de los nombres, arquetipos de las cosas, comienza a mediados del siglo XIX, desde la perspectiva lógico-filosófica y, hacia mitad del siglo XX, ahora considerados como signos lingüísticos. La onomástica moderna tiene que ver, por

tanto, con la etimología y la semántica: aborda expresiones y fenómenos sociológicos, de carácter lingüístico, que sirven para realizar investigaciones históricas y culturales sobre sitios o personas. La *etimología* (el estudio del origen de una palabra) y la *semántica* (la búsqueda del sentido de una palabra en una época o situación determinada), proceden por análisis comparativos, la primera cotejando formalmente dos términos cercanos, y la segunda por comparación conceptual, para fijar la diferencia entre los dos términos. Báez (2008, p. 71) nos dice que hay tres campos de aplicación para la onomástica¹⁰:

- a. Tradición popular: referida a antropónimos buscando el origen de algún nombre, sea para asignarlo a las nuevas generaciones, sea para crear genealogías.
- b. Enfoque científico: por lo general de topónimos, con el apoyo de la filología histórica, ante todo para indagar sobre lenguas muertas.
- c. Perspectiva literaria: con una aplicación referencial, para mostrar el origen, rasgos propios y acciones de los personajes de las obras literarias; dado que aquí estamos en el campo de la ficción, sirve asimismo para transformar nombres comunes en propios. La onomástica literaria es el estudio de los nombres propios (y, en ocasiones, comunes) y el sentido, explícito o no, que asumen en el texto.

En ese último sentido, un estudio onomástico implica reflexiones exactas usando la etimología y la semántica. Nicole (1983) señala que la onomástica literaria ayuda a clarificar, a comprender en su totalidad el signo o el texto que se está considerando:

La onomástica literaria es, para el estudio del funcionamiento textual de los nombres propios, lo que es la onomástica para la teoría del nombre: un campo relativamente restringido de observaciones ocasionales que apuntan a resaltar, a menudo a través de la etimología, el valor semántico de los referentes del personaje o del lugar en autores con la reputación de ser particularmente sensibles a la elección de sus significantes (p. 233).

Se puede decir asimismo que otro de los puntos de encuentro entre onomástica y etimología es el análisis de nombres propios que ciertos investigadores realizan para reconocer, desde ellos, los rasgos de ciertos dialectos, que pueden ofrecer toda una cosmovisión. El análisis etimológico, además, por tener que ver con cambios fonéticos y morfológicos y por requerir de la historia de la palabra, se relaciona con la gramática histórica y la lexicología diacrónica, respectivamente.

Al extraer su material de varias disciplinas, incluidas la lingüística, la lexicología, la estilística, la semiótica y muchas otras, la onomástica (sobre todo literaria) se plantea como una interdisciplina, en la encrucijada de múltiples caminos. Es gracias a la interacción de estos diferentes aportes -culturales y discursivos- que ofrece un acercamiento diferente y

¹⁰ Aunque a simple vista no lo parezca, hay áreas de convergencia donde las herramientas y los conceptos de la complejidad podrían enriquecer la comprensión de la dinámica y la evolución de los nombres (onomástica) en contextos diversos. La aplicación de enfoques interdisciplinarios podría revelar conexiones más profundas entre los sistemas de nombres y las complejidades de las sociedades humanas.

enriquecido al texto. De ahí en adelante, podemos afirmar que el nombre propio se inscribe en el texto literario como un faro cuyo anclaje jamás es fortuito; como dice Searle: “Los nombres propios funcionan no como descripciones, sino como ganchos de los que se cuelgan las descripciones. Así pues, la laxitud de los criterios para los nombres propios es una condición necesaria para aislar la función referencial de la función descriptiva del lenguaje” (2017, p.176). Desde su posición privilegiada, aporta una nueva luz (una nueva interpretación) del texto cuya influencia se sustenta en el juego de asociaciones, gavillas que se construyen a la luz de redes isotópicas formadas por el sistema explícito o latente de nombres comunes.

En definitiva, y como indica Derrida, citado por Nicole: “Un texto solo existe, resiste, consiste, reprime, se deja leer o escribir, cuando es trabajado desde la legibilidad de un nombre propio” (1983 p. 234), por lo que la onomástica, para el estudio de textos literarios, así como de otros tipos de textos, adquiere un valor central pues su ejercicio permite aclarar la presencia y desarrollo de los personajes o de las situaciones. De modo que, el ejercicio etimológico-semántico de un término nos ofrece otras perspectivas que trataremos de presentar.

En el mundo de la literatura donde se desarrollan los imaginarios, conviven el inconsciente y los recuerdos: en la encrucijada entre el saber cognitivo y la memoria enciclopédica, el autor-onomaturgo deja muy poco lugar al azar. Cuando su elección se detiene en tal o cual apelativo (nombre, apodo, hipocorístico, título honorífico u otro) es porque, en la red nominativa jerárquica del texto, esta preferencia tarde o temprano encuentra su valor, su justificación, que el lector sabio se asegurará de comprobar. El autor-onomaturgo o, como lo llama Platón en su *Cratilo*, “el artesano de nombres” (2004, 431e), es, por tanto, ante todo un creador que toma prestado reelabora, transforma, borra, bromea, disimula, evoca, caricaturiza, ironiza y fabuliza en el complejo torbellino de un sistema de nominación que ha ido construyendo a lo largo de su texto. Esta construcción en espiral, que rompe la linealidad del texto, permite al autor desdibujar las líneas, crear varios horizontes de expectativa y provocar varios niveles de interpretación.

Incluso ¿no se manifiesta ya el celo del onomaturgo cuando un autor elige un seudónimo tras el cual se lanza a un auténtico juego del escondite? ¿La presunta intención de anonimato será siempre la razón que lleva al autor a adoptar un seudónimo? Una pregunta a la que Voltaire quizás habría respondido con humor si pensamos en la cantidad de seudónimos que tomó prestados durante su vida de escritor prolífico. Por ejemplo, Marguerite Yourcenar (2012), esgrime como argumentos que la investigación estética, la admiración por las culturas clásicas y el mito, entre otros:

Nos divertimos [con su padre] haciendo anagramas del nombre Crayencour [su apellido real], y después de una velada agradable, moviendo las palabras, las letras en una hoja de papel, dimos con Yourcenar. Me gusta mucho la Y, es una letra muy bonita [...] Significa todo tipo

de cosas, escandinavas o celtas, como la encrucijada, o un árbol, porque es sobre todo un árbol con los brazos abiertos (p. 86).

Y sobre su nombre propio, señala que no lo cambió porque: “el nombre es muy mío ... Marguerite me gusta bastante; es el nombre de una flor y en griego, que lo toma prestado del antiguo iraní, significa ‘perla’. Es un nombre místico... Es un nombre que me gusta porque no pertenece a ninguna época o clase. Es nombre de reina y también es nombre de campesina” (ibid.). He ahí un simple ejemplo de una auténtica reflexión onomástica y del carácter de creación que lleva consigo la onomástica.

Pero, así como existe deseo del autor de esconderse tras un nombre falso, en ocasiones también puede ocurrir lo contrario. Puede existir, por parte del escritor, un deseo de inscribirse en su obra, tal vez no de modo explícito, sino en forma de paragrama (es decir, esparciendo las letras de su nombre a lo largo del texto), según un minucioso sistema de distribución y anclaje; una especie de destrucción o de guiño crítico, algo siempre significativo y que requiere ser explicado. Como ejemplo, se puede citar el caso de Kafka que fue estudiado por Rajec (1987 pp.193-200), quien señala que Kafka es tal vez el único escritor moderno que está tan misteriosamente poseído por los nombres y sobre todo por su propio nombre. El propio Kafka, dice Rajec, admitió su obsesión por la letra "K" incluida dos veces en su apellido: “Las K me parecen feas, me repugnan y aun así las escribo, deben ser muy características de mí”.

Además, varios escritores reconocen que la elección de los nombres propios en la ficción era un quehacer complejo que dejaba muy poco margen al azar. Por ejemplo, Michel Tournier explica que, para su novela *Le Roi des aulnes*, ello fue algo laborioso, pues quería para su personaje principal un nombre bello, triste, transponible al alemán y que pudiera evocar, en el subconsciente de los franceses, un personaje histórico horrible. Después de varios intentos, encontró Tiffauges nombre que le pareció hermoso y que evocaba a Gilíes de Rais. En alemán, “tiff auges” da “tief auge” que significa “el ojo profundo” y se refiere a algo más perverso y feo (ojo legañoso); ambos significados le convenían al personaje¹¹. Puede haber novelas donde ni el padre ni la madre poseen nombres propios; privación patronímica que los confirma como progenitores miserables que ven sucederse nacimientos y muertes a lo largo de los años, hasta el punto de que la madre a veces tenga dificultades para recordar el nombre de todos sus hijos. Busine (1984) ha explicado, en *Matronymies*, la importancia de ocultar la imagen paternal (en la obra de Proust), destacando la importancia de la escena donde su madre, que llega a arropar a su amado hijo como cada noche, le lee un pasaje de la novela de George Sand, *François le Champí*. La cancelación del padre en esta escena de *La Búsqueda* se evoca sutilmente al elegir esa novela de Sand, ya que el título epónimo (*Champí*) designa, en el lugar natal de Sand, al expósito, es decir, al niño que no tiene padre.

¹¹ Puede verse en *Le Figaro Littéraire*, jueves 24 agosto 1995, p. 4

Concluimos este recorrido cratiliano con la imagen del faro: como signo difractado en el espacio textual ficticio, el nombre propio genera un resplandor y un juego de espejos favorecidos por procesos escriturales de orden léxico, gráfico, morfológico o fónico, algunos de los cuales hemos mencionado aquí. Con su recurrencia, el nombre propio participa en toda una gama de figuras de repetición (leitmotiv, iteración, reduplicación, ecolalia, geminación, estribillo, letanía, seriación) que a menudo rompen la linealidad del discurso: antropónimos y topónimos se expresan, se llaman unos a otros en el juego de ecos y crean alianzas inesperadas o esclarecedoras al tiempo que dan a la narración un ritmo y un tono que puede describirse como un verdadero tempo energizante de la novela. El autor (onomaturgo) es así un creador que construye su ensoñación romántica a la luz de los nombres de sus personajes y de los lugares donde los sitúa, y podemos decir que detrás de la sencillez, la banalidad o la extrañeza del nombre propio se esconde casi siempre una hermenéutica que conviene abordar con rigor y entusiasmo controlado. En definitiva, el enfoque onomástico sólo es válido cuando todas las hipótesis planteadas están sólidamente sustentadas por todas las pistas textuales presentes o latentes en la ficción; esto es lo que lo dificulta, pero también lo que genera su interés para nuestro método.

Como se ha visto, la onomástica se ha asociado, de modo prioritario, a un campo específico: el estudio histórico del significado de los nombres propios, ya sean nombres personales o topónimos. Con razón o sin ella, como campo de la lingüística, tiene el mismo crédito que la filología, la gramática o la dialectología y, como éstas, ha estado relegada al rango inferior de las ciencias del lenguaje, al nivel de la lingüística descriptiva y, por tanto, ateorica. Y ello porque existen, al menos, dos formas de entender su estatus: (a) la onomástica es una disciplina limitada y anticuada; (b) la onomástica es una disciplina que necesita pasar de las descripciones y taxonomías a las teorías; o que, al menos, debe reequilibrar la relación entre descripción y teoría. A todo ello, los especialistas en onomástica responden de diversas formas:

- a. Hablar es nombrar y ¿qué podemos nombrar más importante que otro ser humano o un lugar reconocido como único por la sociedad? Cualquier teoría del lenguaje que no coloque en el centro de sus preocupaciones el primer acto de nominación -el acto onomástico- no puede pretender ser una teoría adecuada, excepto marginalmente.
- b. Disciplinas como la lingüística (en particular la generativa) y la filosofía del lenguaje yerran en sentido contrario: su obsesión por lo teórico va en detrimento de la riqueza y la complejidad de la realidad. No sólo el nombre propio sino todo lo que hace del lenguaje un fenómeno humano (el humor, la metáfora, la historia) se presentan en estas teorías como esencialmente marginales.
- c. La gramática, la filología (lingüística histórica) y la dialectología (al igual que la lingüística de las llamadas lenguas exóticas) son inexcusablemente descuidadas por la mayoría de las escuelas, de modo que las teorías lingüísticas actuales sólo pueden reflejar una realidad empobrecida.

Pero marginalidad o pobreza, que para unos es prueba de seriedad científica o de abstracción óptima para otros, aquí nos centraremos en la onomástica tal como podría entenderse en su sentido más amplio. Este desvío debería permitirnos responder mejor a la pregunta de saber hasta qué punto la onomástica tradicional ha sido una disciplina con un enfoque demasiado estrecho y hasta qué punto puede o debe tener en cuenta lo que se hace hoy en disciplinas hermanas. Para ello, vamos a presentar, primero algunas disciplinas actuales que se enriquecen con la onomástica y segundo, recordaremos las cuestiones metodológicas involucradas en un enfoque inter(trans)disciplinario como el que aquí proponemos, centrándonos en la onomástica en las humanidades y las ciencias sociales.

En definitiva, lo que interesa a los estudios onomásticos es la idea de *nombrar* en sentido estricto: no cómo se produce la elección del nombre común “espada” para una espada, sino la elección de un nombre propio que bautiza tal o cual espada de una manera particular. (este nombre propio para ella será una descripción de las cualidades requeridas de la espada). Como lo dice Foucault: “La tarea fundamental del ‘discurso’ clásico es *atribuir un nombre a las cosas y nombrar su ser en este nombre*” (1968, p. 125, cursivas en el original). La onomástica es, por tanto, parte del estudio de la nominación en sentido amplio (Carroll, 1985), pero se restringe a formas de nominación psicológica o socialmente privilegiadas:

- Objetos (animados o no) a los que podemos, en cierta cultura, dirigirnos y a los que podemos referirnos: antropónimos, siempre; topónimos, a menudo (por ejemplo, ciudades actuales, montañas, ríos en la antigua Roma).
- Objetos conocidos como singulares, únicos: la luna, el sol; tal o cual “Miguel” (una persona tratada como única), la rosa (el nombre de la especie vista como un individuo), los días, los meses, las estaciones en algunas lenguas o en una lengua en determinadas épocas o para ciertas personas (que sienten el término como un individuo, un “ser”).

Se observará que la definición de objetos propios de la onomástica es funcional, por un lado, y pragmática o práctica, por el otro. De hecho, solo nos dirigimos a personas y mascotas, pero es posible que, según las circunstancias, tengamos que dirigirnos a cualquier persona o cosa: (a) una persona, varias personas, un grupo individualizado, (b) un animal, (c) un objeto (el poste con el que acabamos de chocar, la máquina que “se niega” a funcionar, un objeto amado, un lugar (lago, campo, ciudad), un lugar-objeto (edificio, puente, planeta, montaña), un cuasi-lugar (río, calle). Para “río” o “calle”, la diferencia radical entre largo y ancho hace que estos topónimos sean conceptualmente difíciles de considerar como lugares, pero es obvio que lo son por defecto: en general, para nosotros, no son antropónimos y tienen una extensión.

Los llamados objetos singulares son objetos únicos en el mundo: la luna, el sol, etc. Pero desde un punto de vista lógico o psicológico, sólo lo que la actividad humana clasifica así es único. La noción de objeto singular es, por tanto, una noción práctica que, en consecuencia, variará de forma normal entre individuos, lenguas, épocas y culturas. De ahí

las conocidas dudas sobre el estatus de los sustantivos diurnos o de los adjetivos de nacionalidad. En cualquier caso, *los objetos centrales de la onomástica son los objetos singulares y los objetos a los que uno puede dirigirse*; estas dos definiciones se entienden como funcionales (ningún objeto entra por derecho en esta clase en todas las culturas), pero que sin embargo corresponden, en esencia, a los objetos más frecuentemente valorados transculturalmente.

En segundo lugar, *la onomástica se interesa por los elementos del léxico que acompañan a estos objetos centrales: afijos y genéricos*. Así, históricamente existen sufijos que sólo se encuentran en los topónimos (y sus estructuras específicas). El estudio de los genéricos es el estudio de los diversos sustantivos que significan “montaña”, por ejemplo, y que acompañan a los específicos (o se han convertido ellos mismos en específicos). El hecho de que este campo sea, en la práctica, uno de los más importantes de la onomástica histórico-filológica demuestra que ella no puede tener como único objeto el estudio de los nombres propios. Algo normal: el punto de vista crea el objeto y el objeto onomástico sería demasiado pequeño si no incluyera los términos que están en el movimiento del nombre propio.

En tercer lugar, si tomamos en serio este último comentario y si consideramos que la onomástica puede o debe ocupar, *como mínimo, todo el campo lingüístico que le es lógicamente propio* existe otra manera de concebir los territorios de la onomástica: es *estudiar su funcionamiento en el discurso*, es decir en una doble perspectiva paradigmática y sintagmática: (a) paradigmáticos: *términos que pueden llenar el espacio que ocupan los nombres propios*; (b) sintagmático: *términos anafóricos del pronombre a la perífrasis*. Es decir, el funcionamiento de términos que retoman un nombre propio (o su sustituto paradigmático) mencionado anteriormente en el discurso.

Como podemos ver, la onomástica ocupa en gran medida el campo de la lingüística y del análisis del discurso. Además, cada una de las subdisciplinas lingüísticas está vinculada a algunas disciplinas de las ciencias sociales o cognitivas: historia, sociología, antropología, psicología; algunas de ellas también tienen oficialmente un nombre compuesto como “sociolingüística” o “psicolingüística”. Cabe señalar, sin embargo, que el punto de vista de la sociolingüística no es el de la sociología: esta última considera el lenguaje como un objeto social y tenderá a vincular el comportamiento lingüístico con otras conductas sociales, mientras que la sociolingüística tenderá a estudiar un comportamiento sociolingüístico en relación con otros fenómenos del lenguaje, sin examinar, por ejemplo, sus aspectos semióticos (gestuales).

Por lo tanto, aún desde un punto de vista práctico, podemos pensar en la onomástica ya no como el simple estudio del lenguaje aislado sino como un estudio del lenguaje integrado en las actividades humanas, es decir, considerado en una perspectiva tanto histórica como social (y por lo tanto antropológica) y psicológica, en todo caso inter(trans)disciplinar.

La onomástica también puede explorar las interconexiones semánticas entre nombres y conceptos, así como lo que se nombra con el empleo de metáforas. Las teorías de la complejidad podrían ser útiles para comprender cómo estos vínculos semánticos contribuyen a la formación de significados más amplios en sistemas culturales y lingüísticos. Por ejemplo, dado que las teorías de la complejidad buscan identificar patrones y regularidades en los sistemas complejos, en la onomástica se podrían aplicar enfoques complejos para analizar patrones en la asignación de nombres, su simbolismo y su relación con factores sociales, históricos y culturales; o también las teorías de la complejidad podrían ser útiles para comprender la complejidad cultural y lingüística asociada con la variación de nombres en contextos interculturales y multilingües; e incluso podrían ayudar a comprender las dinámicas de las redes sociales y cómo los nombres (avatares) sirven como nodos en sistemas sociales más amplios.

El rol de la onomástica en algunas disciplinas humanas y sociales

La *antropología* (etnología, etnografía) ha estado interesada en los nombres propios y, más en general, en las formas de denominación en las sociedades no industrializadas, aquellas llamadas “exóticas”. Si bien “el nombre” no siempre ha sido un objeto de estudio esencial para su disciplina, los antropólogos han podido analizar el lugar del nombre propio en el marco revelador de las prácticas sociales, bien sea insistiendo en:

- (a) La universalidad y funciones del nombre (Tooker, 1984). La importancia del nombre personal es reconocida en todas las sociedades, sobre todo en su papel como clasificador de linaje. Los topónimos, por el contrario, son menos importantes y, por tanto, menos estudiados como sistema cultural.
- (b) El nombre y los ritos de iniciación (Alford, 1988). Como las etapas del desarrollo individual están socialmente definidas, una de las marcas predominantes es la imposición de un nuevo nombre como acto (central o no) de una ceremonia ligada a un momento vital del individuo en el grupo: nacimiento, adopción (el niño, a menudo, no es nombrado en seguida), el nacimiento de gemelos (puede estar marcado por la imposición de nombres reservados a tal efecto), transición a la edad adulta, matrimonio, maternidad, paternidad, supervivencia luego de una enfermedad grave, viudez y muerte.
- (c) Parentela y tabúes (Alford, 1988). La mayoría de las culturas siguen ciertas reglas sobre lo que es descortés (o incluso tabú) decir al dirigirse o referirse a otros. En este contexto, el análisis de los términos de parentesco es una de las áreas fundamentales para los fenómenos de nominación, bien sea evitando el nombre (no nos dirigimos a los ascendientes -padres- por su nombre sino con un término de parentesco (padre o madre); también evitamos nombrar a ciertas personas (suegros) y sobre todo a los fallecidos; o usando un teknónimo: “padre de María”. Por tanto, en ciertas sociedades

la identidad se define oficialmente durante la creación de la unidad familiar tripartita: madre, padre e hijo.

La *crítica literaria* propiamente dicha, pero también la teoría literaria, se ha interesado en la onomástica, sobre todo en la onomástica simbólica (Nicole, 1983; Rigolot, 1977), donde se trata de descubrir el significado oculto del nombre de un lugar o de un personaje; así, si Stendhal eligió “Señora de Chasteller” como nombre es porque “el aire casto” escondido en el nombre de apariencia realista corresponde a la personalidad de esta mujer y al tema de Lucien Leuwen. No hace falta decir que esta onomástica es en cierto modo de segundo grado, y no corresponde tanto una etimología popular como una reexplotación lúdica de la palabra. Pero además de este campo preferido, la crítica literaria explota otras áreas: (a) Como ya vimos, los nombres de los autores y/o sus seudónimos, así como la transtextualidad; (b) Aspectos propios de la crítica literaria (Reis, 1985) como el rol de los nombres propios como descripción disfrazada (el “significado real” está oculto), el papel del sentido oculto de los nombres en la economía del texto (en particular como generador de la trama o como resumen simbólico de la misma) o el rol de los títulos, del tuteo y otros términos informales de tratamiento en la conversación; (c) Cuestiones de historia literaria (Rigolot, 1977): origen de los nombres ficticios (convención, realidad, alusión, símbolo), su papel en diversos géneros (por ejemplo “el pequeño Albert”, cuando se trata de una biografía; o “Einstein” cuando es una obra científica) y en distintas épocas, el nombre (o su ausencia) como aspecto del juego con la identidad de los personajes.

La *historia social* ha tenido que ver con la onomástica a diversos niveles:

- (a) Microhistoria social (Brown y Levinson, 1987) por los mecanismos de transmisión de nombres y apellidos, el uso de títulos y otros honoríficos (de la vida cotidiana al protocolo diplomático) o las normas de uso del “tu”, “vos” y la tercera persona del singular, normas que revelan las relaciones individuales y sociales que surgen, pero a las que también contribuyen a establecer y preservar.
- (b) Revoluciones, mediante el cuestionamiento del nombre como capital simbólico: impacto no sólo simbólico, sino que también conduce a la explotación social y económica. Invención de nuevos títulos como “ciudadano” o “camarada” y nuevos nombres como “Libertad” (después de 1789) y nuevos tipos de topónimos, como Leningrado.
- (c) Colonización y descolonización onomástica: La historia de las colonizaciones lo es también de la conquista simbólica del paisaje y del modo de nombrar a las personas; esta conquista onomástica afirma tanto el origen del poder sociopolítico como la “misión civilizadora” del país colonizador. Simétricamente, la descolonización se caracteriza por la búsqueda de una identidad nacional, por el rechazo de los nombres impuestos por los colonizadores y por la elección de otros que recuerdan la herencia anterior a la colonización o las fechas y sucesos que marcaron el acceso a la independencia política. En particular los nombres de las calles (“de la

independencia”, “de la revolución” o con fechas correspondientes al mismo o el nombre de figuras políticas o militares que contribuyeron a la misma.

La *lingüística* en su conjunto se ha interesado poco por el nombre propio como tal, salvo en la conmutatividad, es decir, cuando se trata de estudiar el lugar que ocupa el nombre propio y de establecer las condiciones que rigen la elección de sus sustitutos (clases de equivalencia y criterios distributivos que van del pronombre al sustantivo). Por supuesto, existe una subdisciplina de la lingüística descriptiva, la onomástica, que poco interesa a los lingüistas y que a su vez tiene poco interés para la lingüística contemporánea. Así las cosas, la lingüística generativa, por ejemplo, sólo ofrece comentarios dispersos, pero su visión de conjunto que atribuye poca relevancia a los fenómenos onomásticos ya sea en fonética, morfología o sintaxis. La distinción entre competencia y desempeño tiende sin duda a colocar el nombre propio en el lado psicológico y social y no en el lado lingüístico estricto; los nombres propios desde este punto de vista no tienen semántica sino sólo pragmática, una connotación, no una denotación. Sin embargo, existe la “retórica del nombre propio” (Carroll, 1985) donde, como todos los sustantivos, el nombre propio está sujeto a usos que se consideran “metafóricos” en el sentido más amplio del término. Esta metaforicidad es una constante histórica y transcultural, lo que sugiere que el nombre propio debe estudiarse como una estructura lingüística pero también que merece explicaciones psicológicas y socioculturales. La onomástica se especializa primero en el estudio del fenómeno retórico desde su ángulo histórico; el campo puede y debe extenderse a la retórica contemporánea, por un lado, porque este dominio forma parte del campo lógico de la onomástica y, por otro lado, por la búsqueda de explicaciones sobre el funcionamiento actual de la nominación. La onomástica puede formar un dominio común con las ciencias humanas y cognitivas. Este dominio compartido y las teorías que surgirían de él podrían ponerse a prueba con los datos históricos y tomarlo como herramienta para un estudio más claramente teorizado de los hechos diacrónicos.

La *filosofía* también ha tenido que ver con la onomástica, sobre todo en la filosofía del lenguaje, buscando la naturaleza lógica del nombre propio (Carroll, 1985), y la distinción entre la clase de “nombres propios” y otras clases de objetos: cuestión de objetos singulares (la luna) y clases naturales (oro). La noción de nombre propio aquí dista mucho de aquella como se entiende en onomástica. Y eso nos lleva a la cuestión del sentido y la semántica (Molino, 1982): desde Stuart Mill hasta Frege, Kripke y Lakoff, los filósofos (y más recientemente los lingüistas) debaten la cuestión del “significado” de los nombres propios: ¿son índices puros (como pronombres demostrativos o locativos (“aquí”, “el”), o tienen un significado además de una referencia (el dedo índice que señala)? La cuestión es la del estatus de la connotación (el llamado significado enciclopédico) en su relación con la denotación (la semántica como sistema “puramente” lingüístico); el significado tal como se encuentra definido en un diccionario y no en una enciclopedia: la tendencia es a separar radicalmente el saber semántico (lenguaje) del conocimiento pragmático (enciclopédico) sobre la realidad en general. Por ejemplo, en un diccionario, “bicicleta” es sólo un miembro de la categoría

“medio de transporte”, mientras que en una enciclopedia se ofrecen todos los saberes específicos sobre ella. La cuestión es si nuestra memoria (en particular la memoria lingüística) se parece a un diccionario, a una enciclopedia o a una mezcla de ambos. En las ciencias cognitivas (y por ejemplo en la inteligencia artificial) predomina la posición favorable al “diccionario” de los filósofos.

La *psiquiatría*, el *psicoanálisis* y las *neurociencias* también tienen que ver con estas cuestiones. Así las dificultades psicológicas relacionadas con el nombre por lo general parecen ser casos particulares de fenómenos más globales: por ejemplo, la amnesia del nombre corresponde a la amnesia de la identidad. Múltiples personalidades tienen cada una un nombre, etc. Por lo tanto, el nombre como tal apenas ha interesado a la psicología clínica, con excepción del psicoanálisis; pero aun así el estudio del nombre pertenece más a la práctica que a la teoría. Algunos ejemplos de dicho tratamiento son: (a) la afasia y dificultades para nombrar adecuadamente (Semenza & Zettin, 1988). Recientemente se ha demostrado que los trastornos afásicos pueden afectar a los nombres propios, lo que implica que pueden tener un estatus psicolingüístico particular; (b) la referencia pronominal, es decir, la dificultad para producir un habla coherente, por ejemplo, en esquizofrénicos; (c) los problemas de identidad, relacionando amnesia, personalidades múltiples y nombre; y (d) la neurosis obsesiva (Freud, 2023): los nombres y las fórmulas rituales.

Un caso particular de la relación de la onomástica con la *psicología* sería la cuestión del aprender a nombrar en los niños (Horne & Lowe, 2023), con cuestiones como las primeras palabras y los primeros nombres propios, el lenguaje infantil y los términos cariñosos, la autorreferencia (“mío” antes de “yo”). Es curioso que alrededor de los tres años, todas las madres se llaman “mamá”; aunque el niño sepa que tiene un nombre propio, existe una tendencia a rechazarlo. Y también la construcción de la identidad: nombre, apellido, nombres de los demás y la naturaleza de estos nombres como un todo estructurado. Por otra parte, parece que el dominio del sistema de nominación se adquiere al inicio de la adolescencia; pero se trata del sistema tal como funciona en mi grupo y en lenguaje que hablamos. Cuando no se trata de comprender los escritos de los demás o lo que ellos dicen, sino de producir relatos que representen el discurso de los demás, o que proporcionen una cierta competencia onomástica (en particular, el dominio de las anáforas), es posible que las dificultades nunca se superen. Al mismo tiempo, parece que las estrategias de lectura, al menos conscientes, tienen poco en cuenta las complejidades del sistema de denominación, lo que además podría explicar las dificultades para producir relatos.

Y, por último, respecto a la *sociología* (incluida la sociolingüística) hay que tener en cuenta la cuestión de la transmisión social del capital simbólico (Smith, 1985). Así, por ejemplo, el caso del nombre, que es universalmente requerido, libremente elegido y gratuito; pero, de hecho, está sujeto a mecanismos sociológicos restrictivos: transmisión religiosa, familiar (stock de nombres constante a lo largo de varias generaciones) o sujeto a la moda. Caso típico en el pasado, la transmisión del nombre como propiedad del padre al hijo mayor

(quien heredaba los bienes familiares). Por otra parte, el apellido que parece universalmente necesario; por lo general, se transmite el del padre y no de la madre, lo que refleja la estructura económica societal (transmisión paralela de la propiedad). Todo ello significa el nombre como marca de identidad social. Otro caso de transmisión y difusión del capital cultural se refiere a los nombres de los barrios y las calles que permiten mostrar los valores de los grupos dominantes en las ciudades involucradas; basta comparar el paisaje odonímico de un suburbio pobre con el de un suburbio de clases altas. Y también es ilustrativa la cuestión de los apodos, a menudo negativos (no se usan como términos de tratamiento) e irónicos (“el grande” es por lo general el pequeño); son objeto de matoneo. Los apodos predominan en grupos pequeños y con fuerte cohesión: familia, escuela, ejército. Una última cuestión es que sólo parece existir la nominación onomástica entre los humanos; respecto de los animales, se hace de nosotros hacia ellos. Los métodos de selección de nombres de animales e incluso el uso de la tercera persona hipocorística a veces utilizada con niños pequeños (“mi gatito tiene hambre”) son temas dignos de atención desde un punto de vista sociopsicológico.

Algunas cuestiones de método y perspectiva

Ahora abordaremos *la cuestión del método y la perspectiva* en las disciplinas onomásticas, sabiendo que implica un doble estudio, etimológico y semántico, en el marco de un pensamiento complejo.

Una *disciplina* se define por el objeto que analiza, la perspectiva que le aporta y los métodos que utiliza como herramientas. Si, como propone Saussure, “el punto de vista crea el objeto” (1916, p. 46), podemos esperar que no exista una “ciencia de los animales” sino que existan (con perspectivas y métodos a menudo divergentes) una anatomía, bioquímica, citología, ecología, epidemiología, etología, genética, embriología, histología, morfología, neurología, paleontología, fisiología, psicología (humana, animal), sociobiología, taxidermia, taxonomía, zoología, entre otras, sin mencionar la lingüística y la semiótica que le conciernen tanto a los animales como a los seres humanos. Y cada una de ellas se superpone, dependiendo del tema estudiado, con otras disciplinas, de las aquí mencionadas o de otras.

Asimismo, no existe una “ciencia de los nombres propios” sino una multitud de disciplinas que se interesan por ellos en distintos grados y por diversas razones: así, la economía y la estadística se interesan por los nombres personales, como signo puro que refiere a una persona única a la que el Estado quiere, por múltiples razones, contabilizar. En el otro extremo, la onomástica tradicional, que se interesa por el nombre propio como un objeto semántico e histórico más o menos independiente de las personas concretas que portan el nombre. Pero la realidad siempre puede clasificarse de diversas maneras, de modo que una disciplina como el derecho debe desempeñar un papel importante en la teorización de conceptos y procesos onomásticos. En efecto, aunque prescriptiva, la ley destila la esencia de lo que puede ser un nombre propio en un momento determinado para una sociedad

particular y la jurisprudencia es como un protocolo de entrevista donde, cosa rara, aparecen los argumentos a favor o en contra la idea de lo que es el nombre en la vida real.

Una disciplina se define por su perspectiva y sus métodos, ambas correlacionadas hasta tal punto que a menudo podemos hablar de una “perspectiva metodológica”: el método crea el objeto. Por ejemplo, el método histórico-filológico define bien los alcances y los límites de la onomástica tradicional, ya que todo lo que es pensable dentro de este método forma parte de la onomástica desde hace mucho tiempo y lo que no es accesible mediante él se encuentra rechazado en los márgenes. En resumen, en el marco de un programa de investigación, ciertas cuestiones son centrales, otras “evidentemente” impertinentes. Ahora bien, dado que todas las prácticas disciplinarias y sobre todo los propios métodos de investigación contribuyen a definir lo que es pensable o no con las herramientas a nuestra disposición, resumamos a grandes rasgos los métodos que han dominado en las disciplinas onomásticas en sentido amplio, y clasificados de un modo tradicional:

- a. Enfoques “humanistas” o idiográficos: Hermenéutica (interpretación), análisis conceptual o “filosófico”, estudios históricos, estudios de caso (estudio clínico, estudio de un texto, de una palabra) y trabajo de campo (antropología, dialectología, levantamiento de atlas).
- b. Enfoques “científicos” o nomotéticos: Entrevistas, estadísticas, métodos experimentales y estudios de desarrollo: transversales (grupos de diferentes edades) o longitudinales (mismo grupo estudiado en diferentes etapas de su vida).

Definimos el enfoque *idiográfico* como centrado en el caso particular (cualitativo decimos hoy) y el enfoque *nomotético* como centrado en el estudio de numerosos casos cuyas similitudes se buscan sistemáticamente (enfoque cuantitativo). La oposición es lógica y no empírica. En otras palabras, todo estudio de caso es una elección: estudiamos un caso porque nos parece típico o ejemplar, lo que equivale a decir que hemos tomado implícita o explícitamente una decisión en función de una intuición “estadística”. Por el contrario, un enfoque es hermenéutico en el sentido de que depende de un programa de investigación que es lógica y pragmáticamente anterior a la implementación de herramientas científicas o humanistas y en cierto sentido ha regido la elección de estas herramientas.

En fin, señalamos que ciertas disciplinas son multi-metodológicas (psicología, sociología) y que otras (estudios literarios) son uni-metodológicas. Una disciplina que puede abordar su campo de una forma múltiple está en mejor posición que otra que no puede, pero en la práctica vemos que las distintas subdisciplinas que utilizan métodos diversos publican en revistas diferentes y apenas se comunican entre sí.

En el caso de los estudios intrínsecamente inter(trans)disciplinarios como la narrativa o la metáfora -y sin duda la onomástica- la situación está más fragmentada: durante mucho tiempo los estudios sobre la narrativa o la metáfora realizados en diversas disciplinas (literatura, psicología, inteligencia artificial) no se comunicaban con entre sí; en primer lugar

por falta de confianza en la metodología de los demás, pero también porque se desconocía la existencia de trabajos ajenos; en fin, porque los escritos de la disciplina hermana eran herméticos para quienes no estaban formados en la materia. Para ilustrar la dificultad en el campo de la onomástica, vamos a tomar como ejemplo el caso de los estudios sobre los nombres personales.

A primera vista, las diferencias dominan. Así, para sociólogos como Besnard y Desplanques (1986) este caso ilustra uno de los principios centrales de la sociología: que el individuo que cree estar haciendo una elección personal (otorgar un nombre) sigue un gran fenómeno social: la moda. Para un historiador como Smith (1985), el nombre define una historia de la transmisión de la propiedad familiar. Para un especialista en sintaxis, el nombre como tal se enfrentará a la cuestión de cuándo podemos sustituirlo (también vale para el apellido) por un pronombre o una descripción. Un gramático o un lingüista interesado en los dialectos puede intentar saber en qué regiones y en qué condiciones se utiliza el artículo con el primer nombre (“la Julia”). La crítica literaria querrá saber si, por ejemplo, en el caso de los recurrentes nombres de la familia Buendía en *Cien años de soledad* se trata de un juego más o menos transparente que resume la situación de los personajes y el espíritu de la saga familiar. Y así podemos seguir: el etimólogo se preocupa por el significado y el origen de los nombres, el historiador por su evolución en el tiempo, el antropólogo por su ausencia en ciertas culturas y el estadístico por el número promedio de letras en los nombres en una lengua. Es obvio que estas múltiples perspectivas a menudo se superponen, pero el propósito de los demógrafos, por ejemplo, está muy lejos del de los filósofos y los sociólogos o psiquiatras. Incluso los lingüistas y psicolingüistas que se plantean la cuestión del estatus del nombre propio en el lenguaje plantean preguntas muy diferentes y tratan de responderlas utilizando métodos distantes entre ellos. Este objeto, el nombre propio, dependiendo del marco conceptual en el que se sitúa, adquiere diferentes propiedades que forman, para quien quiera presentarlo de forma sintética, una marcuetería bastante mal unida.

Ciertamente los objetivos de la sociología, la historia, la antropología y la etnografía son diferentes, pero son complementarios. Un fenómeno histórico (el surgimiento del nombre propio y sus diversos modos de transmisión a través del tiempo) es un fenómeno social importante y es también una contribución a la antropología social. También serían importantes su estatus en la lengua (uso del artículo, pero también prefijos, sufijos, reduplicaciones, etc.) y su adquisición por parte del niño. Y cualquier trabajo serio, por ejemplo, un manual que pretenda ofrecer una visión general de la naturaleza y las funciones del nombre propio tendría que sintetizar estos puntos de vista. Pero, estas síntesis son raras y difíciles o mejor, para el caso del nombre propio, no existen aún¹². En todo caso, es alentador

¹² Besnard & Desplanques (1986) son estudiosos de los nombres personales. Sin embargo, sólo proporcionan algunos elementos de respuesta a las cuestiones centrales de la naturaleza del nombre propio en Francia. Hace falta una visión globalizante.

que la convergencia es posible entre los campos mencionados: sus métodos son a menudo similares: estudios de caso o de campo en un contexto más o menos hermenéutico. Las estadísticas suelen ser sencillas y útiles incluso para los humanistas. Sin embargo, hay algunas desventajas: la psicología de las preferencias usa estadísticas menos obvias intuitivamente y la psicología infantil es a menudo experimental. La dificultad reside, por tanto, en el ámbito preciso del nombre propio, tanto en la falta de interés por las grandes síntesis como en las dificultades intrínsecas de toda reflexión inter(trans)disciplinaria seria.

El ejemplo del nombre propio podría ampliarse a cada uno de los subdominios de la onomástica: familiaridad, títulos, sus reglas de coocurrencia o covariación, etc. En cada caso, a pesar de numerosas divergencias que hay que tener en cuenta que existen convergencias; pero ellas se producen por lo general a nivel infra (o trans) disciplinar, lo que se hace visible en las repeticiones y en el cruce de disciplinas y de sus materias preferidas. En otras palabras, hablar de inter (trans) disciplinariedad es sin duda menos relevante que hablar de encuentros ocasionales entre especialistas interesados en un tema y que forman una suerte de rama inter o mejor sub o infradisciplinar. Por ejemplo, si me interesan los honoríficos (títulos de cortesía, familiaridad) y estoy formado en métodos histórico-filológicos, tal vez no podría realizar yo mismo experimentos psicológicos con niños ni entrevistas sociológicas, pero sí podría colaborar con especialistas en estos temas y métodos, o informarme lo suficiente como para explotar todo lo que ya han escrito sobre mi tema de estudio los antropólogos, sociólogos y psicólogos. Esto me impedirá proponer soluciones limitadas a un problema multifacético; Esto me evitará repetir lo ya hecho y me permitirá realizar investigaciones de mayor alcance y relevancia.

Algunos filósofos de la ciencia también proponen que consideremos todas las disciplinas desde una perspectiva infradisciplinaria (Campbell, 1969). Según las necesidades y según los puntos de vista, el edificio científico o disciplinario se construye entonces con un centro y márgenes (o líneas de fuga) diferentes. Una vez que este punto de vista, si no adoptado, al menos ha sido comprendido, queda claro que el conocimiento visto en su conjunto poco se parece a un grupo de mónadas sin puertas ni ventanas; más bien, podemos concebir cada microactividad investigativa como una neurona conectada por sus dendritas a una multiplicidad de otros microcampos de investigación. En tal estructura, la idea de interdisciplinariedad ya no tiene sentido puesto que las disciplinas ya no existen y el nivel conceptual relevante es el “paquete” de microactividades vinculadas entre sí para las necesidades de un programa de investigación en particular.

Que esta concepción de la investigación sea posible es cierto, ya que a veces ocurre; tal vez no sea concebible a gran escala; pero parece bueno pensar en la medida en que evita una conceptualización simplista de las disciplinas (centro intrínseco y márgenes) y de la interdisciplinariedad (no va de disciplina en disciplina a pesar de su nombre). Los estudios sobre el nombre propio son, como vimos, sub-disciplinarios. En algunos casos, el micro dominio en cuestión tiene sus participantes en varias otras disciplinas. A veces no.

Esencialmente, la onomástica es la única que se ocupa de la etimología de los nombres de lugares y personas; por otra parte, la distribución de los topónimos concierne a uno de los micro dominios de la geografía y la demografía. Aquí la fragmentación del conocimiento es normal; lo lamentable (pero explicable) es que, en casi un siglo de existencia de las ciencias humanas, muchas veces no se han hecho los esfuerzos necesarios de síntesis.

La interdisciplinariedad presente en la onomástica

Una pregunta que se puede hacer el lector de este texto, es cómo este elemento onomástico se relaciona con los otros dos que se presentarán más adelante. Esa cuestión se puede responder de diversas formas; sin embargo, es la formulación de las preguntas la que permite dar unas respuestas multivariadas que facilitan llegar a un buen puerto. Esas cuestiones son: ¿Qué relación ofrece la onomástica con lo Trans-X y el estadio psicoanalítico? ¿Es la onomástica un campo que se pueda considerar inter(trans)disciplinar? ¿Hay espacio para la onomástica en estos dos campos?

Para este caso el orden de las preguntas sí parece interesar. Empecemos despejando la siguiente: ¿Es la onomástica un campo que se pueda considerar interdisciplinar? La respuesta es sí, porque como se enuncia al comenzar el acápite de este estadio, el procedimiento para los estudios onomásticos viene dado desde la etimología y la sociolingüística, lo que marca una pauta para decir que se hace uso de diversos saberes para la constitución del campo onomástico. Así las cosas, la onomástica no sólo puede ser considerada como una herramienta interdisciplinar sino también compleja, porque no se reduce al análisis o evolución de los conceptos, sino que permite complejizar (sin banalizar) los conceptos y términos que se exploran con dicha herramienta.

Ahora bien, a sabiendas de la interdisciplinariedad de la onomástica, la pregunta de si existe espacio para la onomástica en los otros dos campos, parece ser pertinente, puesto que en el estadio Trans-X, el punto principal es dar cuenta de la multilateralidad que posee un texto, un objeto de estudio o un sujeto, desde una variedad de perspectivas o disciplinas susceptibles de estudiar, por lo que la onomástica podría ser uno de ellos. Pero la cuestión va más allá, porque para dar cuenta de los diversos campos que pueden interpelar un objeto o sujeto complejo, se pueden develar mediante el estudio onomástico del fenómeno o asunto que intenta estudiar el investigador.

Por otra parte, la relación del estadio onomástico con el psicoanalítico viene dada desde dos cosas claves: el lenguaje y la palabra. Recordemos que, para Lacan, el inconsciente está estructurado como el lenguaje y por lo tanto quien da cuenta de la estructura de la neurosis o de lo que contiene el inconsciente es la palabra; y en ese punto es donde entra la onomástica, porque las reglas y técnicas freudianas que se retoman en dicho estadio, para ir más allá de lo que marca el texto que estamos explorando, están vinculadas a un universo de conceptos

que explorados con las herramientas onomásticas pueden “hacer palabra” y guiarnos hacia lo no dicho en el texto, es decir lo que esta allá como preso y que requiere ser liberado para decirlo en términos deleuzianos.

Entonces, ¿qué relación ofrece la onomástica con lo Trans-X y lo psicoanalítico? La relación es directa y no se superpone a los otros dos estadios, sino que llega para fortalecer y marcar un precedente sobre la procedencia y evolución que tiene el objeto, sujeto, contexto, concepto o fenómeno que se este tratando. En ese sentido, hay una fuerte relación que desde luego es inter(trans)disciplinaria con una orientación hacia la complejización de los otros dos elementos del Esquizométodo.

Propuesta para realizar el análisis onomástico de un texto literario

La onomástica literaria ofrece la oportunidad de descubrir matices de un texto que, aunque parezcan imperceptibles, son importantes para su interpretación. Este tipo de análisis ayuda a comprender mejor la caracterización de los personajes y las relaciones establecidas entre ellos. Al hacerlo se logra mostrar que el autor, al elegir los nombres de los personajes, incluso de los topónimos, expresa cierta intencionalidad y, por ende, realizar su interpretación puede ayudarnos a comprender mejor la obra. Conviene recordar que, cuando se habla de onomástica, hablamos también de lingüística pues remite a diversas herramientas: semántica, metalenguaje, poética, estilística, incluso pragmática y, en concreto, lexicología y etimología porque se ocupa del estudio de los nombres. Si en ocasiones hemos reducido esta disciplina al estudio de los nombres de personas, la tendencia actual entre los lingüistas es agrupar bajo dicha denominación tanto el estudio de los nombres de personas (antropónimos) como el de lugares (topónimos) (Rigolot, 1977 p. 11). En últimas, un relato está conformado por personajes, uno protagonista, y a todos ellos el autor les asigna nombres. Por ende, el nombre es muy importante, no se puede obviar, ya que su asignación no es solo algo semántico, sino que también invita a un análisis intertextual y de identidad. Como afirma Reyre:

Quien rastrea la pista de los nombres propios de un texto literario y pretende, a partir de ellos, descifrar unos cuantos secretos de su fabricación, debe, para evitar proyecciones y anacronismos, fundarse en el mismo texto o en su intertextualidad. Este presupuesto teórico de base no es sino una consecuencia del funcionamiento de los nombres propios en el texto literario. En efecto, dichos nombres se inscriben en la constelación de las voces que definen a un personaje y por eso entretienen con ellas relaciones de simpatía (por sinonimia o eufonía) o de antipatía (por antífrasis e ironía), por lo que el análisis debe partir del texto y conducir a su explicación (2003, p. 5).

Para realizar el *análisis onomástico* de un texto literario, que como sabemos implica un estudio doble (etimológico y semántico), *primero* se puede centrar la atención en el espacio donde se desarrolla la acción, que no siempre es fruto de la imaginación del autor,

pues puede existir en realidad. Aquí conviene no sólo analizar el nombre del lugar (toponimia), recurriendo a la etimología y la geografía, sino también, de ser posible, efectuar una búsqueda histórica sobre dicho lugar; el autor ha podido utilizar ciertos topónimos reales (de los cuales se puede rastrear su historia) para fijar con precisión la ilusión de realidad en la obra. Así, suponiendo una obra que comienza con esta frase “Al principio él estaba solo en la isla y era feliz” suponemos que esta primera frase evoca la Biblia, y podríamos buscar, por ejemplo, otras referencias al paraíso terrenal.

En *segundo* lugar, hay que ubicar la obra temporalmente. Si trabajamos con una obra que se desarrolla, por ejemplo, entre principios de mayo y el verano del mismo año, hay que analizar cómo y por qué la isla, donde el protagonista se sentía “muy feliz” al principio, poco a poco se va convirtiendo, con la llegada cíclica de grandes mareas humanas, en un lugar muy poblado donde reinan la incomprensión y los intereses personales. ¿Cuál es el sentido de esas migraciones y por qué ocurren?

En *tercer* lugar, hay que ir a los personajes, comenzando por el protagonista (héroe) e intentando describirlo física y psicológicamente. Aquí es clave la cuestión del nombre, su significado: ¿es un “nombre en clave”, como si el autor a lo largo de la obra utilizara un discurso metaficticio para explicar los nombres de los personajes? Por tanto, un análisis más profundo nos ayudará a distinguir los principales rasgos de su carácter: es probable que a medida que se desarrolla la trama, podamos apreciar que el nombre “X” esconde otros significados que se relacionan con el carácter del personaje. Además, en el caso de que haya algún personaje que no posee nombre propio (digamos que se lo denomina “el patrón”), el no nombrarlo puede interpretarse de formas diferentes, sin contradecirse: una podría ser “el patrón = Dios”; pero una segunda interpretación podría ser la que nos remonta a uno de los mitos de nuestra sociedad actual: el jefe visto sólo como líder y no como alguien cercano. Y así continuaría el análisis de los demás personajes.

También hay que considerar que en un texto literario pueden aparecer figuras históricas. La intensidad del nombre propio de una figura histórica es tan grande que ayuda a que el relato avance en su construcción de la ilusión de realidad. Podemos añadir los nombres míticos y literarios, sobre todo si es una obra marcada por la intertextualidad: la minificción es un género, muy popular hoy, que basa su poder de condensación en la recurrencia a nombres míticos (Odiseo, Penélope) o literarios (el Quijote, Dulcinea), pues se considera que ya son en sí narrativas condensadas e hitos culturales que pueden experimentar cambios lúdicos o irónicos, sin que el lector se confunda o pierda de vista la intertextualidad.

Con base en toda esta teoría, realicemos un ejercicio con *Rebelión en la granja* de George Orwell (2020) sobre sus personajes principales (atravesado por la etimología y la semántica), como texto apto para ilustrar las máscaras del discurso, pues él mismo es una máscara discursiva en forma de fábula. El título original era *Animal Farm: A Fairy Story*

(*Granja de animales: una historia de hadas*)¹³. Los animales cazan a los humanos y se apoderan de la granja; cerdos, equinos y otros se organizan. En esta revolución (crítica al régimen estalinista) cada animal es la imagen de un líder, sobre todo los cerdos, que representan la clase dominante: crean el levantamiento y luego dirigen la granja. E idearon su propia ideología política, el “animalismo” (resuena aquí el nombre -y los “valores”- del comunismo). Este ascenso de los cerdos es el de la burocracia estalinista (bolcheviques), y la subida de Napoleón como único líder refleja el surgimiento de Stalin.

Animal Farm es una sátira política que, por su estilo, comparte similitudes con otros trabajos de Orwell, sobre todo con la novela *1984*, pues ambos, enfatizando la amenaza potencial/actual de las distopías, sugieren la visión sombría del autor sobre el futuro de la humanidad. El estilo y la filosofía de Orwell refleja su preocupación por la verdad en lo escrito: comunicarse de modo sencillo, pues sentía que las palabras, en política, sirven para engañar y confundir. Por eso se asegura de que el narrador hable con imparcialidad y se capte la diferencia entre los animales con moralidad (dicen lo que piensan con claridad) y los animales malvados (como Napoleón) que tuercen el lenguaje para satisfacer sus deseos. La obra juega con ciertas oraciones de modo magistral; las frases “cuatro patas buenas, dos patas malas” y “todos los animales son iguales, pero algunos son más iguales que otros”, encapsulan la trama central: lo que comienza como ideal noble y petición de igualdad descende a un lenguaje contradictorio y engañoso, ese doble discurso que Orwell haría central en su obra *1984*, con el concepto de “Newspeak” (neolengua, nueva lengua o nueva habla), versión simplificada del inglés (en las traducciones se simplifica también el idioma), uno de los pilares básicos del régimen totalitario.

En el prefacio, Orwell explica por qué ubica el libro en una granja: “Vi a un niño, quizás de diez años, conduciendo un enorme caballo de carreta por un camino estrecho, azotándolo cada vez que intentaba virar. Me hizo pensar que, si tan sólo tales animales se dieran cuenta de su fuerza, no tendríamos poder sobre ellos, y que los hombres explotan a los animales de la misma manera que los ricos explotan al proletariado”. El cierre, con los cerdos y los humanos “acerdados”, refleja la visión orweliana de la Conferencia de Teherán (1943) que mostraba las “buenas relaciones” entre la URSS y Occidente, pero que, como predijo Orwell, se desmoronaría: el inicio de la Guerra Fría se sugiere cuando *Napoleón* y *Pilkington*, ambos sospechando del otro, juegan un as de espadas simultáneo.

Son claras las riquezas de esta novela para el esquizométodo. Ensayemos algo de etimología. El *cerdo* (*sus domesticus*) es una subespecie del jabalí euroasiático. En español, el nombre común *cerdo* no deriva del latín (*porcus*), pues es un eufemismo para reemplazar a puerco, marrano y cochino cuando toman matiz despectivo; la palabra proviene del griego *κερδός* (*kerdós*, “utilidad”) y designa todo lo que genera provecho (del cerdo *se aprovecha*

¹³ Otras variaciones incluyen subtítulos como “Una sátira” o “Una sátira contemporánea”. Orwell mismo sugirió alguna vez el título *Unión de repúblicas socialistas animales* para la traducción francesa, abreviado URSA, la palabra latina para “oso”, símbolo de Rusia.

todo), o de *κερδῶ* (*kerdó*) que designa ciertos animales (zorro, comadreja) merodeadores que se aprovechan de las madrigueras de otros. Referida a los humanos significa una persona sucia, glotona o repulsiva e inmoral.

El término en inglés ofrece otras ideas. La palabra más antigua es *swine* (cerdo), si es hembra, cerda (*sow*), si es macho, jabalí (*boar*). Otra palabra antigua era *fealh*, que se relaciona con *furh* (surco), de *perk* (excavar, surcar), fuente del latín *porcus*, reflejando la tendencia de nombrar animales desde sus atributos o actividades típicas. Los sinónimos *grunter*, *porker* responden al eufemismo de los marineros de no pronunciar la palabra “cerdo” en el mar, superstición basada en el cerdo gadareno, que se ahogó; para los pescadores tradicionales irlandeses, es visto como algo de mala suerte y no debe mencionarse.

Veamos ahora qué nos pueden decir los nombres de tres “personajes” de la novela, relacionándolos con los personajes históricos a los que la distopía orweliana parece referirse.

1. El anciano sabio (*Old Major*) es un cerdo “de pura raza”, filósofo del cambio, profeta y teórico. “Viejo” implicaría prudente y “Mayor” un rango alto; por eso su discurso es creíble y apreciado por los animales. Propone, al inicio de la novela, una solución al destino desesperado de los animales de *Manor Farm*, entonces bajo el dominio del granjero Jones (zar Nicolás), e inspira la rebelión: “No se ha dicho la hora real de la revuelta; podría ser mañana o en varias generaciones”, anuncia proféticamente. Murió tres días después de su discurso. Los animales, emocionados por su disertación, provocan la rebelión, pues la arenga era contundente: “¿No está claro, camaradas, que todos los males de nuestra vida surgen de la tiranía de los seres humanos? [...] que casi todo el producto de nuestro trabajo es robado por humanos?” y recuerda que “en la lucha contra el hombre no debemos llegar a parecernos a él”, última predicción al final de la novela. Ofrece también una canción que será el himno revolucionario: “*Animals of England*” (la Internacional). Este personaje simboliza el ideal comunista antes de ser corrompido por gobernantes inescrupulosos; es una alegoría de Marx y Engels: el personaje real (Marx-Engels) contra el capitalismo y el ficticio (Viejo Mayor) contra el sistema establecido por los granjeros. Su cráneo en exhibición pública recuerda a Lenin, cuyo cuerpo embalsamado fue dejado en reposo indefinido. Al final del relato, el cráneo se vuelve a enterrar. Sobre Lenin, la relación estaría en que ambos inician la revolución, aunque ninguno sabe cuándo se producirá.

2. *Napoleón* (en inglés y español; en las primeras ediciones francesas será *César*) es el nombre del cerdo que dirige la Granja: “Un gran jabalí de Berkshire de aspecto bastante feroz, el único Berkshire de la granja, no muy conversador, pero con reputación de salirse con la suya”, es de color oscuro. Tiene sentido del poder y una mente práctica: desde el principio aparta a los cachorros de su madre y los cría él solo sin que nadie sepa lo que pretende; luego los convertirá en su instrumento de represión. Con nombre de emperador, no con su carácter: ¿la desvalorización de la revolución francesa? Sin embargo, está pensado a imagen de Stalin: desarrolló su propia filosofía, el animalismo y el culto a la personalidad. Astuto y feroz, despótico e hipócrita; es el principal villano de la novela. Demostrará ser un

verdadero tirano, corrupto y codicioso. Sigue las ideas del anciano sabio, pero al final sucumbe ante el ansia de poder, como se puede observar en las disputas que tuvo con el cerdo *Snowball*. Al final, se convierte en dictador, como ocurrió con Stalin tras la Revolución Rusa.

3. *Snowball* (*Bola de nieve*, que indica pureza), oponente de Napoleón es de color claro, inteligente e inventivo, a menudo en desacuerdo, sobre todo respecto a la exportación de la revolución a las granjas vecinas o a la construcción del molino. Por valiente será condecorado después de la batalla del establo. Napoleón, celoso de su éxito, lo hará cazar, perseguido por los perros. A partir de ahí, será el chivo expiatorio, acusado de originar las dificultades en la finca, cuando su único “crimen” fue molestar a Napoleón. Se le puede comparar con Trotsky: es uno de los líderes de la élite de los cerdos (Politburó). Además, fomentó las ideas del anciano sabio. Así como *Snowball* fue expulsado de la granja por Napoleón acusado de traidor, Trotski tuvo que exiliarse por órdenes de Stalin. Simbólicamente, la luz (nieve) representa el “bien” mientras que la oscuridad (Napoleón) representa el “mal”. O es probable que el “efecto bola de nieve” sea una clave interpretativa: rodando por una montaña gana impulso (al principio, derrocar al zar es fácil). *Snowball*, como Trotsky, busca difundir las ideas del comunismo más allá de la granja. Además, como bola de nieve que se derrite, Trotsky es temporal; es expulsado de la granja.

Después de este ejemplo de trabajo onomástico, una buena herramienta para realizar un estudio onomástico es considerar y desarrollar las dimensiones que aparecen en la tabla 1.

Tabla 1.
Apoyo para realizar un estudio onomástico

Concepto	Elementos de la Onomástica	Resultado de la búsqueda	Análisis de la búsqueda	Síntesis comprensiva
Ejemplo: Hermenéutica	Etimología (origen o proveniencia del concepto)			
	Semántica (Evolución del concepto en el tiempo)			

Nota: propia.

El análisis onomástico no es la única herramienta para ordenar las claves de un texto literario; sin embargo, para el análisis de ciertos relatos de ficción, la onomástica literaria resulta una buena herramienta para ir más allá en la interpretación de las obras. Se puede analizar cómo, en un determinado autor, los personajes evolucionan de una obra a otra, cómo

los encontramos en diferentes contextos e historias y el lector se halla ante personajes cuyos nombres aparecen en forma de pistas identificables. Estas pistas nos advierten que podríamos habernos sumergido en un universo que sigue siendo muy particular para dicho autor. El acto de nombrar no es anodino. Las palabras tienen cierta magia al producir efectos en quien las pronuncia; por eso, cada uno de los nombres, sean propios o de otra índole, responde a una motivación del autor que puede ser interpretada por el lector.

Desde la perspectiva del pensamiento complejo, el “acto de nombrar” no es sólo la acción mecánica de asignar etiquetas a objetos o conceptos, sino que implica una red intrincada de interacciones y consecuencias en el sujeto que conoce y se comunica. El pensamiento complejo reconoce la interconexión y la interdependencia de los elementos en cualquier sistema, incluido el sistema del lenguaje y el acto de nombrar. Como ejemplos, algunas reflexiones que podrían derivarse de las ideas de Morin: (a) El pensamiento complejo sugiere el acto de nombrar no solo transmite información objetiva, sino que también contribuye a la construcción de significado en la mente del emisor y del receptor; (b) Nombrar implica una conexión profunda con la cognición y la percepción. Desde Morin se puede argumentar que el acto de nombrar no solo refleja el pensamiento existente, sino que también puede influir en cómo el pensador comprende y organiza el mundo. (c) Desde la perspectiva del pensamiento complejo, las palabras pueden generar emociones, cambiar perspectivas y contribuir a la formación de la identidad y la comprensión personal; (d) En el acto de nombrar, el contexto en el que se utiliza una palabra y las relaciones entre las palabras pueden ser cruciales para entender completamente su significado y su impacto; (e) El pensamiento complejo reconoce la inevitabilidad de la incertidumbre y la ambigüedad en cualquier sistema; en el acto de nombrar, las palabras pueden ser inherentemente ambiguas, y su interpretación puede variar según el contexto y la experiencia única de cada individuo; y (f) Morin aboga por la inclusión de múltiples perspectivas para abordar la complejidad; en el acto de nombrar, esto podría implicar reconocer que diferentes personas pueden atribuir significados distintos a las mismas palabras debido a sus experiencias, culturas y contextos únicos.

Colofón

A modo de conclusiones, sin pretender aún cerrar la reflexión, antes bien, abriendo nuevos horizontes de búsqueda, se plantean algunos interrogantes: en el Esquizométodo y, sobre todo, para la construcción de textos científicos complejos, ¿cómo contribuye la onomástica?, ¿cómo podemos entenderla?, ¿cómo funciona u opera la onomástica en el método científico y en que puede contribuir?, ¿por qué resulta importante para los estudios contemporáneos utilizar la herramienta onomástica?

Como lo hemos visto, la onomástica tiene que ver con los nombres propios y los textos de ficción. Ahora bien, ¿tiene sentido aplicarla a los conceptos y en el marco de textos académicos? Planteamos aquí una hipótesis por comprobar. Cuando se rastrea el concepto “nombre” (onoma) y su naturaleza, y sin dejar de considerar las reflexiones contemporáneas propias de la filosofía analítica, nos parece interesante retomar algo que los antiguos griegos plantearon cuando discutían sobre sí ¿el nombre era atribuido por ley, por convención o por naturaleza? Y la cuestión es que su reflexión podía aplicarse no sólo a nombres de personajes, sino también a “cosas”. Comte-Sponville (2003), en su *Diccionario Filosófico*, define *nombre* en un sentido muy amplio:

Es una palabra, pero que designa normalmente algo más o menos estable: una cosa, un individuo, una sustancia (de ahí esa palabra, que también se utiliza, *sustantivo*), un estado, una abstracción... Las acciones, los movimientos o los procesos son designados mejor por los verbos. Se puede objetar que “acciones”, “movimientos” o “procesos” son nombres. Pero, en este caso, solo se trata de abstracciones: la palabra “acción” no es una acción (en un nombre, que sólo designa una idea), pero lo es el pronunciarla o actuar (que son verbos) (p. 373).

Y pensamos que ahí hay una clave interpretativa interesante, aunque obvia: si se trata de textos (y la onomástica trabaja con ellos, aunque pueda tener en cuenta los pre-textos y los contextos) estamos hablando de “rastrear el origen y la evolución en la historia” de ideas, de conceptos, que pueden designar a un sujeto (una persona real o de ficción) pero también a una abstracción (como sería un concepto “complejo”) sin que ello interfiera para nada en el hecho de que *decir* esa abstracción pueda generar una acción concreta o proceso real.

Se nos ocurre, a partir de lo anterior, que, en la construcción de textos científicos y complejos, la onomástica podría tener un impacto significativo en varios aspectos:

- a. Nomenclatura científica y técnica: En áreas como la biología, la química y otras disciplinas (incluso en la filosofía) la nomenclatura precisa y coherente es esencial. Los nombres de especies, compuestos químicos, fenómenos geológicos, etc., pero también las categorías abstractas, deben ser consistentes y seguir convenciones específicas.
- b. Claridad y precisión: Utilizar nombres específicos y bien definidos contribuye a la claridad del texto. Evitar ambigüedades y asegurarse de que los términos se entiendan de modo correcto es fundamental en la comunicación científica. Rastrear la etimología de los conceptos puede ser fundamental.
- c. Diferenciación entre conceptos similares: La onomástica puede ayudar a distinguir entre términos que pueden ser similares en apariencia pero que representan conceptos distintos. Esto es crucial para evitar confusiones y errores en la interpretación de los resultados y teorías científicas.
- d. Referencias históricas y contextuales: Algunas veces, los términos científicos están vinculados a nombres de investigadores, descubridores o lugares que jugaron un papel

importante en el desarrollo del concepto o la teoría. Conocer el origen de un término puede proporcionar contexto y profundidad a la explicación.

- e. Categorización y clasificación: Los nombres y términos utilizados en una disciplina científica a menudo reflejan la clasificación y organización del saber en dicha área. Los nombres de categorías, taxones, fenómenos, etc., ayudan a los científicos a estructurar y comprender la información. La onomástica puede reflejar la organización y clasificación del saber en una disciplina científica. Los términos utilizados pueden indicar relaciones de parentesco, taxonomía o estructura jerárquica.
- f. Uniformidad en la comunidad científica: En campos científicos complejos, es importante adherirse a los estándares aceptados para la terminología. Esto facilita la comunicación entre científicos y evita confusiones. En contextos científicos internacionales, es importante que los términos sean comprensibles y consistentes a nivel global, facilitando la colaboración entre investigadores de diferentes países y culturas.

En resumen, la onomástica puede jugar un papel crucial en la construcción de textos científicos y complejos al contribuir a una terminología precisa y coherente necesaria para la comunicación efectiva en el ámbito científico. Una elección adecuada de nombres o categorías, así como la exactitud en su definición, contribuye a la claridad, precisión y entendimiento de la información presentada en el texto, en el contexto de la investigación.

Capítulo 2. Estadio Trans-X

Introducción

*“Treinta rayos convergen hacia el centro de una rueda,
pero el vacío en el medio hace marchar el carro.
Con arcilla se moldea un recipiente,
pero se lo utiliza por su vacío.
Se hacen puertas y ventanas en la casa
y es el vacío el que permite habitarla.
Por eso, del ser provienen las cosas
y del no-ser su utilidad”.*
(Lao Tse)

En el primer capítulo del presente texto, se planteó la primera parte de la estrategia metodológica que se intenta construir buscando dar paso a lo que Edgar Morin tantas veces profesó: “religar, religar y religar”. Ese primer capítulo, que presentaba el estadio onomástico, permite, como se dijo, mediante una revisión histórica y lingüística sobre los nombres (propios o comunes), encontrar los posibles enlaces de la palabra o concepto con otras ciencias o campos del saber.

En esta segunda parte del entramado se encuentra un estadio *Trans-X* (multi-transdisciplinar). La pretensión aquí es revisar como un concepto, frase o párrafo (o incluso un texto completo) se puede captar mejor cuando se articula con diversas disciplinas permitiendo un multi-análisis que enriquezca la comprensión; así mismo, se logrará evidenciar la importancia de la transdisciplinariedad para destruir aquellas barreras entre disciplinas y construir puentes epistémicos donde puedan surgir un sinnúmero de conceptos, comprensiones o campos de estudios emergentes que abrirán las posibilidades de argumentación en las ciencias humanas y sociales.

La “X” en una ecuación matemática es algo habitual, pero su significado tiene toda una historia que inicia con un error de traducción del árabe al griego, que incidió incluso hasta que se popularizó su uso con Descartes. Mas allá de esta historia lo que interpela es su sentido dentro de las operaciones matemáticas. Una de las cosas más interesantes es que el

símbolo “X”, entendido en matemáticas como expresión de una *incógnita*, tiene que ver con el término árabe *al-ýabr* (álgebra¹⁴) que significa “reintegración, recomposición” (unión de partes rotas) y obtención de datos; lo cual resulta relevante para efectos de este capítulo, dado que la transdisciplinariedad y el pensamiento complejo tienen entre sus múltiples objetivos dichos elementos. Así, cuando se pregunta por el valor “X” la respuesta es obvia: es incógnito o desconocido (un valor que se busca y que se desconoce; valor ignorado de la cuestión a resolver, que se vuelve conocido una vez resuelto el problema); y ante dicho enigma, la solución es el devenir mediante la exploración constante o, en otros términos, resolviendo la operación, pero esta se resuelve al desarrollar el resto de la ecuación para averiguar el valor de “X”. De manera que, el desconocimiento de X está marcado por el devenir de la acción y el pensamiento.

En este punto de inflexión, es conveniente mencionar que para Deleuze y Guattari (1985) el “devenir” es una palabra contraria al “ser” ya que esta última implica una identidad fija, mientras que el devenir presenta una constante variación, es cambio y transformación, lo cual abre un campo repleto de misterios; volvemos así al mismo punto de representación de “X”, trazando un vértice entre las matemáticas y la filosofía política.

Entonces, denominar el presente acápite con un solo término implica esperar algo o determinar un objeto, mutilando otro tipo de grillas analíticas, abanico de saberes o un saber que puede pasar de inadvertido. En ese sentido, lo *Trans-x* representa por una parte una serie de tránsitos, de espacios que unen, de puentes que entrelazan; y por otra, lo desconocido, lo extraño, lo incógnito y hasta lo ignoto, permitiendo entrar así a un dominio virgen pleno lleno de rizomas, estratos, niveles de realidad, conciencias y flujos de información puestos al servicio de la ciencia y con infinitos devenires aún por indagar.

Todo ello hay que enmarcarlo en el hecho de que tal vez no existe un concepto acordado de *complejidad*, pero el más cercano que se puede pensar está en la línea de la complejidad matemática y computacional [Por ejemplo, tomar la longitud de una función computable F que es mayor que los recursos y el tiempo que tomaría calcular las instancias de $F(1)$, $F(2)$... $F(n)$]. Entonces, la complejidad es algo así como una asimetría entre los fenómenos a estudiarse (o a calcularse, codificarse o reducirse) y la cantidad y calidad de los recursos disponibles para estudiarlo (o calcularlo, codificarlo o reducirlo). Desde este punto de vista, la complejidad sería entonces un *concepto relacional*, no algo que está en el mundo ni algo que está en las capacidades humanas, sino “algo” (incógnito por el momento) que está entre estos dos.

¹⁴ Importa entender que, a diferencia de la aritmética, que trata de los números y las operaciones fundamentales, en álgebra, para alcanzar la generalización, se introducen símbolos (por lo general letras, como X) para representar parámetros (variables o coeficientes), o cantidades desconocidas (incógnitas); las expresiones así formadas son llamadas “fórmulas algebraicas” y formulan una regla o un principio general. Así, el álgebra permite hacer cálculos (como en aritmética) pero usando también objetos matemáticos no-numéricos.

Ahora bien, a mediados del siglo XX empezó a ser popular la “reflexividad”, fruto de lo que se ha denominado el “giro antropológico”, debido a múltiples hechos históricos, entre los que se destaca la publicación del *Diario de campo en Melanesia* de Bronislaw Malinowski en 1967, gracias a su viuda Valetta Malinowska a quien se debe el prefacio de este texto. Unos años más tarde, en medio de la discusión sobre la reflexividad empiezan a surgir ciertos cambios en la forma de investigar en las ciencias humanas y sociales: el sujeto ya no es pensado como lo hacía Kant (1977); ahora hace parte del desarrollo teórico-práctico del mismo estudio.

La incorporación de la reflexividad permitió que, en la última década del siglo XX, se empezara a observar que sus diversos componentes conceptuales tenían una potencia que gestaba una especie de “puentes” (justo como los que componen el ADN), que no eran otra cosa que los principios de la “inter y transdisciplinariedad”; cuestión que será popularizada por el *Manifiesto sobre la transdisciplinariedad* de Nicolescu (1996). También es inevitable mencionar el aporte de Wallerstein (1996) con su texto *Abrir las ciencias sociales*. Todos ellos apuestan por primera vez, con otros teóricos, a una articulación entre las ciencias sociales y las naturales para ir gestando otros horizontes a la ciencia del futuro y de frontera.

Ya en el siglo XXI, encontramos una proliferación de teóricos¹⁵ que han implementado lo que se ha denominado un a-método (Morin, 1995), unas estructuras disipativas (Prigogine y Stengers, 1997) o un esquizoanálisis (Deleuze y Guattari, 2006). Dichos enfoques surgen como formas de pensar que se implementan para crear nuevas teorías y literatura académica que toman en serio la transdisciplinariedad y la interdisciplinariedad, generadas por el auge de la reflexividad.

Para comenzar bien la estructura de este segundo estadio de nuestra propuesta conviene referirse a la carta sobre la transdisciplinariedad de Anes, Astier, Bastien, Berger, Bianchi, Blumen y Vieira (1994), que desde luego reconocerá Nicolescu (2014); en dicha comunicación, en el artículo 5, señalan: “La visión transdisciplinaria es decididamente abierta en la medida que ella trasciende el dominio de las ciencias exactas por su dialogo y su reconciliación, no solamente con las ciencias humanas sino con el arte, la literatura, la poesía y la experiencia interior” (p. 2). Este artículo promueve, como se puede observar, una integración de campos, disciplinas y oficios, pero también de la experiencia misma del sujeto. De manera que la transdisciplinariedad no solo intenta acortar las brechas existentes entre las ciencias exactas y las ciencias humanas, sino que su propósito es mucho más amplio: un proyecto que combina, mezcla y crea herramientas en común para solventar los problemas

¹⁵Existen referentes teóricos mucho más recientes que han desarrollado diversos métodos de pensamiento y estudio para la comprensión de la realidad. Sin embargo, mencionamos los más tradicionales y clásicos como referencia de su inicio e impacto en las ciencias modernas.

disciplinarias, no queriendo “unificar”, sino creando lazos que permitan el surgimiento de nuevas formas de pensar y hacer.

Ahora bien, para poder observar cómo articular de forma coherente los campos o disciplinas resulta pertinente ir al fundamento conceptual de cada una de las acepciones involucradas: multidisciplinariedad, transdisciplinariedad y disciplinariedad. Es importante aclarar que el orden no implica la lógica del análisis, sino una forma de resistirse a cualquier tipo de lógica vertical.

Para la revisión es importante interpelar los conceptos de Max-Neff (2004), para quien la *disciplinariedad* consiste en un trabajo mono-disciplinar, lo que significa una especialización en aislamiento; por ende, el conjunto de valores con los cuales observa la realidad, como lo dirá Kuhn (2019), se desarrolla desde un mismo punto, encerrando el conocimiento en una sola episteme; los análisis se encaminaron hacia un saber dónde solo lo propio es importante.

Las cosas cambian, afirma Max-Neff (2004), cuando se habla de *multidisciplinariedad*, puesto que el conocimiento ahora está dispuesto de otras formas. Por una parte, se trata de varias ciencias o campos estudiados por el mismo sujeto o por un grupo de personas; la cuestión está en que ellos no cooperan mutuamente para el análisis de los fenómenos en equipo, sino que cada uno aporta su visión sobre el tema, pero no necesariamente generando encadenamientos con los saberes de otras disciplinas.

Como se ha podido notar, aunque él no menciona la *interdisciplinariedad*, esta parece estar implícita en los procesos cuando se habla de transdisciplinariedad; de allí la importancia de no pasarla de inadvertida. La interdisciplinariedad, según Morin (2010), se desarrolla en el marco de una “coordinación por concepto del nivel superior” lo cual implica que existe una cooperación que está liderada desde cierto campo o ciencia, lo cual permite asistir a la apertura de una diversidad de análisis que comprometen la capacidad cognitiva del sujeto frente a su entendimiento de la realidad objetiva; en otras palabras, permite al sujeto obtener nuevos niveles de verdad frente a la realidad experimentada.

Finalmente, se puede revisar el concepto de *transdisciplinariedad* que ha sido abordado por diversos teóricos, científicos y filósofos. Entre ellos, Köppen, Mansilla y Miramontes (2005) quienes apuntan que “la transdisciplina penetra el sistema entero de la ciencia y, al eliminar la fragmentación arbitraria, lleva a la búsqueda ya no de leyes particulares de la física, la biología o la sociedad, sino de leyes de la naturaleza” (p.8). Esto invita a una apertura total de las ciencias, sin que implique que todo concepto sea capaz de articularse con otro (arbitrariamente); se trata de encontrar los caminos, discursos o puntos de apoyo, en una arqueología del saber, que permitan entrelazarlos adecuadamente. Para Piaget et al. (1973) la transdisciplinariedad es la etapa más alta de la epistemología de las

relaciones interdisciplinarias y esto es lo que la une al discurso de la complejidad, debido a que las orientaciones del pensamiento complejo ofrecen una propuesta donde las epistemologías, aunque sean diversas, tengan la capacidad de articularse, religarse y generar nuevos dispositivos para el estudio de los fenómenos naturales y sociales contemporáneos.

De manera que los científicos actuales, están llamados a lo que Erich Jantsch (1972) llama “enriquecimiento de epistemologías” con las cuales el saber cada vez integre una multiplicidad de perspectivas y en donde la dureza de algunos estilos de escritura, de pensamiento y de acción estén marcados por un abanico de horizontes desde los cuales proponer innovaciones para profundizar en aquellas coyunturas que atraviesan al ser humano; todo esto para vislumbrar con mayor claridad los procesos de autoorganización y de orden-caos que rigen la naturaleza y los ecosistemas sociales. En todo caso, lo que se pretende a lo largo de este capítulo es dejar en claro que:

La visión transdisciplinaria elimina la homogeneización, y reemplaza la reducción con un nuevo principio de realidad que emerge de la coexistencia de una pluralidad compleja y una unidad abierta. [...] la transdisciplinariedad toma en cuenta el flujo de información circulando entre varias ramas de conocimiento (Thompson, 2004, p.35).

Con estos puntos aclarados, se pretende entonces ir descifrando aquellas pautas o rutas prácticas con las cuales todo el saber teórico que se ha brindado desde los estudios multidisciplinarios, interdisciplinarios y transdisciplinarios pueda permitir la creación de análisis complejos sobre aquellas composiciones textuales que requieran una mirada metadisciplinar. Sin embargo, para llegar a ello, se deben entender ciertos principios epistemológicos de la transdisciplinariedad como son: (a) los niveles de realidad, (b) el principio del “tercio incluido” y (c) la complejidad. Con dichos pilares, se podrá comprender, poco a poco, la forma de reticular los conocimientos disciplinares y cómo se pretende que una producción textual se pueda examinar desde una gama de saberes y epistemes.

Epistemología de la transdisciplinariedad

Entablar una nueva forma de ver la realidad, un fenómeno o un texto requiere partir de unas bases desde las cuales ir gestando las posibles líneas de pensamiento o, al menos, las rutas para comprender dichas situaciones; por ello, reconocer los principios de la transdisciplinariedad resulta imprescindible si lo que se quiere es generar nuevos marcos comprensivos que permitan suturar las distancias epistemológicas y conceptuales entre los campos y ciencias que se encuentren bajo un saber aislado.

Basarab Nicolescu publicó el *Manifiesto sobre la Transdisciplinariedad* en 1996, el cual desencadenó una serie de reacciones de todos los actores del sistema científico por la novedosa e innovadora forma que se propone para avanzar en la discusión hacia una ciencia

más abierta y que trabaje mancomunadamente. Estos pilares o principios han permitido, desde su publicación, la emergencia de diversas gramáticas analíticas que le apuestan a una visión integradora de la investigación. A continuación, se presenta cada uno de estos pilares, sin pretender una exegesis amplia de la epistemología, sino haciendo alusión a ella como punto de partida, puesto que el punto de llegada aun es difuso.

1. *Los niveles de realidad*

Si adoptamos las sugerencias de Nicolescu (1996) la realidad debe ser entendida como “aquello que resiste nuestras experiencias, representaciones, descripciones, imágenes o formalizaciones matemáticas”. Estas cuestiones, conducen a las teorías que se han desarrollado como producto de la física cuántica, que han ido clarificando las posibilidades de la percepción humana: la realidad no se puede encajar en una construcción social o en un consenso entre sociedades y menos aún, en acuerdos intersubjetivos, pues existen otros “niveles o dimensiones” de la realidad que están fuera de lo perceptible cotidianamente.

Para Max-Neff (2004) un nivel de realidad se define como “un conjunto de sistemas que son invariantes ante la acción de ciertas leyes generales”. En este sentido cada nivel de realidad tiene unos valores y sistemas diferentes por los cuales funcionan, que desde luego están subordinados por unas leyes generales que los rigen. Esto permite deducir que cada nivel de realidad cuenta con unos rasgos que corresponden a los valores que lo componen; por otra parte, que no se han desarrollado cálculos matemáticos ni físicos (puentes) que permitan lograr un recorrido desde un nivel de realidad determinado a otro y, finalmente, que existe un campo virgen para el desarrollo de estudios que busquen desplegar metodologías alternativas con las cuales dar apertura a los demás niveles de realidad.

Sin embargo, se reconoce que se han hecho intentos por descubrir el mundo paralelo o un mundo microfísico regido por la discontinuidad. Esta coexistencia entre mundos, da la posibilidad de hablar de un mundo o nivel de realidad al que podemos pertenecer, pero de forma inconsciente; sobre esto, vale la pena recordar a Karl Popper y al neurobiólogo John Eccles que recibió el Premio Nobel por su contribución a la construcción de la teoría filosófica de los tres mundos, la cual se muestra en la tabla 2.

Tabla 2.
Teoría de los tres mundos

Mundo	Características
Primer mundo	Comprende todos los objetos y estados físicos, incluyendo el cerebro.
Segundo mundo	Es el de las experiencias subjetivas o estados de la conciencia.

Tercer mundo

Es el cultural, producido por el ser humano, incluyendo el lenguaje.

Nota: Adaptado de *The self and its brain* (Popper y Eccles,2012).

Pero estas no son las únicas apuestas por una serie de realidades paralelas o desconocidas, pues también existen las que plantea Heisenberg en su texto “*Der Teil und das Ganze: Gespräche im Umkreis der Atomphysik*¹⁶” publicado en 1969. En dicho libro Heisenberg (2013) plantea tres *regiones de realidad*: la primera, es la región de la física clásica; la segunda, la de la física cuántica, la biología y los fenómenos psíquicos; la tercera, la de las experiencias religiosas, filosóficas y artísticas. Consideremos hasta el momento, que resulta fascinante pensar que existen otros mundos por descubrir, cada uno con sus leyes y características propias; pero también que reconocemos que de las regiones de Heisenberg se han logrado avances en las dos primeras, pero en la tercera aún hay mucho por indagar, lo cual como científicos, nos ubica en una paulatina conciencia que aumenta sobre los postulados que afirman que el ser humano se desarrolla en una sola realidad, palpable o entendible solo en los términos de la razón.

2. *El principio del “tercio incluido”*

La historia de las ciencias es un ejemplo de estructuración y jerarquización del saber en donde la unidad o el saber específico se fortalecen para generar una división, cada vez más fuerte, entre las disciplinas. De este distanciamiento, es que surgen “las barreras epistémicas” según las cuales las ciencias exactas no tienen aparentemente nada que dialogar con las ciencias humanas, el arte, la literatura o la política; por eso hacen ciencia que resulta responsiva sólo para las cuestiones naturales que rodean al ser humano. Pero el caso contrario también es una realidad en las ciencias modernas, puesto que las ciencias sociales se aíslan para reconocer las dimensiones ético-políticas del ser sin que estas tengan una interacción con las leyes de la naturaleza.

De manera que la taxonomía de las disciplinas generó una dispersión de los saberes alejando unos de otros y gestando la *hiper-especialización del saber*, cuestión que ha perdurado hasta nuestros días en muchos campos del conocimiento, existiendo ciencias que se resisten a integrar saberes para presentar resultados o análisis exhaustivos e innovadores; el revés de estas prácticas, son las visiones unilaterales, unidimensionales, que precisamente intenta contrarrestar el principio del tercio incluido.

Como se pudo notar, en el primer principio sobre los niveles de realidad con las apuestas de Heisenberg (2013) y los descubrimientos de Popper y Eccles (2012) se muestra una coexistencia entre el mundo cuántico y el microfísico. Esta coexistencia parece ser de

¹⁶ “La parte y el todo: El mundo de la física cuántica”, traducción propia.

antagonistas y por lo tanto, contradictorios; es decir, se excluyen mutuamente (A y no-A), para comprender esta cuestión hay que remitirse a realidades tales como onda/partícula, continuidad/discontinuidad, estructura local/estructura global, pares que son contradictorios cuando se les juzga desde un solo nivel de realidad. Ahora bien, observemos los axiomas aristotélicos vigentes hasta el momento:

Tabla 3.
Axiomas aristotélicos

Axioma	Descripción
Axioma de identidad	A es A
Axioma de la no contradicción	A no es no-A
Axioma del tercio excluido	No existe un tercer término T, que sea simultáneamente A y no-A

Como se puede ver en la tabla 3, la lógica no permite dar respuesta a la paradoja que se plantea desde la física cuántica; esta afirmación recae en que no se puede afirmar como válido que una figura sea igual a su opuesto al mismo tiempo, es decir: (A y no-A). Con todo esto, múltiples científicos en física cuántica se propusieron reformular algunas de estos axiomas, es decir, construir una “lógica cuántica”, centrando su foco en el segundo axioma; es decir, generar una no contradicción con diferentes valores de verdad (reemplazando A y no-A), pero estos avances siguen en discusión.

Ahora bien, ante dicha situación que parece no tener cabida ni salida, una ruta más fértil se encuentra en la reformulación del tercer axioma que desarrollo Stéphane Lupasco en su texto “Le principe d'antagonisme et la logique de l'énergie - Prolégomènes à une science de la contradiction” en 1987 cuestión que el mismo Nicolescu (1996) reconoció afirmando que “la historia le concederá el mérito a Stéphane Lupasco por haber demostrado que la lógica del tercio incluido es una lógica válida y formalizada; en todo caso multivalente”, es decir, con tres valores (A, no-A y T). Comprender cómo se sostiene teóricamente el axioma que propone la autora no resulta lógico en un primer acercamiento puesto que demostrar que existe T, pero al mismo tiempo (A, no-A y T) y que no son contradictorios genera muchas dudas; no obstante, cuando esto se extrapola a la condición de los niveles de realidad se puede comprender de forma clara; para ello conviene un ejemplo de Max-Neff (2004):

Imaginemos un triángulo en que uno de sus vértices está situado en un nivel de realidad, y los otros dos en otro nivel. Lo que en un nivel único aparecería como antagonismo entre dos

elementos contradictorios (por ejemplo: onda A y partícula no-A), deja de serlo cuando un tercer elemento T, ejercido desde otro nivel de realidad, torna lo aparentemente antagónico (onda y partícula) en una entidad unificada (*quanton*) percibida como no contradictoria (p.15)

De manera que, el termino T, situado a un nivel de realidad distinto de A y no-A, tiene una incidencia, desde el nivel al que pertenezca, hacia los niveles de realidad más próximos a este. Esto es lo que se puede denominar una especie de “infiltración” a los niveles de realidad que se encuentren cercanos a aquel donde se ubique T. Lo interesante de la apuesta de este axioma, es que se puede determinar una *fluctuación de información*. De manera que siguiendo las consideraciones Max-Neff (2004) se permite establecer la primera ley de la transdisciplinariedad: “las leyes de un determinado nivel de realidad no son autosuficientes para describir la totalidad de los fenómenos que ocurren en ese mismo nivel” (p.15).

Con lo expuesto, el principio del tercio incluido no es una metáfora que utiliza la ciencia, pues se trata de una lógica derivada de las construcciones teóricas de la interdisciplinariedad y de la complejidad. Estas lógicas lo que intentan es poner en relieve una serie de estructuras abiertas de un nivel de realidad a otro, las cuales tienen unas implicaciones benéficas para la ciencia, puesto que resiste a una teoría oclusiva y da paso a la gestión de un conocimiento en espiral, reticular, que se acrecienta con el paso del tiempo y el desarrollo científico. Este mismo aspecto, es lo que lleva a Max-Neff (2004) a la segunda ley de la transdisciplinariedad: “toda teoría a un determinado nivel de realidad es teoría transitoria ya que, inevitablemente, lleva al descubrimiento de nuevos niveles de contradicción situados en nuevos niveles de realidad” (p.16).

Finalmente, lo que se extrae de todo este recorrido es una cuestión de percepción, estados de la conciencia y niveles de realidad que se mueven por los flujos de información; en otras palabras, un flujo de conciencia va de un nivel de percepción a otro manteniendo siempre la estabilidad y la coherencia, pero éstas a la vez, son responsivas ante los flujos de información que franquean los diversos niveles de realidad. De aquí surge el estallido sobre las dicotomías entre ciencias y se propone una manutención recíproca entre el estudio de ser humano y las leyes que rigen el universo. Todo el estudio de los niveles de realidad, desde la transdisciplinariedad, se constituye en una puntada de avanzada para los estudios sobre la complejidad.

3. *La complejidad*

Desde hace más de veinte años, Edgar Morin, con una prolífica literatura tanto científica como literaria, ha venido proponiendo una nueva forma de ver el mundo. Sin embargo, la ciencia sigue orientándose en los procesos lineales estrictos e impartiendo

conocimientos disciplinares sin dar cabida a ningún otro nivel de realidad por el cual los saberes de ese campo puedan permitir nuevas prácticas o reflexiones.

Gracias a la física cuántica y a los desarrollos desde las diferentes filosofías y estudios interdisciplinarios, se han ido reduciendo las ciencias que piensan la investigación o la forma de ver el mundo de manera tradicional y jerárquica. Sin embargo, se debe seguir trabajando fuerte en las esferas cotidianas del ser humano como la acción social, lo económico y político. Un ejemplo que puede ser útil es el siguiente: Colombia es un país que lleva más de 50 años en guerra; sin embargo, para el 26 de septiembre de 2016, se firmó el acuerdo de Paz entre el gobierno y las Farc-EP, cuestión que le valió el Nobel al entonces presidente de la república Juan Manuel Santos. Para el 2023 muchas de las regiones están volviendo a presentar situaciones de violencia y amenazas, como también muertes sistemáticas de los líderes sociales de estas zonas profundas del territorio colombiano.

Ahora bien, el problema que existe desde los equipos de gobierno es que están liderados por profesionales meramente disciplinares, de hecho, se reconocen las profesiones en estos equipos: psicólogos, trabajadores sociales, abogados y politólogos, como también administradores. La cuestión entre estos grupos es que cada uno trabaja desde sus saberes, sin que se tengan en cuenta las visiones de otros campos; este hecho es riesgoso, sobre todo cuando la cuestión trata del mismo objetivo: coadyuvar al restaurar la paz en el territorio. Pero hay un hecho aún más crítico que la visión lineal y disciplinaria que tienen estos equipos de gobierno. Se trata de que los grupos que se desmovilizaron tras la firma del acuerdo de paz, se están reorganizando luego de ocho años: si se tienen en cuenta los aportes desde la teoría de sistemas, los elementos que conforman un sistema que ha llegado a la esclerosis (muerte), no serán idénticos a los elementos que constituyan un nuevo sistema por más cercano que este sea a su antecesor.

Si se siguen estas premisas, los elementos y las estructuras del nuevo sistema cambian (casi por completo); esto implica, una serie de hechos sobre el estudio e inmersión en este nuevo sistema, entre ellos: un nuevo abordaje, que en todo caso no debe ser lineal o jerárquico y con herramientas innovadoras que permitan obtener unos resultados diferentes en dicha inmersión, lo que equivale una integración de saberes, puesto que, como se dijo antes, un cambio de conciencia (que es lo que permite un correcto flujo de información) permitirá reconocer ese nuevo nivel de realidad y lo más importante: saber cuáles son los nuevos elementos que lo integran y como gestionarlos adecuadamente.

Volviendo sobre este principio, una de las características principales de la complejidad es la capacidad de generar y reestablecer las retroalimentaciones. La complejidad, como nueva visión del mundo y las ciencias, está en que si la transdisciplinariedad logra introducirse en las disciplinas, saberes y conciencias se podrá

aspirar a un entramado amplio de posibilidades y soluciones que permitan transformar las prácticas unidireccionales que le hacen daño al globo terráqueo.

Para terminar con esta serie de principios, hay que señalar que la complejidad no se enfoca en que el sujeto plantee problemas en los cuales intente buscar una solución y terminar con dicha búsqueda; lo que se busca en realidad es la integración indisoluble entre el sujeto y el objeto; en donde saber y comprender se reconozcan mutuamente como niveles de realidad, pero que se complementan a la vez. En todo caso, tanto la transdisciplinariedad como la complejidad resultan importantes como herramientas y proyectos en tanto permiten una perspectiva del mundo más sistémica y holística.

Aplicaciones de la transdisciplinariedad en la ciencia contemporánea.

Para comprender la forma en la que se practica la complejidad en la ciencia contemporánea, se debe, en primera medida, dar cuenta de en qué ella se involucra, como también de qué se trata. En ese sentido, ella debe entenderse como un paradigma científico que extiende los límites y criterios de la científicidad con el fin de derrumbar las fronteras impuestas por la ciencia moderna, que se anclan a unos principios mecanicistas, reduccionistas y deterministas (Vilar, 1997; Morin, 2002; Delgado, 2004; Sotolongo, 2009).

En esta línea de pensamiento, mantener una apertura epistémica es la clave para atender a la emergencia de la ciencia contemporánea; o, en otras palabras, a la intertransdisciplinariedad. La cuestión en este punto es cómo se practica y se pone en marcha esta herramienta articuladora, que también puede colaborar a evidenciar la mutua reciprocidad de lo transdisciplinar con la complejidad en la discusión, en todo caso epistemológica y pragmática (o teórico-práctico).

Es conveniente en este punto definir los conceptos intervinientes de forma individual. El primero de ellos, es la *cuestión disciplinar* como unidad mínima en el campo del análisis fenoménico. Sobre ello se puede indicar que consiste en búsquedas, teóricas o prácticas, desde la disciplina y sus desarrollos metodológicos; se usan los mismos paradigmas para la interpretación de los hechos sociales, lo que implica que cuentan con un lenguaje y jerga científica desarrollada al interior del campo, como lo afirma McGregor (2004). Por otra parte, existen factores epistemológicos que determinan la estructura disciplinar; lo cual incide para desarrollar investigaciones coherentes con los temas y objetivos legítimos de la disciplina (Wernli & Darbellay, 2016).

De otra parte, encontramos la *cuestión multidisciplinar* como forma de avanzar más allá de lo disciplinar. Otro término que recibe esta convergencia de varios campos de estudio para el análisis de un fenómeno es “pluridisciplinariedad”. Esta práctica se fundamenta en la

yuxtaposición de las metodologías propias de cada disciplina para abordar una pregunta específica; no obstante, ésta solo sirve de fundamento para iniciar el estudio; luego de haber culminado la investigación, los especialistas de cada área presentan sus perspectivas sin mezclar sus objetivos disciplinares con otros campos, si bien respetando la grilla de análisis que ellos presentan. Así la práctica disciplinar es el primer acercamiento. Esto no quiere decir que no haya un dialogo entre las metodologías, sino que se enriquece la discusión sobre un fenómeno que interpela dichas disciplinas, pero siempre conservando los objetivos epistémicos propios del campo (Jahn et al., 2012; McGregor, 2004). De todas formas, lo multidisciplinar se usa en la actualidad para dar cuenta de la asociación de varios campos en un mismo lugar, como por ejemplo las revistas académicas.

El último de los elementos conceptuales que consideramos es la *transdisciplinariedad*, un término reciente cuyas raíces se encuentran en teóricos como Eric Jantsch, Jean Piaget y Edgar Morín, creado en un momento específico para expresar, en el campo de la enseñanza, la urgencia de una feliz transgresión de las barreras entre las disciplinas, es decir, de superar la pluri y la interdisciplinariedad.

Algunas consideraciones sobre la transdisciplinariedad: (a) es un proceso que trasciende los límites disciplinares para tratar problemáticas desde perspectivas novedosas con miras a generar conocimiento emergente; (b) es la integración de todos los saberes disciplinares interesados en tratar problemas complejos; (c) por último, no se trata de otra disciplina, sino de un enfoque que permite potenciar los saberes mediante la transformación e integración de las estructuras gnoseológicas de todos los campos implicados.

Dicha aplicación de lo inter-transdisciplinar se aplica en las ciencias contemporáneas, por medio de dos procesos humanos: la escritura y el pensamiento. En este texto, como es sabido nos encaminamos por un paradigma que permita explorar mediante la experimentación reflexiva; por lo tanto, proponer estos dos procesos puede resultar fortuito; sin embargo, hay muchas evidencias sobre las dos categorías. No se busca identificar cuál de ellas dos fue primero, si pensamiento o escritura; lo que se intenta afirmar es que los dos principios sobre los cuales las ciencias modernas aplican la herramienta articuladora son la escritura y el pensamiento, porque el pensamiento, como un acto reflexivo, corrompe los límites, el reduccionismo y la banalidad del conocimiento tácito (ausencia de indocilidad reflexiva) como diría Foucault (2001).

Cuando dicho conocimiento se torna hacia la reflexividad, desde ese momento la producción del conocimiento ya no es lineal; sino que se vuelve una multiplicidad, un rizoma, una vista caleidoscópica. En esa variedad de formas de pensamiento, de líneas de fuga (Deleuze y Guattari, 2006) es de donde se sostiene lo inter-transdisciplinar como estrategia de pensamiento, justamente como lo pretende el pensamiento complejo.

Cuando lo complejo logra su génesis como colaborador de esta herramienta inter-trans, es que se pueden empezar a elaborar pensamientos que permitan explicar de una forma más profunda, elaborada y amplía la realidad y al ser bio-psico-social. Luego, cuando el ser humano da cuenta de la forma en la que la vida misma está constituida (la complejidad de la vida), decide comenzar a sistematizar todas las emociones y experiencias que dicha realidad le genera. Esta sistematización, se realiza de una forma particular, aunque no única: la escritura. Sobre este punto, Wittgenstein (2013) afirmaba que “el lenguaje” (oral o escrito) no es sustituto sino un método para llegar al conocimiento de la realidad. En ese camino, cuando se intenta retratar el universo en letras, el ser antropológico se encuentra ante un camino bifurcado: o lo hace de manera disciplinar (tradicional) o lo hace bajo formas alternativas (emergentes), entendiendo que las últimas son sobre las cuales intentamos explorar; es decir, lo interdisciplinar, transdisciplinar y lo complejo.

Resulta interesante observar los dos ejemplos en cuanto a la forma en la que se retrata la realidad desde lo disciplinar, pero también desde lo inter-transdisciplinar y lo complejo, esto permitirá observar la diferencia escritural, pero también la profundidad con la que se puede producir conocimiento en las ciencias modernas bajo los paradigmas contemporáneos que son los que interpela el presente texto.

El primer ejemplo que se puede dar de forma clara sobre una escritura que cumpla con un pensamiento y escritura interdisciplinar, transdisciplinar y compleja es la dupla de teóricos franceses, Deleuze y Guattari (1985, 2006). La obra de estos filósofos, condensa en gran medida lo que se puede lograr al gestar un anti-método, un pensamiento y una escritura que no persigan una estructura o asuman una epistemología como única; en otras palabras, alterar el sistema de valores impuesto por las epistemologías tradicionales como lo afirma Zarta (2022b), con el fin de recrear por otros medios dichas epistemes alternativas.

La pregunta que interesa y que atraviesa a la comunidad lectora es: ¿cómo saber cuándo un texto es inter-transdisciplinar y complejo? Y ¿por qué la obra de Deleuze y Guattari contiene dichas cuestiones? Lo primero que se debe visualizar, es que los textos no tienen un inicio o final (teóricamente), de manera que, al no tener apertura o cierre, el horizonte analítico no se agota, sino que permite una reflexión constante sobre el locus que tome el autor para desarrollar el texto. Por otra parte, cuando se hace una lectura detallada del texto de estos autores, nos encontramos con una diversidad de campos, ciencias, referencias multiculturales y reflexiones que articulan de forma minuciosa los conceptos que se involucran en el análisis. En ese sentido, la escritura como extensión del pensamiento da cuenta de la pluralidad del pensamiento y el sistema (caótico) que da origen a la particular forma de concebir las ideas y desde luego la forma de sistematizarlo. Todo ello, y muchas otras cuestiones (como la sintaxis, semántica y estilo) dan cuenta de la aplicación de las herramientas en la literatura contemporánea.

Ahora bien, dicha literatura y textos constituyen una fuente bibliográfica rica para la ciencia moderna; por ejemplo, para la filosofía, la antropología, la sociología, la comunicación, la física, la epistemología, la ciencia política, el psicoanálisis, la psicología. Como consecuencia, la ciencia moderna se compone o debería componerse de textos con características interdisciplinarias, transdisciplinarias y desde luego complejas, porque de esa forma, poco a poco, las barreras entre los campos disciplinares pasan a ser parte de los libros de historia, en donde se pueda estudiar esa guerra entre las epistemes. Otros autores que pueden ayudar a entender este tipo de escritura y pensamiento son George Gurdjieff (1995), para quien el ser humano es una “máquina muy compleja” y quien plantea un método educativo que supone un trabajo psicológico interno, que requiere no sólo conocer las ideas, sino también aplicarlas y experimentarlas en nosotros mismos; y Carlos Juliao (2017, 2020), quien propone un enfoque pedagógico praxeológico que pretende entender la complejidad desde una investigación educativa centrada en la reflexión desde y sobre las prácticas humanas; ambos también logran escritos sobre relaciones complejas entre múltiples campos de estudio.

Finalmente, hay una discusión sobre las ciencias modernas (las llamadas ciencias de la complejidad por algunos autores) y la cuestión del pensamiento complejo y la intertransdisciplinariedad (como método) que es importante abordar en este texto, debido al relato alternativo que se ha construido hasta este punto. Así mismo, aportar al desarrollo de dicha discusión; teniendo en cuenta algunas consideraciones desde lo que el presente análisis ha propuesto y otros avances conceptuales que son relevantes para colaborar en dicha discusión teórica.

La transdisciplinariedad como herramienta del pensamiento complejo

Es cierto existen tensiones entre las posiciones de quienes se afilian a las ciencias de complejidad o al pensamiento complejo, como las han mostrado Rodríguez y Aguirre (2011), quienes llegan a una conclusión, por medio de una metáfora particular, que sin duda da cuenta de los problemas en cada una de las dos vertientes. La figura literaria utilizada por ellos afirma que:

Mirados con ojos críticos, el pensamiento complejo presenta una hipertrofia filosófica, es como un cuerpo con una gran cabeza, pero con manos pequeñas: puede pensar y decir mucho, pero hacer poco. Las ciencias de la complejidad presentan hipertrofia práctica, son como un cuerpo con una cabeza diminuta, pero con brazos y manos ágiles y fuertes: pueden hacer mucho, pero pensar poco (2011, p. 8).

En esta corta, pero brillante frase, se intenta describir no sólo los alcances de cada una, sino también sus oportunidades y porosidades en sus particularidades teóricas y

prácticas. Mientras el pensamiento complejo cuenta con una teorización avanzada, pero sin herramientas concretas para su práctica, las ciencias de la complejidad cuentan con técnicas avanzadas de experimentación, pero sin poder sistematizarlas y teorizarlas de forma adecuada. Esto último porque “los supuestos epistemológicos que sustentan las nuevas ciencias de la complejidad no permiten dar cuenta de la dimensión ético-política constitutiva y condicionante de toda practica científica” (Rodríguez y Aguirre, 2011, p. 11).

Ahora bien, ¿de dónde nace dicha tensión? La discusión más reciente la encontramos en dos teóricos reconocidos defensores cada uno de su línea: por una parte, encontramos a Maldonado (2005, 2007), defensor de las ciencias de la complejidad, siempre amparado bajo la idea de los sistemas “sistemas disipativos” de Prigogine (1997). Por otra parte, encontramos a Morín (1992, 1995) fundador del pensamiento complejo como método, el cual se popularizo su uso a través de una diversidad de autores que sustentan su enfoque.

Bajo este panorama, hay que señalar dos cosas fundamentales que se encuentran en los dos autores. Ambos utilizan los términos de interdisciplinariedad y transdisciplinariedad, pero pasan por alto su potencia, poniéndolos a funcionar de modo subalterno en sus respectivas líneas; esta es una de las porosidades en sus teorías. Sin embargo, y corriendo mucho riesgo, hay una posible solución, al menos para uno de los muchos quiebres existentes entre estas dos vertientes de la complejidad.

Antes de plantear dicha solución, resulta importante abordar de qué trata cada una de estas rutas de la complejidad. Por un lado, las ciencias de la complejidad se han constituido desde el desarrollo de formulaciones metodológicas y técnicas de punta para el estudio de sistemas complejos; por el otro, el pensamiento complejo pretende construir un marco epistemológico en donde el conocimiento pueda interactuar con los saberes no científicos.

Es importante, en este punto mencionar que la postura de Maldonado (2007) frente a la complejidad como método, es bastante critica, puesto que opina que mientras las ciencias de la complejidad ostentan diversos autores que la soportan, el pensamiento complejo, como método, está dado bajo la sombra de un solo autor, a saber, Edgar Morín. Sin embargo, lo que el reconocido académico Eduardo Maldonado, está obviando es la idea misma que por siglos se ha utilizado en la filosofía y en las ciencias de todo tipo; es decir, que un solo autor sea el que plantea la teoría y que abre mediante su publicación nuevas rutas, líneas de fuga, líneas de investigación, etc. De otra forma autores como Marx y Engels (2004), Hegel (1998), Kant (1977) o Descartes (2004) tampoco serian validos sólo porque fueron ellos los pioneros en las teorías que propusieron, hecho que Maldonado no cuestiona, lo cual hace pensar que hay cierta orientación en su opinión sobre Edgar Morín, que desconocemos, pero que sería interesante comprender.

Más allá de prolongar esta discusión, los esfuerzos de los científicos o “complejólogos” (Maldonado, 2016), deben estar dirigidos no exclusivamente a agrandar dicha disputa teórico-práctica, sino a aportar soluciones eficientes para acortar las brechas, diferencias y quiebres de esta bifurcación de la complejidad desde su génesis. De manera que, para elaborar dichos aportes, se debe intentar la combinación o entrelazamiento de esa gran cabeza y esas grandes manos que nos retratan Rodríguez y Aguirre (2011) y tratar de reducir esa hipertrofia filosófica (como también la hipertrofia práctica) que presentan ambas corrientes, como si fuéramos cirujanos de la teoría o psicoanalistas de la práctica. Este tratamiento es especialmente importante para poder desarrollar una maquina gestora de líneas de fuga que sea capaz de desarrollar teorías complejas, pero también herramientas para el desarrollo y práctica de dichas conceptualizaciones.

En todo caso, en las ciencias humanas y sociales, existe aún una pretensión de desimplicación, una empresa que tiende al mito de la objetividad. Para usar una metáfora culinaria, se acordó presentar un plato exitoso sin tener que asomarse a la cocina o presentar las condiciones de fabricación como si eso corriera el riesgo de desactivar el efecto estético. Sin embargo, un enfoque que quiera ser científico debe, en la medida de lo posible, ser acumulativo, capaz de ser criticado, reconstruido, revisado. Sin embargo, con la desaparición de las “recetas” de fabricación, esta operación es aleatoria y todo sucede como si esta explicación restara algo a la fuerza y belleza del “objeto presentado”. En el campo de la sociología todos saben que la mayoría de los grandes sociólogos han establecido relaciones de fuerte afinidad con sus objetos de estudio. Esta es incluso, al parecer, una condición sine qua non de cierta fecundidad científica. Pero la “conveniencia”, las normas, han insistido muchas veces en que ello sea enmascarado o al menos quede implícito en el círculo de quienes tenían alguna información biográfica sobre los autores en cuestión. Cuántos sociólogos han escrito trabajos sin precisar en ningún momento la relación mantenida con el “objeto”. Y sin embargo es forzoso señalar que, sin esta estrecha interacción, la investigación se habría empantanado en los meandros de la distancia insondable que no permite tener elementos de información fiables, ni a fortiori comprenderlos.

Actualizar elementos de implicación equivale o a menudo a desacreditar una producción intelectual, desnudarla, “dejarla al descubierto”. En lo que es una relación de poder, emprender el análisis de las implicaciones de un tercero, atreverse a sacarlas a la luz se codifica como un ataque de quien desbancará al otro estableciendo el “metaanálisis” de su discurso. Por lo tanto, no sorprende que el enfoque complejo e implicacional pueda experimentarse como un debilitamiento. Todo sucede como si “analizar las implicaciones” le quitara algo al análisis producido: el mensaje implícito sería el siguiente: “pensaste que estabas haciendo esto, pero en realidad todo está sustentado por...” Ya sea en condiciones institucionales, metadisursos filosóficos, posiciones de clase, motivos reprimidos (deseos...), vemos que esto se parece demasiado a una denuncia que quiere invalidar. Por supuesto, esta es una concepción estrecha de una discusión sobre las implicaciones que

siempre trabaja en una causalidad de última instancia (“en última instancia”, esto lo explica). En tal lógica está omnipresente el mito de una investigación desinteresada, fuera de todo poder, de toda condición práctica, de todo proyecto “interesado”. Desde un punto de vista epistemológico, pero también deontológico, es importante cultivar una perspectiva crítica que, de manera sutil, integre el carácter complejo de las implicaciones. Pero, durante la década de 1980, esta concepción clásica de “ocultar al sujeto” perdió parte de su preeminencia con el proyecto de Morin cuando mostró que el sujeto cognoscente se torna en objeto de su propio conocimiento sin por ello dejar de ser sujeto.

La transdisciplinariedad, según Morin, con ambición, se plantea como una postura investigativa por conquistar. Atravesar la compartimentación disciplinaria y apoyarse en conceptos transversales (operadores conectivos), es una condición para la comprensión global de la realidad (y es su razón de ser): “La transdisciplinariedad se caracteriza a menudo por esquemas cognitivos que cruzan disciplinas, a veces con tal violencia que los ponen en trance” (2009, p. 8). Por nuestra parte, planteamos que es el estado de madurez de las disciplinas lo que lleva a considerar su potencial grado de acercamiento sobre un objeto complejo o proyecto común. Así, pues, esos cuatro conceptos que se disputan el mismo terreno son importantes, y como sabemos, todos tienen una misma raíz: las disciplinas. Pero ese radical común, en vez de funcionar como integrador, constituye una dispersión de sentido, por su carácter equívoco, que hace que hoy tenga, al menos, tres grandes significados: rama del saber, componente curricular o conjunto de normas. Habrá que recurrir a la etimología de los prefijos que, en cada caso, anteceden a la palabra disciplina.

Y para ello dos principios cardinales: (a) asumir los tres prefijos: multi o pluri, inter y trans (tres y no cuatro porque, desde lo etimológico, no tiene sentido distinguir entre pluri y multi) como tres vastos horizontes de sentido y, (b) pensarlos como un continuum atravesado por “algo” que, en su seno, se va desarrollando. Algo que aparece en su dimensión mínima, en la pluri (o multi) disciplinariedad, como un mero “paralelismo” de enfoques. Algo que, cuando se supera esa dimensión, y se avanza hacia una convergencia, nos sitúa en el terreno intermedio de la interdisciplinariedad. Y, en fin, algo que, cuando llegue a un punto de amalgama (unificación), haciendo desaparecer la convergencia, nos permitiría llegar a un enfoque holístico, permitiendo hablar de transdisciplinariedad.

De aceptar esta idea, lograríamos una forma de entendernos, sobre todo en el terreno de la investigación y la academia. Si hablamos de pluri o multidisciplinariedad, significa que pensamos en un nivel que establece mínimos de coordinación. La interdisciplinariedad, por su parte, exigiría una convergencia de enfoques. Y la transdisciplinariedad, remitiría a una fusión unificadora, etapa final que puede ser deseable o no: lo trans-X. En ciertas circunstancias, podrá ser necesaria la fusión de las perspectivas; en otras, ello podría ser excesivo o peligroso. No siempre se tratará de un camino progresivo.

Aplicabilidad de la herramienta Trans-X en el Esquizométodo

El análisis de los fenómenos, sujetos y objetos en las ciencias sociales y exactas ha tomado nuevos rumbos desde que tenemos diversos estudios sobre multidisciplinariedad, transdisciplinariedad y pluridisciplinariedad, así como sobre la posibilidad de cierta “indisciplina” metodológica. Estas apuestas teóricas o tácticas han resultado de gran interés en las búsquedas y análisis actuales por su capacidad integrativa, es decir, por combinar herramientas, permitir otros análisis y generar más posibilidades interpretativas sobre los fenómenos u objetos de estudio.

Uno de los que se ha encargado de desarrollar estas teorías es Nicolescu (1996) con su “manifiesto sobre la transdisciplinariedad” donde propone un rompimiento epistémico, así como superar a los límites de la lógica clásica. Bajo esta concepción, propone varios conceptos que ya hemos nombrado: lo multidisciplinar, lo transdisciplinar y lo disciplinar. Recordemos. El primero de ellos, es la *cuestión disciplinar* como unidad mínima en el campo del análisis fenoménico. Sobre ello se puede indicar que consiste en búsquedas, teóricas o prácticas, desde la propia disciplina y sus desarrollos metodológicos; se usan los mismos paradigmas para interpretar los hechos sociales, lo que implica que cuentan con un lenguaje propio (McGregor 2004), que índice en la estructura disciplinar, y claro, en las investigaciones realizadas (Wernli & Darbellay, 2016).

Luego está la *cuestión multidisciplinar* (o pluridisciplinar), fundamentada en yuxtaponer los métodos propios de cada disciplina para abordar una cuestión; pero, luego de haberla desarrollado, presentan sus resultados sin mezclar sus objetivos unidisciplinares. Esto no quiere decir que no exista dialogo, sino que se enriquece la discusión sobre un fenómeno que interpela dichas disciplinas, pero siempre conservando lo propio del campo (Jahn et al., 2012). De todas formas, lo multidisciplinar da cuenta de la asociación de varios campos en un mismo lugar, como por ejemplo las revistas académicas.

Por último, está la *cuestión transdisciplinar*, para expresar, en el campo de la enseñanza, la urgencia de una transgresión de las barreras disciplinarias, es decir, de superar las dos anteriores. Se trata de trascender los límites disciplinares para tratar problemáticas desde perspectivas novedosas con miras a generar saber emergente, integrando todos los saberes, como un enfoque que permite potenciarlos transformando e integrando las estructuras gnoseológicas de todos los campos implicados.

Aquí importa evidenciar algo especial que ofrece la equidistancia entre cada una de ellas: la diferencia está en los niveles de realidad ya antes señalados. La investigación disciplinaria se queda en un nivel, mientras que la multidisciplinar ofrece varios niveles de realidad ante un fenómeno particular. Ahora bien, la transdisciplinar es radicalmente diferente a la disciplinar, aunque se complementan: aquí los niveles de realidad se alteran,

como en un caleidoscopio, lo cual implica que están entrelazadas lo que permite experimentar nuevas perspectivas sobre la realidad.

Desde esta perspectiva teórica, intentamos ahora una aplicación práctica para mostrar como funcionaria lo anterior en una obra literaria o de ficción. Así las cosas, la *Rebelión en la granja* de Orwell (2020) ofrece unas implicaciones históricas, antropológicas, sociológicas, psicológicas, comunicativas y hasta filosóficas; lo cual sitúa el texto del escritor como bastante propicio para realizar el ejercicio.

El primer encuentro entre las prácticas y la teoría estaría en *lo disciplinar*: nos parece que el dominio adecuado sería la antropología cultural, aquel campo que estudia los modos de vida e interacciones desde la cultura. Recordemos que el inicio de la novela es un discurso del “viejo mayor” ese jabalí que es considerado sabio quien, a partir de un sueño lucido, afirma: “El hombre es el único ser que consume sin producir” e insta a los suyos a trabajar “noche y día, con cuerpo y alma, para derrocar a la raza humana”. Luego *Snowball* comunica el sueño del viejo mayor por toda la granja, empezando una “revolución cultural” mediante el lenguaje. Algo después, *Napoleón* aprovechando las condiciones establecidas por *Snowball*, comienza a planear el atentado contra el Sr. Jones, para apropiarse de la granja. Se llama a todos los animales de la granja para hacer público el plan, y el discurso de *Napoleón* será la puesta en escena de un sentido interpretado a partir del sueño del viejo mayor. Todo esto se articula con aquel concepto de cultura que nos ofrece Geertz (1992) en su libro *La interpretación de las culturas*:

Es esencialmente un concepto semiótico. Creyendo con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser, por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones. Lo que busco es la explicación, interpretando expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie (p. 20).

Siguiendo esa idea, el discurso permite crear significados que gestan la trama en la cual se fundamenta una cultura. Esto es evidente en la granja porque, poco a poco, se van creando nuevos sentidos, a partir del sueño del viejo mayor, hasta constituirse todo un sistema de producción (el “animalismo” como reflejo del comunismo). Ahora bien, este nuevo sistema productivo, no funciona solo, sino que viene guiado por el “miedo social” implementado por *Napoleón* ante todos los animales de la granja, lo que implica que la trama de significados funciona como dispositivo cultural para manipular la forma de vida común.

Esta última cuestión se concreta en que *Napoleón* y *Snowball* establecen, de manera minuciosa, algunas reglas (costumbres, normas y valores) para todos los animales con el objetivo de concretar el sueño del viejo mayor. Los siete mandamientos son los siguientes:

1) *Todo lo que camina sobre dos pies es un enemigo; 2) todo lo que camina sobre cuatro patas, nade, o tenga alas, es amigo; 3) ningún animal usará ropa; 4) ningún animal dormirá en una cama; 5) ningún animal beberá alcohol; 6) ningún animal matará a otro animal; 7) todos los animales son iguales.* Aunque estas reglas cambiaran más adelante, deteriorándose, son las que fundamentaron el sistema cultural inicial de la nueva granja. Estos mandamientos, traducidos en normas y costumbres juegan un papel importante porque nadie las cuestiona y se ofrecen mediante técnicas discursivas (que el pueblo cree que son para su bienestar); cuando los mandamientos sean tergiversados, se patentizará la tiranía de *Napoleón*.

Como podemos observar en este análisis superficial, se trata de un examen desde un nivel de realidad, partiendo de los principios y objetivos de una disciplina particular. Esto no es negativo en sí mismo; por el contrario, es una técnica idónea para quienes deseen obtener una perspectiva unidireccional sobre el texto, sacando lo necesario desde las condiciones propias de la disciplina.

Pasaremos ahora a la cuestión multidisciplinar, que como se dijo interpela a varias disciplinas sobre un fenómeno o pregunta de investigación. Para examinar la obra del Orwell, nos parecen adecuadas aquí la historia y la filosofía política.

Al abordar la cuestión historiográfica habría que recordar que la Rusia de comienzos del siglo XX era un territorio anclado en un sistema feudal. La nobleza, el santuario ortodoxo y el Zar eran los estamentos dominantes en una sociedad donde las libertades brillaban por su ausencia. Así como la débil burguesía defendía la necesidad de una mayor representación política en la sociedad rusa, los campesinos estaban indignados por no poseer suficientes tierras. Y si bien se habían incrementado las fábricas, la industria rusa seguía siendo limitada, y la sociedad era, en esencia, rural. Así mismo, pese a que en 1898 se había creado el Partido socialdemócrata, este aún carecía de fuerza social, y combinaba dos corrientes políticas: los mencheviques (moderados) y los bolcheviques (radicales).

En general, campeaba el descontento social pues el zar Nicolás II, creyendo vencer a Japón, embarcó al país en la guerra rusojaponesa (1904-1905) que fue desastrosa para Rusia, lo que generó el estallido social del 22 de enero 1905 (el “domingo sangriento”), cuando, una población que reclamaba cambios políticos frente al Palacio es reprimida con brutalidad, como efecto varias unidades militares se alzan (como ocurrió con el amotinamiento del acorazado Potemkin). Las huelgas, manifestaciones y levantamientos erosionaron la figura del zar Nicolás II, quien se vio obligado a hacer concesiones. Los movimientos obreros surgen como protagonistas de la revolución, al tiempo que se organizaban en células llamadas *soviets*.

Las reformas que el Zar había prometido en 1905 se vieron frustradas y la hambruna comenzó a hacer mella en la población. El sistema hacía oídos sordos a sus solicitudes, con

las elecciones concentradas en manos del Zar, la emperatriz y Rasputín. Para mayor calamidad, Rusia se embarcó en la I Guerra Mundial con nefastas secuelas. Los campesinos fueron llamados a filas para combatir, dejando el campo sin mano de obra. La carencia de alimentos no tardó en hacerse sentir. A medida que Rusia padecía dolorosas derrotas en los campos de lucha, su economía quedaba aislada y la moral decaía en una población hambrienta. En resumen, podemos decir que las causas de la revolución rusa fueron:

- La indiferencia de los líderes (el Zar) y la represión ejercida hacia la población.
- La crisis económica que sumía a gran parte de la población al hambre.
- La decisión del zar de involucrarse en conflictos bélicos, como la guerra contra Japón o la I Guerra Mundial, que generaron malestar entre los habitantes y agudizaron los inconvenientes económicos.
- La carencia de representación política de la burguesía y de la clase obrera que llevó a la aparición de los primeros partidos políticos.

Bajo el contexto histórico anterior, tengamos en cuenta que el texto de Orwell, al ser escrito en plena II Guerra Mundial (entre noviembre de 1943 y febrero de 1944) y publicado el 17 de agosto de 1945, en Inglaterra, tiene claras referencias políticas. A través de sus páginas se plantea una crítica evidente a la dictadura estalinista en una época en que los soviéticos eran aliados de Occidente. Vale la pena recordar que Stalin era querido por el pueblo y el gobierno británico, cuestión que incomodaba al escritor Orwell. No por casualidad su libro fue rechazado por varias editoriales. Un hecho curioso que no debe dejarse de lado en el análisis es que Orwell combatió en la Guerra Civil Española y allí conoció de cerca la realidad de la guerra. El autor también trabajó en la BBC hasta que pidió la baja para escribir un libro que denunciaría el carácter real del régimen estalinista. Su obra es una sátira ácida; se ha interpretado como una crítica fuerte contra el comunismo.

Ahora bien, en esta propuesta de método, una vez se realiza el análisis de la primera disciplina, se deben tomar algunas ideas de ésta para pasar al campo siguiente. Como se dijo antes, este segundo análisis se hace desde la filosofía política tomando algunas categorías que el trasfondo histórico de “*La rebelión en la granja*” evidencia. Elegimos las categorías de ideología y trabajo, aunque habría muchas más.

Identificar cómo operan los conceptos trabajo e ideología es una tarea que la crítica literaria y la filosofía del lenguaje han desarrollado por décadas. Sin embargo, para la presente reflexión, esbozamos estos conceptos en la novela contemporánea considerando cómo ayudan a dar cuerpo a la ficción como hipertextualidad de la realidad.

Para abordar la primera categoría, que es el *trabajo*, conviene traer a colación la diferencia de Arendt (1993) entre trabajo, labor y acción, que nos ofrece en su libro “La

condición humana” que, entre otras cosas, es una crítica a la filosofía de Marx por no evidenciar dichas diferencias. Así, labor, trabajo y acción son tres funciones desempeñadas por la humanidad en el transcurrir de la historia. Según la pensadora, el *homo faber* es quien ejerce la labor; el *homo laborans* es el trabajador; y, el *hombre dotado de acción* es aquel capaz de salir en búsqueda de su propia emancipación. Lo anterior se puede describir de la siguiente forma: la *labor* es todo aquello que nos permite subsistir o permanecer con vida (procesos ligados a las necesidades humanas), mientras que el *trabajo* es la actividad que permite construir el mundo que habitamos, en otras palabras, actuar sobre la naturaleza para utilizarla como herramienta. Por último, la *acción*, lo más elevado de la condición humana, Arendt la define como aquello que nos permite desarrollar una identidad y mostrarnos al mundo; por ello dentro de la acción están la cuestión política, lo ético, lo estético, entre otras.

Ahora bien, aterrizando esto en las novelas contemporáneas, y en concreto, en “*La rebelión en la granja*”, fábula distópica donde, mediante unos animales, se nos introduce en el deseo de una sociedad igualitaria. Orwell quería denunciar la dictadura estalinista. Fieles a la historia, los animales aristocráticos (cerdos) manipulan al proletariado (resto de los animales), engañándolos con ilusiones de dignidad y de mejora de sus condiciones de vida, mientras dominan todo el poder por sí mismos. En la novela es claro cómo el poder se sube a la cabeza del líder, generando abusos contra el pueblo y tergiversando los ideales ideológicos del “animalismo”. El cerdo *Napoleón* se corrompe poco a poco quebrando los principios y acuerdos pactados y buscando su propio beneficio. Con el relato, Orwell ejemplifica realidades políticas como el culto a la personalidad, la censura, la represión, el autoritarismo, la pérdida de las libertades, la violencia, la opresión, el chantaje, la alfabetización como fuente de poder y vehículo para la propaganda, la manipulación informativa, entre otros.

Orwell usa símbolos, en términos de vacío e ironía, a lo largo de su novela para retratar las promesas vacías detrás del falso frente que colocan los cerdos, y asimismo la tragedia de los animales que celebran su propia muerte. Además del cráneo, Orwell también ahueca los significados de la bandera de la Granja Manor y del himno de la granja para mostrar la triste caída de la granja utópica, convertida ahora en toda una distopía: al igual que la calavera del viejo mayor (trasladada del huerto a un tocón de árbol), el estado de la sociedad animalista de la granja se mueve de una posición productiva y creciente a un punto muerto, gracias al corrupto *Napoleón*.

Detrás de todo eso podemos ver reflejados los conceptos de trabajo (intentos por modificar la infraestructura de la granja, deseo de construir un mundo mejor, trabajo de los cerdos para enseñar y organizar a los demás), labor (lucha por la supervivencia, privilegios de algunos animales) y acción (conflictos de identidad, cambios de personalidad) arendtianos, pero sobre todo cómo todos ellos asumen una forma especial que termina consolidando cierta cultura (animalismo) en esa sociedad de la granja. Pero también

consolida de manera tajante la tesis del apartado anterior, según la cual el autor y su contexto terminan sirviendo como hipotexto para la creación de la ficcionalidad, lo cual deja entrever cómo una situación específica, en este caso una obra literaria, puede dar cuenta de grandes coyunturas sociales, económicas y políticas.

Ahora bien, para revisar la cuestión de la *ideología*, el texto de Orwell es bastante apropiado. Por tratarse de un análisis literario, conviene invocar críticos literarios o al menos a quienes han formulado teorías en este campo puesto que comprenden la amplitud del tema que interpela la presente reflexión; pensamos en Paul Ricoeur, pero para comprender su noción de ideología, también recordaremos otros autores de los que él se sirvió.

Así las cosas, Ricoeur parte, en su libro *Ideología y utopía*, de la hipótesis “de que la conjunción de estas dos funciones (ideología y utopía) opuestas o complementarias tipifica lo que podría llamarse la imaginación social y cultural” (1994, p. 45). O sea, Ricoeur las sitúa dentro del espacio de lo imaginario, donde entrarían a funcionar en la construcción identitaria, cumpliendo una función de integración. Además, Ricoeur les otorga dos propiedades más: deformar y legitimar. Esto, sin olvidar que la discusión sobre la ideología y la utopía se realiza en tanto conceptos y no en cuanto fenómenos (1994, p. 12).

Por eso hay que tener en el trasfondo que el concepto de *cultura* asumido supone todo ese conjunto de normas, valores, conductas y políticas. En ese sentido, la cuestión de lo ideológico, inserta en la obra de Orwell, aparece cuando el *Viejo Mayor*, después de su sueño, pronuncia un discurso que *Napoleón* usa para tomar el poder y levantarse contra el granjero. De esta manera, mediante la gestión del lenguaje, se logra tomar por la fuerza las riendas de la granja, pero sobre todo crear una “integración social”, que es uno de los aspectos positivos que el mismo Ricoeur reconoce en su teoría, tomado de Max Weber. Sin embargo, también se debe señalar que la utopía propuesta se mueve en el mismo campo que el hecho ideológico porque se transforma en un campo abierto a la imaginación social, es decir, gobierna una especie de “inocencia y reconciliación”.

Más allá se debe considerar que lo planteado por Ricoeur es una exégesis o hermenéutica sobre otros autores, y la cuestión de la utopía, como algo contrapuesto, no es un hecho que realmente se subleve contra el dispositivo ideológico; basta observar cómo se transforman “los aparatos ideológicos del Estado” como lo propone Althusser (1974). En ese horizonte, la cuestión ideológica se transforma, en la literatura, para lograr esa “utopía” de la que habla Ricoeur, en un proceso similar a lo que Deleuze y Guattari (2006) llaman “líneas de fuga” como forma de escapar de dichos dispositivos y sistemas de captura: la ironía de los animales que rinden culto a los símbolos de su propia desaparición campea a lo largo de la “*Rebelión en la granja*”, generando una punzada conmovedora en esta sociedad fundada en un falso idealismo. Mientras que el “mordisco y las espuelas” se oxidan para siempre, los

dispositivos políticos administrados por los cerdos oprimen a los animales con más fuerza, llevándolos incluso a celebrar su propia tragedia.

Ahora bien, esas dos cuestiones (trabajo e ideología) operan en una plataforma que es el tiempo, lo que nos plantea una doble cuestión: el tiempo, en la novela contemporánea, puede ser tratado o creado en el microcosmos de la trama, pero también puede estar condicionado por las condiciones culturales y políticas del autor. Hincapié (2021), en su texto sobre el lector dialógico, propone un esquema donde resalta la importancia de establecer algunas interacciones con lo que él llama “contexto de autor” recomendando que no sólo se identifique espacialmente el contexto social del autor como mero saber, sino captando la temporalidad en la que se movía el autor y donde, posiblemente, fue creada la temporalidad al interior de la obra literaria. Es en ese punto donde el análisis multidisciplinar llega a su horizonte para abrirle paso a lo transdisciplinar. Como se ha mencionado, lo transdisciplinar es un enfoque o una perspectiva para ver los acontecimientos en conjunto; por ello permite la combinación de los métodos, herramientas y análisis convocados por una pregunta, categoría o hipótesis. La categoría que usaremos para dicho análisis es el tiempo, puesto que allí se implican los tres campos que hemos mencionado anteriormente: antropología cultural, historia y filosofía política.

Ahora bien, ¿cómo se mueve el tiempo en una novela contemporánea? Para Borges (1936) el tiempo es un problema, tal vez el más vital de la metafísica. Sin embargo, nuestro punto no se centra en lo metafísico, sino en la expresión de lo temporal en el texto literario, y en consideración de ello, conviene tener en cuenta la noción de *instante* que presenta Bachelard en su libro “La intuición del instante” porque allí se plantea una experiencia de lectura como aprendizaje, pues se lo ve confrontado a una idea paradójica del tiempo — el tiempo discontinuo de Einstein— que cuestiona sus propias ideas sobre la duración bergsoniana, hasta convertirse al tiempo relativo o discontinuo.

La cuestión es si, en una obra literaria como la que hemos venido analizando, existe el mismo tiempo para el autor que para el microcosmos de la obra literaria. Pero también, si hay una discontinuidad o continuidad del tiempo durante toda la narrativa. Para Juliao (2020) sólo existe tiempo positivo en el goce inmediato del instante, que desorganiza y crea toda vida en un ritmo interiormente original y único (p.55). De manera que, por más que el autor quiera darle una continuidad al tiempo dentro del texto, pareciera que el texto mismo tomara una especie de “vida” y empezara a negociar con el entramado que la creación literaria viene desarrollando, lo cual no es un hecho consciente en el autor del texto, sino que depende de muchas otras cuestiones como los personajes, la ubicación geográfica o la situación económica de los que integran la narración. En ese sentido habría una discontinuidad y separación entre el tiempo del contexto de autor y el tiempo de la obra literaria.

Para Bergson (1963), la duración es la trama misma del tiempo, su única realidad. Por eso, el instante es una abstracción intelectual que, para comprender el movimiento, lo descompone en series de estados inmóviles. Ahora bien, hay dos categorías para definir el transcurrir y el modo como opera el tiempo en la obra de Orwell: uno son los estados inmóviles que se producen de manera interior, y otro es lo “instantáneo” en dicho texto, como lo refleja el himno, casi mágico, sobre la libertad que les aguarda a los rebeldes de la granja: “*Los anillos se desvanecerán de nuestras narices/, y el arnés de nuestra espalda/, la mordida y el espolón se oxidarán para siempre/, los látigos crueles no se quebrarán más*”. La canción habla de un futuro donde los objetos que los esclavizan (el bit y el espolón), no los tocarán más; y esta canción se convierte en el himno de la granja que abre, en el presente, las reuniones dominicales. Su reemplazo, orden de *Napoleón*, por “*Granja de animales, Granja de animales / Nunca a través de mí te hará daño*”, ofrece un mensaje con mordaz ironía donde el fraseo insinúa un segundo significado oculto e instantáneo: la apariencia atractiva de la granja evita que los sujetos animales protesten, terminando la granja misma protegiendo a sus gobernantes, pese a ser tiranos.

Así las cosas, el tiempo del autor se va transformando cuando este empieza la maquetación o modelación de la trama para su obra literaria; de manera que una vez escrita ésta evoca su propio tiempo separándose del tiempo cultural en el cual se encuentra el autor. Todo esto, permite que se puedan relacionar y conjugar al interior de la obra de Orwell, los tres conceptos que se han abordado puesto que la obra tiene un trasfondo político que permite desarrollar de manera inmanente como ellos operan.

Cabe anotar que, aunque se puedan deducir o interpretar varias cosas en dicha obra, como los conceptos ya revisados, existen otras formas de ver que ofrecen otras ópticas sobre sus componentes de fondo. En ese sentido, en el siguiente apartado proponemos, a partir de las teorías psicoanalíticas, otra forma de interpretar los textos literarios, pero también de entrar en diálogo con ellos y el contexto del autor. Como se afirmó al inicio de este apartado, los métodos, herramientas y técnicas pueden guardar o no cierta correspondencia según lo pretenda el autor. Para nuestro caso los tres campos guardan correspondencia, lo cual permite que, tanto a nivel disciplinar como transdisciplinar, las herramientas puedan circular libremente de un campo a otro, alterando todo el horizonte epistémico. Desde esta última idea, es oportuno presentar el último momento del Esquizométodo: el psicoanalítico, que es donde podemos dejar que el texto nos afecte como lectores y futuros autores.

Las relaciones de lo Trans-X con los otros dos estadios.

Cuando hablamos de lo transdisciplinar se abre un número incalculable de espacios en los que esta herramienta, en todo caso teórica, puede colaborar. Debido a ello, es que ésta puede articularse con diversos campos de la ciencia, con otros elementos que devienen de la

reflexión científica. Una de las particularidades que tiene el estadio Trans-X, es que se asemeja a lo que Bauman (2015) denominó “líquido”; es decir una especie de herramienta que se va filtrando por diferentes estructuras sin quedarse en una sola, pero que puede tomar la forma determinada de aquella estructura para luego disolverse y seguir su rumbo.

Esa liquidez que representa al estadio trans-X le otorga una capacidad única para poder no solo combinarse sino transformarse en un elemento polivalente y funcional para los otros estadios propios del Esquizométodo. Por ejemplo, cuando se esta abordando el estadio onomástico, sobre todo en la segunda etapa, que es la evolución del concepto en el tiempo (sociolingüística), ella está atravesada por diferentes contextos, campos y voces desde los cuales lo transdisciplinar tendría mucho que decir ampliando la capacidad de rastreo en la evolución de ese concepto. Algo similar ocurre en la etapa etimológica de la palabra porque se encamina hacia horizontes que tal vez han sido poco explorados, permitiendo un análisis mucho mas profundo y completo.

Por otra parte, habría que pensar cómo se relaciona el estadio trans-X con el estadio psicoanalítico, a sabiendas de las particularidades que presenta el psicoanálisis. Una posible respuesta la encontramos en el lenguaje entendido como vehículo para ir dando puntadas sobre la forma en que operaria la transdisciplinariedad sobre el estadios psicoanalítico, sabido que las herramientas freudianas se enmarcan, según las enseñanzas de Lacan, en el lenguaje, por lo que allí la exploración interdisciplinar podría argumentar muchas otras cuestiones.

Esa interdisciplinariedad no es arbitraria, sino que el psicoanálisis abre sus puertas para que ella ingrese de manera seductora contribuyendo a lo que tenga que decir una gran cantidad de disciplinas; por eso el estadios trans-X resulta interesante, porque surte de otros saberes los análisis que se pretende hacer. Así las cosas, este estadio parece ser el elemento articulador del Esquizométodo dado que le permite ir más allá, por sus particularidades y por las reglas que rigen la interdisciplinariedad, como lo argumentamos antes con Nicolescu.

Taller

Para aplicar lo que se ha expuesto se recomienda hacer uso de la tabla 4 en donde podemos identificar unas disciplinas primarias en donde se generen unas búsquedas iniciales, para luego, generar un análisis multidisciplinar mezclando algunos conocimientos de las ciencias y finalmente en el rompimiento epistémico generar una perspectiva transdisciplinar sobre el concepto, frase o párrafo que el investigador desee analizar.

Tabla 4.
Orientaciones para un análisis multidisciplinar

Disciplina/campo	Disciplina 1	Disciplina 2	Disciplina 3
Concepto, frase o párrafo.	Resultado de búsqueda.	Resultado de búsqueda.	Resultado de búsqueda.
Análisis multidisciplinar			
Análisis Transdisciplinar			
Elemento Trans-X (lo que deviene)			
¿Qué permite el compendio de lo analítico en la comprensión del texto/contexto?			

Nota: el propia.

Colofón

La inter-transdisciplinariedad es un hecho que se revela desde hace más de dos mil años en la historia de la humanidad; no es sólo un concepto reciente y popular en las ciencias sociales y humanas actuales. De esta forma y en una reflexión sobre lo que compone dicha palabra, se derrumba el hecho de que esta sea una cuestión que pueda teorizarse; lo cual la pone en una situación, ya no teórica sino práctica. Como efecto directo, ella adquiere más sentido cuando se le estudia como herramienta y no como teoría; así mismo, resulta interesante la potencia que despliega en su aplicación a las ciencias contemporáneas.

Aplicar la herramienta milenaria de las ciencias refleja una función gaseosa en la cual logra generar engranajes entre los diversos campos y disciplinas a lo largo de la historia del ser humano. En este sentido, su aplicación entre las ciencias contemporáneas funciona ahora como mediadora, debido al quiebre o división entre las ciencias sociales y las naturales que gestó conflictos, como también diferencias de opiniones entre la comunidad científica. Ese hecho fue el que, poco a poco, le dio otra tonalidad al uso de la inter-transdisciplinariedad en la era moderna, a saber: una herramienta articuladora que permite romper las barreras epistémicas entre las ciencias.

A partir de lo anterior, la herramienta articuladora Trans-X, con todas las ventajas que permite, toma un papel fundamental en la discusión contemporánea en la diferencia que se presenta entre el pensamiento complejo como método y las ciencias de la complejidad; esto

se debe a que los autores pretenden una división, lo cual va en contra de los principios mismos de la complejidad (complementariedad y dialogismo).

De modo que la disciplinariedad y sus derivados (multi-, inter-, trans-) delimitan enfoques intelectuales diferentes. Hoy existen problemáticas globales (crisis climática, energética, alimentaria, financiera internacional, ambiental, enfoque de género, entre otras) que requieren perspectivas tanto multi como interdisciplinarias, y, sobre todo, aceptar el reto de cruzar las fronteras de lo que llamamos Trans-X. Recordemos que no se puede trabajar con una orientación inter(trans)disciplinaria al interior de las lógicas disciplinarias tradicionales: “No es posible dotarse de una cualidad radicalmente diferenciada sin una ruptura profunda con la racionalidad del cientificismo” (Lanz 2010, p. 17). Y ello tiene efectos claves en el discurso que manejamos: términos claves de la Modernidad como Razón, Sujeto, Ciencia, Progreso, Historia, entre otros, tienen que ser reconfigurados.

Tomemos un ejemplo: la ecología humana, o mejor deberíamos decir la *Oikología* humana (literal y etimológicamente el discurso sobre el buen vivir, en el sentido amplio del término), procede de acercarse, analizar y comprender la complejidad del mundo moderno en el que vivimos desde una perspectiva transdisciplinar. Sin embargo, no se trata de una nueva disciplina propiamente dicha, como podríamos pensar al leer libros o artículos relacionados con ella, sino de una actitud que debemos tener y transmitir. Tampoco se trata de constituir un discurso sobre el discurso, una metaciencia que pretendería explicar la complejidad posicionándose como una nueva epistemología de las disciplinas vigentes, tal como se las concibe hoy. No, nada de eso. Dado que la ecología humana procede espontáneamente de la transdisciplinariedad, no puede pensarse como una nueva disciplina.

La transdisciplinariedad se distingue así de la multi y la interdisciplinariedad en el sentido de que, por un lado, va más allá de las disciplinas, pero, sobre todo, por otro lado, porque su finalidad no queda inscrita en la investigación disciplinar como tal. Sin embargo, muchas confusiones o malentendidos de la terminología exacta de cada término conducen a menudo a amalgamas destructivas, transmitidas por medios que no son muy escrupulosos con la precisión del vocabulario que utilizan. En última instancia, esto da como resultado una ignorancia virtual del concepto de transdisciplinariedad (así como de los otros que usamos) y las muchas posibilidades que ofrece.

Así, como su prefijo *trans* lo indica, la transdisciplinariedad es la postura científica e intelectual que se ubica entre, a través y más allá de toda disciplina. Este proceso de integración (inter) y superación (pluri) de las disciplinas pretende comprender la complejidad del mundo moderno y actual, que ya constituye, a priori, un primer elemento de legitimación. Y claro no se trata de bajar el nivel discurso científico al saber común ni de ascender los saberes populares al podio de la ciencia. Es algo más simple, pero al tiempo, más decisivo:

objetar el discurso disciplinario y tomar distancia total de él, hasta construir una nueva perspectiva del conocimiento, de su creación y su transferencia:

Una perspectiva transdisciplinaria es justamente el lugar de convergencia de una amplia labor de reconfiguración epistemológica, de densificación teórica en aquellos campos donde se despliega la acción cognoscitiva, de una redefinición ético-política que dota de sentido la propia producción de conocimiento (Lanz 2010, p. 18).

En tal contexto, ¿cómo entonces hablar de transdisciplinarietà con conceptos que son de especialistas? Las analogías (como la entropía, la neguentropía o lo trans-X) permiten, con todas las precauciones que se requieren, el uso de un lenguaje común. Sin embargo, debemos tener cuidado con el reduccionismo, porque el uso de conceptos nómadas, por muy ricos que sean, requiere grandes precauciones epistemológicas, a riesgo de producir el efecto contrario. Hay que subrayar este carácter pernicioso de lo que llamamos conceptos nómadas, porque con demasiada frecuencia hemos observado los efectos de su mal uso. Es cierto que fue utilizando conceptos específicos de la horticultura y la ganadería que Darwin desarrolló su teoría de la selección natural, pero no hace falta decir que este nomadismo funcional de ciertos conceptos, desde el punto de vista epistemológico, no es una constante en la historia de la evolución de la ciencia. Sin embargo, cuando tales analogías (o el uso de conceptos nómadas) funcionan bien, el progreso científico y técnico es considerable: la obra de Darwin está ahí para atestiguarlo. “Utopía científica” por excelencia, que por lo tanto requiere cierto distanciamiento, la inter(trans)disciplinarietà es, no obstante, una rica postura intelectual, al interior del pensamiento complejo, con un alto potencial disciplinario, científico y epistemológico, para aquellos que están dispuestos a tomarse la molestia de practicarla: es mucho más un nuevo paradigma, con su propia estrategia cognitiva y sus métodos pertinentes, que otra disciplina propiamente dicha. Pensar de otra forma (Touraine 2005) supondrá un trabajo concertado en múltiples direcciones, así como recordar siempre que los conceptos nunca son neutros.

Al enfatizar que los conceptos no son neutros, la no neutralidad o posicionamiento sobre la realidad no solo deviene ideológica, sino inconsciente, esta encarnada en el sujeto y escapa a su racionalidad consciente: al ser nombrados los conceptos que se refieren a una realidad, proyectan lo no dicho que está atrapado en el lenguaje del que nombra, y así emerge lo inconsciente que abordaremos en el siguiente acápite.

Capítulo 3. Estadio psicoanalítico

Una aproximación al psicoanálisis

*“Es una escritura donde las palabras se empujan
para dejar espacio a lo indecible”*
(Referido a Jankélévitch)

El *psicoanálisis* es una técnica de tratamiento basada en una teoría metapsicológica, siguiendo un método que obedece a reglas muy estrictas, que los analistas profesionales entienden como un medio para investigar los dispositivos mediante los cuales se expresa el deseo inconsciente, responsable del despertar de la psique porque expresa la transición del instinto y la necesidad a otro placer transformado o fantaseado. En *Los estudios sobre la histeria*¹⁷ de Freud (2020) está la etiología del asunto, pero también las técnicas que usaba para tratar a sus pacientes y lo que ellas permitían en esas interpretaciones que Lacan (2008) reconocerá como “conciencia”. El tratamiento psicoanalítico busca mejorar el bienestar de los pacientes a través de la resolución de conflictos entre las diferentes autoridades psíquicas (ello, yo y superyó). Las reglas que definen este método son inseparables del *marco* (según el cual el único material que tiene en cuenta el analista es lo que sucede en el marco espaciotemporal de la sesión, es decir lo que escucha aquí y ahora). Las reglas son:

- (a) *Libre asociación*, regla fundamental: El paciente se compromete a entregar verbalmente durante la sesión todo lo que le viene a la mente, sin pensarlo previamente; se lo invita a no elegir lo que dice (“dígame todo lo que le venga a la cabeza”) aunque parezca desagradable de comunicar, ridículo, carente de interés o irrelevante. Esto debería favorecer la aparición del inconsciente, reducir los posibles efectos de la resistencia al tratamiento y favorecer la puesta en valor de las cadenas asociativas, así como lograr que ciertas ideas y recuerdos traumáticos, estén disponibles en la conciencia y logren ser revelados mediante el lenguaje, destacando

¹⁷ Es un tratado publicado en 1895 cuyos autores son Sigmund Freud y Josef Breuer. Ellos describen el tratamiento de cinco jóvenes histéricas mediante una terapia innovadora consistente en traer a la memoria recuerdos traumáticos olvidados ayudándose de la hipnosis. Breuer lo llama “método catártico” y lo desarrolla a partir de ciertos análisis durante su tratamiento de Anna O. (Bertha Pappenheim) en 1880. También se usa uno de los primeros casos de Freud, el caso “Cäcilie M.” (Anna Von Lieben). Luego Freud desarrolla el “psicoanálisis” (cuya técnica esencial es la asociación libre) usando las innovaciones de su colaborador y mentor, pero acreditando a Breuer como el descubridor del método catártico. Freud (2023), en todo caso, constata la importancia de las palabras, y sus matices, en sus pacientes, lo que hace de su método de tratamiento una “cura hablada”. Las diversas funciones del lenguaje y sus dificultades están en el centro de su investigación y será a través de palabras escritas (y de lo que ellas “ocultan”) que Freud transmitirá el lenguaje del análisis. El acto de escribir será así como un tiempo secundario, un tiempo de elaboración que sigue al trabajo clínico y que participa y amplía la “elaboración asociativa” (Breuer).

la importancia de lo no dicho. Freud planteaba que así se sorteaban los mecanismos de represión y bloqueo, generadores de ansiedad: el paciente juega con el lenguaje de forma improvisada, y el psicoanalista comprende mejor lo inhibido por su paciente.

- (b) *Neutralidad* o “atención flotante”: Es la contrapartida de la asociación libre. Freud la formula así: “No debemos otorgar una importancia particular a nada de lo que oímos y conviene que le prestemos a todo la misma atención”; lo dicho no es lo más importante; hay que llegar a “lo que el discurso oculta y que el silencio revela”. Indica al inconsciente del analista comportarse, ante el inconsciente del paciente, “como el auricular telefónico respecto del micrófono” (Reik [1988] lo llama escuchar con el “tercer oído”). Implica la supresión momentánea de los prejuicios conscientes y defensas inconscientes; suspensión de todo lo que focaliza la atención: prejuicios, inclinaciones, incluso supuestos teóricos. El analista debe, en la medida de lo posible, permanecer neutral con respecto a los valores morales, religiosos y sociales, y no dirigir al paciente hacia un ideal. Debe abstenerse de cualquier consejo. Finalmente, debe permanecer neutral frente a las manifestaciones transferenciales. Esta regla permite al analista descubrir las conexiones inconscientes en el discurso del paciente, conservando en su memoria elementos insignificantes, cuyas correlaciones luego se manifestarán.

La *técnica de análisis* se basa en la interpretación de la transferencia y la contratransferencia, conceptos centrales de la teoría psicoanalítica que determinan, por lo general, la interpretación, la cual se refiere a la resistencia (cuando el proceso de elaboración está bloqueado), a los deseos del paciente y a su transferencia al analista. El analista identifica un significado latente en el contenido manifiesto del discurso o en las acciones del sujeto, a quien intenta comunicárselo a través de la técnica de la interpretación:

- a. *Transferencia*: Designa el proceso por el cual los deseos inconscientes del sujeto se actualizan en el marco de la relación analítica. Se trata del relato de una experiencia que debe ser identificada, interpretada y resuelta para el buen funcionamiento y propósito del psicoanálisis. El analista debe ser capaz de hacer suyas, “fantasmáticamente”, las diferentes imágenes psíquicas del paciente.

Transferencia significa que, al experimentar nuevas sensaciones, evocamos parte de las vivencias pasadas que marcaron nuestro inconsciente. Es decir, la mente revive vivencias (fijadas en nuestro inconsciente) al interactuar con alguien en el presente. Desde las ideas freudianas, las transferencias se relacionan con los vínculos emocionales más tempranos del individuo, por lo general con las figuras parentales y maternas (o sus substitutos) que dejan marcas relevantes en lo inconsciente, pudiendo luego transferirse.

- b. *Contratransferencia*: Designa los procesos inconscientes (emociones e ideas) del psicoanalista que hacen eco de la transferencia del paciente. El analista debe poder proyectarlos y confiar en estos movimientos psíquicos para guiar las interpretaciones que se le hacen al paciente. No hace falta decir que el psicoanalista, para poder utilizar tal técnica, debe haber adquirido una formación completa que incluya, entre otras cosas, el análisis personal.

Para Freud el psicoanalista debía identificar los efectos de la contratransferencia sobre su modo de relacionarse con los pacientes y sus motivaciones con ellos. Al final, creía, los analistas no dejan de ser humanos por el hecho de tener esa profesión y unos saberes sobre psicoanálisis, de modo que su propio inconsciente podría tomar las riendas de la interacción terapéutica para mal.

En síntesis, la técnica psicoanalítica es un enfoque terapéutico que explora e intenta comprender los procesos inconscientes que influyen en el pensar y el actuar humanos. Se centra en el análisis de los conflictos internos, recuerdos reprimidos y patrones repetitivos, utilizando la asociación libre y la transferencia como herramientas clave. Estableciendo una relación terapéutica basada en la confianza y la libre expresión, se quiere facilitar la toma de conciencia del paciente sobre aspectos subyacentes de su psique, facilitando así resolver conflictos y generar cambios en el sujeto. Ahora bien, como la técnica psicoanalítica reconoce que tanto lo dicho (lo manifiesto) como lo no dicho (lo latente) son componentes esenciales para entender la psique del individuo, conviene preguntarse, en el marco del esquizométodo, si ¿es válido explorar el mundo interno de los textos, buscando las “lagunas en la narrativa”, mediante el uso de las reglas y conceptos centrales del psicoanálisis?

El inconsciente en la perspectiva del análisis textual

El psicoanálisis ha sido, entre otras cosas, un medio para que los estudios literarios analicen textos a partir del inconsciente del autor, del lector y de los personajes; se lo ha llamado “psicoanálisis textual” e implica explorar los aspectos conscientes e inconscientes presentes en los textos. Varios académicos y críticos literarios han explorado esta opción, entre ellos el mismo Freud (2023) quien escribió sobre ello (por ejemplo, su obra “El chiste y su relación con lo inconsciente”, donde describe complicados procesos psíquicos como el de la traducción: “traduttore-traditore”); Lacan (2008), con su enfoque sobre el lenguaje y la relación entre el deseo y la estructura simbólica; Kristeva (1989), quien en su obra *Poderes de la perversión* y otros escritos, explora la relación entre lo psíquico y lo literario; Rosenblatt (2005), con su enfoque transaccional del significado y la “teoría de la respuesta estética”, incorpora elementos psicoanalíticos en la interpretación de textos; e incluso el crítico literario Bloom (2009), sin ser psicoanalista (y que además cuestiona el “psicoanálisis textual”), incorpora ciertos elementos en su enfoque de la crítica literaria, sobre todo con su teoría de la “ansiedad de la influencia”, donde trabaja cómo los poetas intentan diferenciarse del

pasado. En todo caso, aunque la interpretación psicoanalítica de textos, sobre todo literarios, sea, por naturaleza, subjetiva y abierta a múltiples interpretaciones, sí ha aportado aspectos como el análisis de personajes, la interpretación de metáforas o símbolos, la identificación y análisis de motivos y temas recurrentes en un cuerpo de trabajo literario o la exploración de la relación autor-lector. Incluso, para el caso de textos académicos, se podría pensar en usar el enfoque psicoanalítico para explorar las resistencias y silencios presentes en la narrativa científica, buscando revelar sesgos, supuestos no declarados o áreas de conflicto conceptual¹⁸.

Con el método psicoanalítico, Freud define una técnica de investigación y unas modalidades de lectura y desciframiento, que permiten acceder a procesos psíquicos, “casi inaccesibles de otro modo”: los elementos de un texto, literario o académico, parecen poder ser analizados mediante técnicas del psicoanálisis, sobre todo cuando abordar un texto supone una doble operación de lectura y reescritura, así como un lugar de encuentro entre el inconsciente del lector con el del autor. La asociación libre, como “auxiliar” para explorar el inconsciente, correlativa en el tratamiento, de la regla fundamental de decir sin restricciones lo que viene, como viene, aquí y ahora, pueden ser aplicadas al análisis textual. Bellemin-Noël (2002), por ejemplo, resalta el lugar que ocupa el inconsciente en un texto literario y lo presenta como un discurso del deseo que funciona como una especie de discurso simbólico o alegórico cuyo sentido se detecta explícita o instantáneamente gracias a una relación más o menos clara que evoca algo más allá del texto: “La fantasía, tal como se encuentra en los sueños despiertos, es la narración actual de un núcleo inconsciente a menudo arcaico; se presenta como un escenario que desarrolla una oración bastante simple donde el sujeto aparece en una relación dinámica con los diversos objetos a los que puede dirigirse su deseo” (p. 51). Sin embargo, ¿cómo percibir lo inconsciente del texto? ¿Qué se proponen contar los deseos implícitos en un texto literario? ¿Estamos persiguiendo lo mismo que cuando se realiza una terapia psicoanalítica con un individuo?

Según Umberto Eco, “el texto [...] el texto está plagado de espacios en blanco, de intersticios que hay que rellenar, [...] porque, a medida que pasa de la función didáctica a la estética, un texto quiere dejar al lector la iniciativa interpretativa, aunque normalmente desea ser interpretado con un margen suficiente de univocidad” (1993, p. 76). Cuando un autor escribe surgen “momentos de asombro” similares a los que brotan cuando se lee; todo ello indica que hay algo más allá del texto. Por tanto, asumimos que implica lo inconsciente, tanto del autor que contribuyó a su génesis como del lector que lo transforma mediante la lectura-relectura. Siguiendo esta idea, el texto se concibe como un fragmento de deseo cuya materialidad es finita y su sentido nunca completo. Cuando se trata de una trama muy bien construida como la de *Educación sentimental* de Flaubert, es difícil apartarse de la supuesta

¹⁸ Aquí, pese a que el análisis psicoanalítico se haya utilizado en campos como la psicología, la literatura y la teoría cultural, y su aplicación directa a la investigación científica implique críticas y resistencias debido a las diferencias metodológicas y epistemológicas entre la ciencia y la psicoanálisis, hablamos hipotéticamente.

personalidad del personaje, no atribuirle una conciencia, inclusive un inconsciente y ¿por qué no? analizarlo como caso clínico.

Ahora bien, cuando el inconsciente cruza la frontera de lo consciente, ya no es más inconsciente; se vuelve “concientizable”. ¿Cómo podríamos hablar del inconsciente como un elemento presente en los textos, o como constitutivo de lo literario, cuando primero percibimos el texto como una simple disposición de letras, y no como un ser humano, cuyas acciones podríamos explicar por motivaciones inconscientes? ¿Qué elemento cruza la frontera del inconsciente a la conciencia, y luego la frontera entre el lector y el texto, para regresar del texto a lo humano? ¿Qué significó en el pasado y qué significa ahora? ¿Está pasando algo realmente? ¿Existe realmente “algo” que cruza la frontera que conduce al texto? ¿Qué nos da el derecho, en nombre de la ciencia, a formular supuestos psicoanalíticos sobre lo posible inconsciente de un texto?

Podríamos encontrar respuestas desde la hipótesis psicoanalítica básica, confirmada muchas veces, según la cual los procesos inconscientes y lo consciente deciden juntos la vida interior del ser humano. Para que los procesos neurofisiológicos lleguen a ser procesos, las necesidades vitales, los instintos, los deseos, los traumas, los conflictos, las ansiedades y las tensiones internas deben demostrar su existencia a través de imágenes. Al principio, son representaciones inconscientes, pues aún no las asociamos a un discurso articulado. Conviven con imágenes, de las cuales la palabra ha sido eliminada en el inconsciente, un sistema bien protegido contra los procesos fisiológicos y los procesos conscientes, que sin embargo sirve como mediador entre ambos. En este espacio reinan leyes específicas, por ejemplo, las del desplazamiento, la inversión hacia lo contrario y la densificación. Y las representaciones inconscientes intentan escapar de este sistema para poder ser percibidas por la conciencia y, por ende, ser transformadas en acciones.

En este espacio chocan las fuerzas del yo y del superyó, que hacen al individuo sociable y capaz de afrontar la realidad, así como intentan preservar estos dos rasgos para que pueda sobrevivir. Ahora bien, es en este conflicto donde se constituye el sistema de fronteras entre lo consciente y lo inconsciente. Sistema necesario para la supervivencia, pues protege al individuo de impulsos que podrían empujarlo a conductas perjudiciales para él. En el mejor de los casos, esta frontera deja pasar lo que es positivo para el placer del individuo y retiene lo que le perjudica; se forma en la oposición de fuerzas antagónicas: por un lado, las fuerzas que buscan mantener el inconsciente en el exterior. y, por otro lado, las fuerzas que intentan pasar del inconsciente al consciente. Aquello que intenta traspasar este límite hacia la conciencia sólo puede hacerlo si responde, de manera positiva, a las demandas de las fuerzas que lo rechazan para preservar la capacidad de supervivencia. La mayoría de las veces no lo reconocemos detrás de sus propios límites, en los que se esconde. En el sueño, por ejemplo, gracias a una delimitación relajada que resulta de las leyes que rigen el inconsciente, este se desplaza, se compacta y se descompone por las exigencias del yo y del superyó. Incluso en las terapias psicoanalíticas, sólo se vuelve consciente cuando está limitado por la

palabra que lo designa. En las neurosis, como por ejemplo en la manía por la limpieza, el inconsciente, aquí encarnado por el deseo de tocar la suciedad, sólo está presente en un compromiso limitado con los procesos de rechazo, y representado en este caso por las necesidades contradictorias de quitarse la suciedad, por un lado, pero también la necesidad de afrontarlo, por el otro.

En la vida cotidiana, en las comunicaciones públicas y privadas, en la política, en la religión, en las ideologías de todo tipo, e incluso en las ciencias, está asimilado, limitado y casi siempre oculto. No nos encontramos con él directamente, aunque podemos adivinarlo en multitud de fenómenos (sueños, neurosis, psicosis, costumbres, religiones, literatura, etc.) en la medida en que deducimos que son manifestaciones del inconsciente. Podemos pues buscarlo en lo que él no es, pero donde sin embargo se esconde. Y podemos concebirlo como inconsciente cuando cruza la frontera; aunque aún no se haya materializado como palabra, podemos sentirlo, adivinarlo, sin poder pensarlo científicamente, como por ejemplo en el análisis de la transferencia o en la literatura.

En los textos, sobre todo literarios, el inconsciente no está presente como una sustancia real perceptible (pese a los intérpretes que intentan hacerlo perceptible). Sin embargo, el texto, gracias a su multitud de signos, remite al inconsciente; el texto nos llama más allá de la frontera y nos devuelve lo que ha sido eliminado de la conciencia. Pero sólo representa lo ausente indirectamente: del mismo modo que los signos no buscan el objeto designado, sino que nos remiten a él. A partir de las palabras, que a su vez reenvían a una ficción literaria, el texto construye signos de manera prelingüística, gracias a escenas y episodios literarios, por ejemplo, pero también gracias a los personajes, a su comportamiento, al argumento de la obra. Estos signos no nombran el inconsciente (presentándolo así a la conciencia), porque si así fuera, no podríamos hablar de inconsciente. Se trata de signos prelingüísticos formados a partir de palabras perceptibles, que entran en contacto con estructuras también visibles y que, sin que nos demos cuenta, nos recuerdan estructuras inconscientes y gracias a ellas despiertan emociones y fantasías vinculadas entre sí.

El texto es concebido por su creador como una sucesión de signos y será reproducido por el lector con esos mismos signos. Así, es comparable a una partitura: el autor la crea de tal manera que corresponde a la sucesión de sonidos que él escucha internamente o incluso a la sucesión de sonidos que interpreta mientras compone; que serían, en nuestro caso, procesos inconscientes. Por supuesto, la partitura no es lo mismo que los sonidos en sí, simplemente se refiere a los signos. El músico receptor produce a su vez sucesiones de sonidos según su propia lectura de los signos y según sus capacidades. Incluso si cree que se somete a la partitura, puede, en su propia reproducción, alejarse más o menos de aquello que el creador creía haber escuchado y transformado en signos, demostrando su propio estilo. En este caso podríamos decir que dada la personalidad del intérprete la partitura quizás se impuso. Del mismo modo se desarrolla el camino que va del inconsciente del creador literario al del lector y de éste a la recreación de la obra a través de la lectura. El camino cruza así cuatro fronteras:

la que marca el paso entre el inconsciente y el consciente del autor, la que lleva de un texto a otro, la que señala el límite entre el texto y el lector y finalmente la frontera entre el consciente y el inconsciente de este último. ¿Cómo logra el inconsciente del autor cruzar todas sus fronteras para llegar a los demás e incluso a las fronteras de los signos del texto que se refieren al inconsciente? ¿Y cómo el inconsciente del receptor se deja acercar por estos signos?

A diferencia de las situaciones cotidianas que despiertan fantasías inconscientes, que, a su vez, nos hacen vivir la cotidianidad con mayor intensidad, no estamos a merced de estas fantasías en el contexto de un texto literario o académico. Las fantasías aquí son mínimas. Incluso podemos seguir aceptándolas porque la frontera, que separa el texto de las obligaciones de nuestra vida, nos protege de su atracción de la misma manera que la presencia tranquilizadora del analista protege al paciente, y que la experiencia y la técnica del analista lo protege durante el análisis de la contratransferencia, cuando trata de tomar conciencia de sus propias reacciones inconscientes ante la conducta de su paciente. Protegidos así, podemos abrir un poco la frontera de nuestro inconsciente. El texto literario puede así jugar en el teclado del inconsciente con las palabras y las imágenes que éste ha despertado. Y podemos sentirlo. Esto implica que existe, a pesar de todo, entre la consciencia y lo inconsciente, un vínculo, un continuo, en el que una o más representaciones, cualesquiera que sean sus transformaciones, pueden pasar de un sistema a otro. Las fantasías son sistemas que pueden ir del inconsciente al consciente; en su función de etapas en el camino del cuerpo hacia la acción consciente, escenifican y organizan inconscientemente, en primer lugar, necesidades físicas y luego, ciertamente, también procesos neurofisiológicos.

Tendencialmente, todas las secuencias de un texto literario remiten, por tener una función de signo, al sustrato psicodinámico de este último, pero al mismo tiempo lo delimitan. Esto se aplica a la lengua, a las palabras o imágenes utilizadas aisladamente, a la pronunciación, al ritmo, a los personajes y a su comportamiento, pero también a su constelación en la distribución de los personajes, al desarrollo de la acción y al de la forma literaria. Al referirse al sustrato psicodinámico, a menudo le añaden nuevas secuencias o proporcionan, al menos, un testimonio de este. Las metáforas a menudo se han considerado tales signos porque, gracias a su fuerte poder de expresión, apelan a las fantasías y a las emociones que están vinculadas a ellas; así como a veces sugieren algo nuevo, pero que aún no se ha dicho. De esta manera, un texto se desarrolla alternando entre el sustrato psicodinámico y las representaciones conscientes que se transmiten por el carácter tripartito de sus signos. Pertenecen al lenguaje que nos es consciente y se refieren a algo consciente, pero, en segundo lugar, y esto sin que seamos del todo conscientes de ello, también se refieren al inconsciente. Y, en tercer lugar, llevan en sí un elemento del inconsciente, en la medida en que son productos de este. Asimismo, las formas, los géneros, incluso el carácter externo del texto (así como el prestigio que tiene la literatura como valor cultural) trazan fronteras que protegen contra las sanciones cotidianas y, por tanto, permiten abrir una pequeña brecha en los límites que conducen al inconsciente.

El uso de las técnicas del psicoanálisis en el Esquizométodo

Asumimos que no existe una investigación científica definitiva; y, por ende, no hay un camino ya definido para interpretar textos ni para enseñar. En estos terrenos todo tiene un doble aspecto: un cierto estado presupuesto en toda investigación y unas determinadas direcciones propuestas para ella. Por eso, investigar o enseñar no es transmitir un cierto “stock” de saberes ni de impresiones. Pensamos que investigar o enseñar significa transmitir una “actitud mental” y una forma (método) para reflexionar (e interpretar) sobre el objeto estudiado, es decir, proporcionar herramientas intelectuales e introducir a las personas en su utilización. Eso es lo que se pretende con el Esquizométodo, aunque sabemos que cualquiera que sea el método que uno elija para estudiar literatura o ciencias humanas y sociales, es obvio que habrá que abordar textos y volver a ellos reiteradamente, pero su propósito debe seguir siendo la reflexión y el deleite. En esa perspectiva, y en el marco del Esquizométodo, se trata de cómo usar “indisciplinadamente” ciertas herramientas del psicoanálisis para “ir más allá” de los textos, literarios o científicos, en una perspectiva inter(trans)disciplinar. Dicho de otro modo: a partir de una síntesis de los principales conceptos de la teoría psicoanalítica, retenemos sólo lo que pensamos que nos permite enriquecer el análisis de los textos, dejando de lado lo que está estrictamente dentro del ámbito de la cura psicoanalítica.

Gadamer en *Arte y verdad de la palabra* (1998), pero también en *Estética y Hermenéutica*, desarrollando su horizonte hermenéutico, plantea los límites del lenguaje, ese “medio universal de la experiencia...donde se produce un decisivo desplazamiento para la experiencia misma” (1998b, p. 19): cuando se llega ahí no hay otro camino que abrirle las puertas al psicoanálisis para seguir. Invoca a Lacan -y no a Freud- pues “el inconsciente se estructura como un lenguaje”. Esto es una provocación de Gadamer para llevar más allá las cuestiones del lenguaje, usando lo que Nicolescu (1996) llama transdisciplinariedad: observar fenómenos, como el lingüístico, desde diferentes niveles de verdad. Eso nos permite introducir nuevos elementos para evidenciar que una obra literaria o científica no representa de por sí el límite de lo discursivo, sino que es una puerta a otras posibles interpretaciones, a actos hipertextuales. Así concebido, nuestro trabajo debería permitir explorar lo imaginario de la obra (en sus relaciones con el autor y el lector), analizar sus formas e identificar las constantes de su creación¹⁹. Nuestras bases son diversas: filosóficas, literarias, sociales y psicoanalíticas. Y es claro que en nuestro trabajo han dejado su huella personal, racionalismo y sensibilidad mezclados, ya sea el propio Lacan o muchos otros, como esos conceptos del “*Yo no sé qué*” y del “*casi nada*” de Jankélévitch²⁰: “El casi nada es lo que falta cuando, al

¹⁹ El que existan ciertas constantes es una hipótesis que habría que confrontar en otras investigaciones mediante un inventario; sin embargo, parece un hilo conductor eficaz: existen huellas dispersas en obras, civilizaciones y autores, en apariencia muy diferentes, que se pueden organizar en torno a unos pocos temas clave de carácter universal, pero significativos a nivel individual.

²⁰ Si antes de Bergson la experiencia del tiempo estaba ligada a un concepto, Jankélévitch (1974), continuando el trabajo de su maestro, pone en foco la cuestión de “las formas” en las que el tiempo se vive y se experimenta

menos en apariencia, no falta nada: es la *insuficiencia inexplicable, irritante, irónica* de una totalidad completa a la que no podemos reprochar nada y *que nos deja curiosamente insatisfechos y perplejos*” (1980, p. 74, énfasis propio). Todo ello nos muestra que no hay verdades objetivas, y que la subjetividad participa siempre en este juego triangular entre el lector, el inconsciente del autor y la representación cultural donde ocurre el intercambio discursivo con el texto, que atraviesa transversalmente la propuesta del Esquizométodo.

Ya sea que nos centremos, como se puede hacer siguiendo a Freud, en las relaciones entre lo simbolizante y lo simbolizado, o que se favorezca, siguiendo a Lacan, la estructuración misma de lo simbólico, el estudio del significado, en su mismo movimiento, es una aproximación imprescindible para quien pretende comprender los modos cómo se organiza el imaginario literario o incluso académico. No importan los juicios de valor ni las pretensiones de la crítica; nuestra ambición es más simple: animar a leer, comparar, pensar, interpretar. Cualquier filtro siempre decepciona cuando lo comparamos con el néctar, pero hay perfumes que no nos cansamos de probar. Esperamos que con lo que aquí planteamos se comprenda que conviene renunciar a “aprender” para intentar “comprender”.

¿Por qué acudir entonces al psicoanálisis en el Esquizométodo? Tal vez, porque como dijo Barande (1961): “La función de invocar el inconsciente que ejerce el silencio es la fuerza impulsora esencial del proceso de recordar. Pero lo propio de este espejo, que significa que no puede haber dos rayos de idéntica calidad, reside en su cara oculta. Por un lado, crisol que objetiva las fantasías del paciente, también y al mismo tiempo pantalla deslustrada de las del analista” (p.180). Es que, si el analista es el “orfebre” del silencio, si su presencia silenciosa apela al inconsciente, su eco no sólo reverbera en el paciente (autor/texto), sino también en el analista (lector). En los textos, de un lado (el del autor) y del otro (el del lector), orbes y espirales fantasmales se emiten y reflejan, en un silencio mudo, porque, como dijo el poeta Claudel, “todo este ruido en el proceso de convertirse en discurso quizás sea interesante después de todo” (1910).

O, dicho de otro modo, porque el psicoanálisis aborda los problemas planteados *en* el lenguaje *con* el lenguaje, partiendo de la intuición original de Freud de que siempre hay determinantes del lado del enunciador. Destaca los efectos del *deseo* en el lenguaje y, de hecho, en todas las interacciones simbólicas. El lenguaje del deseo siempre está velado y no se expresa abiertamente; por eso, para poder leer sus contradicciones, debemos dar cuenta de sus efectos, lo cual no es nada sencillo. Entonces, ¿qué es lo que está en juego? El psicoanálisis arroja luz sobre los discursos (cotidianos, literarios, científicos) los cuales, a su vez, lo cuestionan y constituyen ese Otro esencial que Freud identificó en el teatro de

con otros y termina proponiendo una “episteme de la intuición”. Para ello, *crea* (inventa) nociones capaces de indagar, de modo cualitativo, ese campo complejo, fugaz e irreversible, surcado por experiencias singulares e intransferibles que es el tiempo: el “Yo-no-sé-qué” y el “Casi-nada” (1980), serán la puerta de entrada a ese mundo en devenir, constituido por saberes producidos siempre de modo fragmentario, “semi-gnosis” como dirá Jankélévitch, dado que responden a una intelección “intuitiva” de la temporalidad.

Shakespeare y, en general, en el arte. La literatura y el psicoanálisis mantienen relaciones similares siendo cada uno el Otro en un diálogo que la crítica construye por caminos cuyas modalidades y temas, por ser variados, requieren ser clarificados. Es apropiado enfatizar de manera similar el valor de este verdadero Otro que la obra artística o literaria es para el psicoanálisis, así como el psicoanálisis puede ser el Otro del arte y la literatura. Si Starobinski reconoció que, en sus análisis literarios, “a Freud le gustaba más bien dar nuevas pruebas de la validez de su teoría” (2008 p. 295), ¿deberíamos seguirlo cuando escribió que “[el psicoanálisis] es en sí mismo mitopoiesis, lenguaje mítico o, al mismo tiempo, al menos, ¿lenguaje figurado, lenguaje metafórico?” (p. 314). ¿Qué parte de lo imaginario se inmiscuye en la lectura psicoanalítica?²¹ ¿No hay confusión sobre el valor del lenguaje y un intento de reducir la literatura al psicoanálisis, o una elevación del discurso literario por encima del discurso del psicoanálisis? Esto existe porque Freud habría extraído de los grandes textos literarios “los símbolos de la escritura del inconsciente”; y por la confusión entre lo que Lacan (2008) designó como ausencia de metalenguaje y los diferentes discursos: el de la literatura no es el del psicoanálisis. Sus campos son distintos. ¿No habría un paso o un puente entre el discurso literario y el discurso psicoanalítico?

Mediante el lenguaje, el deseo también queda sujeto a reglas y, no obstante, no logra explicar con precisión las transformaciones sentidas en el cuerpo. Lo que es de particular interés para el psicoanálisis (“particular” aquí en el doble sentido de “significativo” y “extraño”) es ese aspecto de la experiencia que ha sido ignorado y descuidado, incluso prohibido, por las reglas del lenguaje: el papel de la corporalidad. No podemos olvidar aquella afirmación de Wittgenstein (considerada por muchos solipsista) de que los límites de mi lenguaje son los límites de nuestro mundo (conceptual) y que algunas cosas no logran ser expresadas con el lenguaje (aquí entraría la necesidad de acudir al inconsciente). Es claro: si el lenguaje plasma los hechos, y el mundo es el conjunto de los hechos, los límites del lenguaje y del mundo coinciden. El lenguaje sólo podrá llegar hasta donde llegue mi mundo, y, al contrario, allá donde el lenguaje no logra llegar tampoco llegará el mundo. Para Wittgenstein (2013) este isomorfismo entre lenguaje y mundo proviene de que ambos son “lógicos”; su mutuo ajuste se basa en la concurrencia de sus ámbitos con un tercero: el campo de la lógica²².

Nos parece que el psicoanálisis puede ser también una “teoría de la interpretación”, que cuestiona los hechos de la conciencia del “sentido común”, hechos que sólo pueden

²¹ Una de las nociones centrales del método propuesto por Starobinski es la de “trayecto crítico”, aquel recorrido realizado mediante planos sucesivos y cambiantes, desde la percepción inicial de la obra hasta una comprensión lo más global factible de ella; sin olvidar que el trayecto puede generar en paralelo un proceso autorreflexivo. Es gracias al recorrido que se consolida la relación crítica con el texto y surge la figura del sujeto crítico, quien tiene que distanciarse de la obra en sí y de sus efectos iniciales para, entonces, establecer la relación dinámica.

²² En su obra posterior, las “Investigaciones Filosóficas”, Wittgenstein revisó estas ideas, argumentando que el lenguaje es un “juego” de reglas que varían según el contexto y la situación, y que usamos para comunicarnos. En todo caso, Wittgenstein sostiene que, en lugar de ofrecer una representación precisa de la realidad, el lenguaje es una herramienta pragmática para la comunicación.

reconstruirse después del acontecimiento. La exigencia de una objetividad que remita a un análisis a veces “verdadero” y a veces “falso” está en sí misma sujeta a dudas. La ciencia puede seguir siendo admisible sin aceptar este etiquetado, y las mediciones pueden testificar a qué se aplican. El progreso científico ha estado marcado por cambios revolucionarios en la comprensión de los conceptos –que han llevado a definiciones incompatibles con aquellas a las que reemplazan– y no simplemente por falsaciones de estas últimas (Kuhn 2019). La ciencia misma es un quehacer interpretativo, como el psicoanálisis. El énfasis hay que ponerlo en la fuerza interpretativa de la teoría más que en un análisis simplista entre lo “verdadero/falso” de lo que, en últimas, seguirá siendo un fenómeno subjetivo. Es un error positivista creer que los fenómenos subjetivos no pueden estudiarse de modo objetivo. Los efectos producidos en el cuerpo, bajo la experiencia de los efectos del lenguaje y la cultura, toman la forma de repeticiones e interacciones que se presentan como modelos a partir de los cuales descubrimos leyes, lo que permite, por tanto, hacer del inconsciente el objeto legítimo de una disciplina específica (Althusser 1996).

Tanto el autor como el lector están sujetos a las leyes del inconsciente. Centrarse en los “mecanismos” sin considerar las energías detrás de ellos sería ignorar los descubrimientos más radicales de Freud. Es en el cambio de estas energías sustentadas por el deseo consciente que puede surgir un nuevo significado. El texto literario, como la obra de arte en general, es una forma de persuasión mediante la cual unos cuerpos hablan a otros cuerpos (no son mentes puras hablando a mentes puras). Las obras de Samuel Beckett nos presentan de forma casi gráfica imágenes de cuerpos o partes del cuerpo, a veces de modo cómico, a veces de forma desesperada, esforzándose por tender un puente entre su deseo y su lenguaje. Por el contrario, el teatro de Antonin Artaud nos asalta con imágenes de cuerpos que se niegan violentamente a ceder al lenguaje. Así, la actividad creativa se entiende aquí como un proceso material en el que tanto el autor/actor como el lector/espectador participan como “cuerpos deseantes”.

Al definir la *contingencia* como un “dejar de escribirte a ti mismo”, Lacan la conecta con la *necesidad* cuya fórmula para él es “nunca dejar de escribirse”, y que siempre viene a posteriori a dar cuenta de la contingencia del encuentro. Es ella quien nos hace ver en la pareja amorosa el efecto del destino, quien nos hace ver en el encuentro con la obra el efecto de una necesidad cuya tarea crítica tiene precisamente la función de examinarla, es decir, de escribir algo al respecto a modo de ese “sustituto que [...] constituye el destino y también el drama del amor” (1989, p. 139). El encuentro erótico ofrece así una arquitectura del encuentro literario al tiempo que brinda esa articulación donde pasamos de lo imposible del ser-ahí de la obra a la necesidad de escribir a través de la contingencia que nos da por un instante la ilusión de una posible reducción del discurso crítico sobre la obra. Es en una segunda fase que la crítica y la investigación ponen a prueba su discordia con respecto a la obra. Esta discordia es también el reconocimiento de que no existe metalenguaje ni discurso capaz de ofrecer la verdad de la obra. La crítica es también la experiencia del duelo, la de una relación no sexual, sino textual. Del duelo que es siempre el trabajo de llorar un objeto, Lacan decía que “es en torno al duelo que está centrado el deseo del analista” (2003, p. 150),

llamado a llorar de manera plena y perfecta con su analizante. El duelo, añade, también requiere identificar el objeto significativo con el significante: Lacan hace eco de las palabras de Freud: “cada uno de los recuerdos y expectativas, tomados uno por uno, en los que la libido estaba unida al objeto se coloca en posición, se sobreviste y sobre cada uno se realiza el desprendimiento de la libido” (2003, p. 148). El trabajo del duelo consiste en revisar uno a uno los significantes constitutivos del objeto para declararlos como tales: “Olvido las palabras por las que paso cuando las inscribo”. Tal vez habría que pensar en la crítica como una experiencia de duelo y en el texto crítico como su huella.

Adoptando la posición de un “lector-analista”, Chiantaretto (1999) busca revelar “una continuidad específica entre las implicaciones éticas y epistemológicas ligadas a la alteridad de los pacientes y las implicaciones ético-epistemológicas ligadas a la alteridad del texto literario [con respecto al psicoanálisis]” (p.7). Se trata de un intento de identificar la alteridad del diálogo entre literatura y psicoanálisis cuestionando sus condiciones epistemológicas, pero sobre todo éticas. Porque querer pensar juntos el “y” que mantiene en contacto literatura y psicoanálisis no puede encontrar su plenitud en el asombro, la satisfacción o, peor aún, el asombro del crítico. Pensar en las relaciones entre literatura y psicoanálisis es, de antemano, pensar en sus implicaciones, no sólo epistemológicas –que lo han sido– sino también éticas. ¿Cuál es la ética de una crítica que intenta pensar la literatura y el psicoanálisis juntos? Por supuesto, participa de la ética del psicoanálisis, es decir, de la experiencia del ser-para-la-muerte, es una manifestación de ella, es su búsqueda fuera del diván. Esta cuestión también queda aclarada por la práctica de Freud y Lacan.

Entonces, ¿cómo concibieron Freud y Lacan el encuentro entre el texto y el psicoanálisis? Siguiendo a numerosos críticos y analistas, Sayer constata la evolución de la relación de Freud con la literatura: la instrumentaliza al servicio de la teoría antes de interesarse por el proceso creativo mismo para tropezar con la cuestión del genio mientras “el lenguaje del psicoanálisis se convierte en literatura” (2011 p.50). Quizás esto sea también hacer del psicoanálisis una variedad de la literatura, a menos que se trate de enfatizar el estilo de Freud, al tiempo analista y escritor. Desde la época de las “psicobiografías”, el psicoanálisis ha renunciado a aplicarse a la literatura hasta el punto de invertir el equilibrio de poder: hoy es la literatura la que puede, no tanto aplicarse cuanto inspirar la teoría analítica. Millot, por su parte, evoca las “transgresiones” de Freud relativas al saber del autor, de la obra y de los personajes, pero sobre todo las transgresiones vinculadas al estatuto de la obra analizada “no como un fin en sí mismo, sino como un medio”, lo que significa poner la literatura al servicio del psicoanálisis, con los efectos de resistencia inducidos por una posición “sacrílega” similar (2005, pp. 15-16).

Lacan, por su parte, invierte la relación entre literatura y psicoanálisis: “Método mediante el cual el psicoanálisis justifica mejor su intrusión: porque si la crítica literaria pudiera realmente renovarse, sería porque el psicoanálisis estaba ahí para que los textos pudieran estar a su altura, estando el enigma de su lado” (2001, p. 13). Al situar el enigma

del lado del psicoanálisis, Lacan propone renovar la crítica literaria y abandonar una relación en la que el psicoanálisis se reduce a un marco interpretativo. Esta posición se encuentra entre muchos críticos cuando sirve como una petición de principio; sin embargo, Lacan no se detuvo allí, al igual que Freud. Ambos utilizaron la literatura para desarrollar su pensamiento a lo largo de sus escritos. Lacan sitúa la función del texto, del paso a la lectura, en una línea de división entre lectura y escritura, entre simbólico y real, entre conocimiento y goce: el borde de la brecha del saber. La disyunción cada vez más profunda entre significado y goce cuestiona el actuar del psicoanalista. ¿Cómo, con el significado –que Lacan reduce al “borde”– podemos llegar al goce, a la pulsión? ¿Cómo pueden mantenerse unidas personas heterogéneas? Se trata de recurrir al saber-hacer del analista con la ambigüedad del lenguaje del síntoma.

Por el momento, el acento (el énfasis) está puesto en la producción del texto como consecuencia del lenguaje –del habitante que habla– y, sin embargo, radicalmente distinto, pura huella. La temporalidad es la del suceso, de la contingencia, de lo impredecible, del momento del ver. El espacio es una topología del vacío, de la ausencia de huellas de vida humana, ni sombra ni reflejo (Lacan 2001, p. 16). Lacan relata una génesis del texto (la “lettre”): al principio no hay metáfora y metonimia, sino metáfora del goce. Coloca el significante en las nubes, el lugar de la apariencia por excelencia: los relámpagos y los meteoros. Y es al romperse la nube que llueve el significado; entonces la tierra será arrasada. La escritura es ese mismo desbarrancamiento que deja en la tierra la lluvia del significado y que abre un vacío en el que cabe el goce. Lacan habla de la escritura como de un ascetismo. Es una disciplina del acto psicoanalítico. Este fue, en los años setenta del siglo pasado, cuando la cuestión de la escritura hacía furor, el ángulo de ataque elegido por Lacan para entrar en el debate; tal fue su participación en este malentendido que sigue vigente hoy:

- Lacan sostiene que el lenguaje no es simplemente un medio de comunicación, sino una estructura simbólica, inherente a la condición humana, y compuesta por signos, significantes y significados, que organiza nuestra experiencia y mediación entre el sujeto y el mundo.
- Lacan introduce el concepto de *significante* para referirse a las unidades básicas del lenguaje, como palabras o imágenes. Ellos no tienen un significado fijo en sí mismos, pero obtienen su significado en su relación con otros significantes. El *significado* surge de la relación entre significantes en una estructura lingüística; pero el significante está antes del sujeto, en su cuerpo, antes de que cobre forma de sujeto²³.
- Lacan incorpora la idea del “orden simbólico” en su teoría. La entrada en el orden simbólico, que ocurre mediante el lenguaje, implica la internalización de normas y significados culturales. Este proceso influye en la formación del sujeto y su acceso al

²³ Lacan invierte el postulado de Saussure dando primacía al significante sobre el significado, pues plantea que la única forma como un significante encuentra su significado es mediante la articulación con otros significantes.

inconsciente, el cual se muestra como lo que oscila en un corte del sujeto; desde ahí vuelve a brotar el hallazgo que Freud llamaba deseo.

- Lacan usa conceptos lingüísticos como la metáfora y la metonimia para explicar cómo opera el inconsciente. La metáfora implica la sustitución de un significante por otro, mientras que la metonimia implica la asociación de significantes a través de la contigüidad²⁴. Estos procesos lingüísticos son fundamentales para la formación de símbolos y representaciones en el inconsciente. Dicho así, se puede concluir que el inconsciente acata estas leyes y por ende está estructurado como un lenguaje.

En resumen, cuando Lacan afirma que el inconsciente está estructurado como el lenguaje, quiere decir que el inconsciente opera según principios lingüísticos y que el sujeto del inconsciente se ubica en el plano del sujeto de la enunciación, más allá de lo que dice. Es en el cruce entre enunciado y enunciación, en el lugar de *otro escenario* desde donde se enuncia. La formación de símbolos, la internalización de normas culturales y la organización de la experiencia psíquica se producen a través de procesos lingüísticos y simbólicos. Esta perspectiva destaca la importancia del lenguaje en la constitución del sujeto y en la comprensión de los fenómenos psíquicos; así como para Freud los sueños eran el camino regio para acceder al inconsciente, para Lacan este camino será el del lenguaje (Nasio, 1998).

En aquella clase de 1964, después de decir que “el inconsciente está estructurado como un lenguaje”, Lacan añadió: “Antes de toda experiencia, antes de toda deducción individual, incluso antes de que se inscriban en él las experiencias colectivas que sean, *algo* organiza ese campo o inscribe en él las líneas de fuerza iniciales” (1989, pp. 167-168). Ese “algo” es la estructura sobre la que se afirma lo que llamamos *subjetividad*: tanto los significantes anteriores al lenguaje (adquiridos de modo inconsciente) como aquello que, gracias al lenguaje aprendido, construimos como experiencias conscientes (en mayor o menor grado). Es claro que pensar el inconsciente como una estructura lingüística le otorgó la categoría de “objeto cognoscible”, superando esa impresión de una invención fantástica o fantasmal, como pensaron algunos por el modo como Freud logró los primeros indicios de su existencia²⁵.

Así el psicoanálisis, en tanto terapia, sería un método para que el sujeto entienda el lenguaje de su propio inconsciente. La cuestión es que, a diferencia de los lenguajes ordinarios, los significantes y significados del inconsciente son de otro orden: acciones, omisiones, fantasías, olvidos, lapsus, recuerdos, emociones como la ansiedad o la frustración, problemas para lograr lo que se desea, ideas sobre sexualidad o amor, capacidad de amar y muchos otros, todo combinándose y operando desde su propia sintaxis y gramática,

²⁴ Así Lacan extrapola el contenido de las leyes del lenguaje propuestas por Jakobson (metáfora y metonimia) al de las leyes que gobiernan el inconsciente desarrolladas por Freud (condensación y desplazamiento).

²⁵ Desde una perspectiva teórica, esta es una de las razones que llevó al psicoanálisis el fervor de Lacan por los estudios lingüísticos de Saussure y, en general, por el enfoque estructural, el cual, por cierto, compartió con otros miembros de su generación: Lévi-Strauss, Eliade, Barthes, etc.

terminando en eso que llamamos subjetividad. Es claro: no se trata de un lenguaje ordinario. Sin embargo, si se puede aprender y trabajar, inclusive hasta llegar a ser fluido en su uso. ¿Y para qué? Para que el sujeto no sea un extraño para sí mismo, un extranjero residiendo en su propia conciencia y menos aún un forastero en su existencia, sino todo lo contrario: para que logre fluidez en el lenguaje de la existencia.

Ahora bien, intentemos dar un salto para explicar cómo aplicamos todo lo dicho hasta ahora al esquizométodo, partiendo de la experiencia personal de “ser lector”: interés por la palabra y sus efectos (que crecen mientras más se lee); libros que llevan a cuestionar las frases, tal como están escritas, el lugar puntual de cada palabra, qué querían decir. A través de la literatura asumir la palabra como vehículo para expresarse, pero como todo vehículo, su espacio tiene límites. Desde este contexto surge una de mis sospechas, la de entender qué tanto estamos relacionados con las palabras. Sabía que la escritura era la expresión de una personalidad, que develaba secretos, pero luego quise ahondar lo mismo sobre el discurso. ¿Qué tanta discrepancia existe entre aquello que quiero decir y lo que digo? ¿Entre lo que quiero expresar y lo que de verdad expreso (no solo con las palabras sino con toda la corporalidad y el performance que supone “pronunciar un discurso”)? ¿Hay en el discurso rasgos de uno mismo? ¿Está el sujeto a merced del lenguaje? ¿Cómo se constituye el sujeto a partir del lenguaje? Todas estas preguntas sugerían los efectos del lenguaje en el sujeto.

Conviene aquí una aclaración sobre los términos escritura y lectura: el primero se utiliza aquí en un sentido descriptivo y no normativo, inspirándose desde una perspectiva diferente y en un nivel metodológico, en las obras de Foucault, *Las Palabras y las cosas* y la *La arqueología del saber* (1997): el enfoque se plantea como epistemológico, en la medida en que se centra en la génesis de las ideas. Implicaría el análisis crítico tanto de las condiciones históricas de la estructuración discursiva del conocimiento como de los presupuestos que fundamentan la teoría. Además, todo texto ofrece potencialmente saber sobre los procesos inconscientes lo que requiere, para ser descifrado, del método psicoanalítico. En segundo lugar, plantear la lectura, asociando al analista y al crítico en un mismo lector, es un modelo epistemológico en el cual el lector-analista funciona como creador, que no se reduce a un analista profesional ni a un crítico literario con conocimientos sobre psicoanálisis, dado que implica un diálogo interno entre, por un lado, el método analítico y la teoría, y, por otro, otros modelos teóricos y críticos en los que se puede basar el abordaje de un texto. No se trata de recurrir a la literatura para pensar como psicoanalista, sino de plantear la literatura como un lugar de una verdad oculta/revelada. Por tanto, es la experiencia analítica y la creatividad que promueve lo que nos parece decisivo.

Saussure (1916) con sus conceptos lenguaje, lengua y habla, me aclaró algunas cuestiones, lo que a su vez me sirvió como puente para encuadrar las teorías lacanianas sobre el signo, la estructura y el significante. Otros estudios humanos y sociales llevaron a reflexionar acerca de cuándo surge un sujeto y la función del otro en la constitución de la subjetividad, pero también a considerar la incidencia de las relaciones entre verdad, saber y

poder. En fin, y detrás de todo ello, quedaba la cuestión de esas ocasiones en las cuales se dice más de lo que se quiere decir, esos momentos donde el sujeto se revela. Y aquí surge la cuestión de por qué en el esquizométodo requiere de la etapa psicoanalítica: dado que el lenguaje (sistema de signos como lo era para Saussure) será para Lacan un sistema de significantes:

Las características del significante son las de la existencia de una *cadena articulada*, que, (...), tiende a formar agrupamientos cerrados, es decir, formados por una serie de anillos que se engancha unos con otros para construir anillos (...) La existencia de estas cadenas implica que las articulaciones o enlaces del significante tienen dos dimensiones, la que podemos llamar de la combinación, continuidad, concatenación de la cadena, y la de sustitución, cuyas posibilidades siempre están implicadas en cada elemento de la cadena (2016, p. 33).

Esto significa que el sujeto va a estar representado por ese significante al cual queda sometido, sujetado, y que lo va a constituir: es el significante que hace surgir al sujeto y no al revés. Y un significante puede ser un objeto, un suspiro, un gesto, entre otros: “La única condición que caracteriza a algo como significante es, para Lacan, que esté inscrito en un sistema en el que adquiere valor exclusivamente en virtud de su diferencia con los otros elementos del sistema” (Evans, 2007, p. 177).

Retomando a lo anterior, la lectura siempre invita a una relectura. A un volver a empezar, a reencontrarse con los textos para descubrir que allí hay cosas que se pasaron por alto, o que encontramos ideas que de pronto, ahora sí somos capaces de entender; a eso conduce el usar la técnica psicoanalítica en el esquizométodo: a una lectura circular. Porque hay en nuestra naturaleza humana un lenguaje que nos permite nombrar lo que vivimos, así como crear ficciones y decir cosas que no vemos. Si lo pensamos bien, la ficción es la base del signo (así como también de la metáfora) ya que atribuir un significado a un significante es una simple convención cultural, un uso social. Porque la cultura lo que hace es “vestir al mundo” de significantes y para entrar en ella, el sujeto ha de utilizar esos vestuarios. Lacan postula que el inconsciente está estructurado como lenguaje, pero antes podríamos afirmar que el sujeto está dividido por el lenguaje; escisión en el pensar por la cual el sujeto no puede tener autoconciencia, siempre está separado del conocimiento. El sujeto se halla dividido entre consciente e inconsciente. Y cuando habla, se divide entre sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación, lo que ilustra la diferencia existente entre lo dicho y el decir, entre *lo* que se dice y *como* se dice. En otras palabras, si hay inconsciente tiene que ser porque existe el lenguaje y porque el sujeto está en manos del lenguaje.

¿Cómo realizar un análisis psicoanalítico de una obra artística o literaria? No hay un método. Hay que tomar todo lo que se presente (historia, estética, cadenas de ideas, etc.), dependiendo del objetivo que uno se propone. Porque el propósito puede variar mucho. Para uno será cuestión de *comprender* una obra, para otro de *encontrar* un mensaje personal, para un tercero de *presentar* un autor, para un cuarto de *aplicar* conceptos disciplinares (lógicos, analíticos, etc.), para un quinto de *criticar* una obra, etc. Irónicamente, las obras nos

psicoanalizan también a nosotros como espectadores o lectores; nos hacen reaccionar. Cuando un analista, aficionado o profesional, lucha por despertarnos a la pluralidad de los sentidos, cuando se desespera por hacernos consciente de nuestras interpretaciones, negaciones, represiones, la obra nos toma por sorpresa y nos revela a los demás; nuestras reacciones o cegueras nos revelan. ¿Qué vemos en “El Grito” de Munch? ¿Alguien que está horrorizado por ti, como tu vecino? ¿O tú mismo, tu reflejo? ¿O una reminiscencia de chistes inspirados en una película? ¿Qué ve uno en el Beso, de nuevo de Munch, amor, abandono, sensualidad, vampirismo? ¿Qué nos encanta de los dibujos de Escher, la lógica paradójica, el surrealismo poético o la trampa? ¿Qué vemos en el “Origen del Mundo”? ¿Un bosquejo anatómico, una provocación histórica, una sexualidad incestuosa, una regresión, un progreso, una iniciación a la disociación amorosa, o la revelación de una perversión que también podemos encontrar en “Freaks”, esa película de terror psicológico y claustrofóbico (de Tod Browning, ¿1932) o en Alejandro Jodorowsky? ¿Qué leemos en Cien años de soledad? ¿Una interpretación de la idiosincrasia y la historia latinoamericana? ¿Un retrato del Caribe colombiano? ¿Una saga de una familia perseguida por la desgracia? Todo dependerá de nuestra mirada. Es que, como señala Paul Valéry: “Todo lo que dices habla de ti; especialmente cuando hablas de otro”.

Apliquemos todo esto en un análisis literario de la obra *Rebelión en la granja* que hemos venido analizando. Desde la regla fundamental del psicoanálisis sobre la *asociación libre* podemos asumir que se permite que el lector asuma una postura dialógica con el texto y relacione ideas y hechos que lo interpelan: al leer puede ir creando criterios que le permitirán, al finalizar, no solo ofrecen una interpretación del texto, sino ideas que le permitan generar hipertextos: sospechas o hipótesis a partir del texto, que variarán en su nivel de realidad o complejidad. Por ejemplo, en la obra de Orwell se podría suponer cuál es la relación entre el molino de viento (representa la decisión sobre si se debe expandir el animalismo) y el discurso de *Snowball*, como fruto de su sueño que es el doble del *Manifiesto comunista*. O se puede generar una reflexión sobre la pregunta: ¿Quién cuenta la verdad sobre los sucesos? ¿Cómo es narrada la historia? No olvidemos que, tanto en *Rebelión en la granja* como en *1984*, un poder central controla la verdad, las noticias, la historia y las reglas; los aliados y enemigos cambian según las necesidades de quienes gobiernan. Orwell había visto cómo las noticias mostraban un día a Rusia como enemigo, y al día siguiente como amigo.

¿Qué dice esto sobre el lector que debería aplicar la otra regla clave del psicoanálisis que es *la atención flotante*? Puede ocurrir cuando el lector va observando cómo la información que le ofrece la obra es bastante amplia y no logra captarla de forma completa, por lo cual es importante una técnica que le permita detectar las categorías principales y emergentes (como también las subcategorías) para lograr procesar la información de forma más ordenada; además, clasificar y filtrar lo que considera que le sirve y lo depurable. Sobre ello, podemos decir que en “*La rebelión en la granja*” todo esto podría ubicarse en dos categorías: (a) el discurso político que se mueve en el mesocosmos de la obra y (b) la neurosis por el poder que surge en los dos personajes principales. Estas pueden ser desarrolladas por

el lector de manera profunda. Por ejemplo, se podría preguntar por qué ante la utopía del socialismo pensada por el *Viejo mayor* los otros cerdos interpretan de modo libre (¿con maldad?) y – luego de unos instantes de celebración- terminan convertidos en tiranos iguales o incluso peores que los humanos.

Ahora bien, la clave del enfoque psicoanalítico es la *transferencia* (en nuestro caso hablaríamos de “transferencia literaria” que puede darse a nivel del autor, del lector o incluso del personaje) se hace efectiva cuando el lector se deja interpelar por el texto, cuando permite que las palabras trasciendan en su vida, dejando que le fragmenten, revivan y mejoren los hechos traumáticos de su propia existencia; es decir, la obra literaria asumiría una función de terapia para generar catarsis en el lector. Aquí es importante hacer una serie de preguntas referidas al autor de la obra, por ejemplo: ¿Cómo fue su infancia? ¿Cómo influyó en su escritura? ¿Qué impulsó su escritura? ¿Cómo su vida, llena de lecturas, de viajes y de la presencia de la Guerra, se refleja en su obra? Por otra parte, estas preguntas podrían revelar cuestiones que aclaren lo que la obra no cuenta por sí misma: ¿Por qué afirma que el poder corrompe (una vez en el poder, todos se convierten en cerdos) sin importar sus intenciones? O ¿Qué se esconde detrás del hecho de que los animales piensan, sienten, sueñan y hablan? Esto permitiría una lectura metatextual sobre la obra que aproximaría más al lector a la “conciencia” de la obra-autor.

Por otra parte, la *contratransferencia* funciona cuando el lector cuestiona, gestiona y propone sus propios pensamientos sobre la obra (por ejemplo, la relación que encuentra entre autor y obra). Pero también puede ser cómo se cuestiona la obra y se la debate en grupos de lectura, para que tanto el autor, como la obra y el lector dialoguen hasta encontrar divergencias y convergencias apropiadas o no para los fines del análisis. Así, en “*La rebelión en la granja*” un lector podría preguntarse con cuál de los personajes se identifica o cómo se sentiría en alguna de las situaciones de la obra, o podría cuestionarse sobre la postura que asumiría en los diversos sucesos de la granja animal.

La última escena de la novela es asombrosa: culmen dramático cuando el sueño utópico del cerdo viejo se despedaza contra la realidad, mostrándose como una distopía. Los cerdos invitan a cenar a los dueños de otras fincas y usan las mismas vestimentas de los antiguos propietarios y caminan en dos patas. Los otros animales miran con extrañeza esta transformación que se agudiza más después de la cena, cuando ya beodos, humanos y cerdos, juegan póquer y “lo que había ocurrido en los rostros de los cerdos era ahora evidente. Los animales que estaban fuera miraban a un cerdo y después a un hombre, a un hombre y después a un cerdo y de nuevo a un cerdo y después a un hombre, y ya no podían saber cuál era cuál”. Distopía total, realidad y ficción conjugadas, como crítica social pertinente y expresión de una inquietud sobre el futuro de cambios actuales que, mal asumidos, pondrían en riesgo lo que conocemos como vida política.

Desdoblar el psicoanálisis mediante los otros estadios del Esquizométodo

Cuando se habla de desdoblar el psicoanálisis, se hace referencia a cómo este campo se abre para que sus herramientas y teorías sean consideradas en otros campos. Pero, ¿por qué hablar de esto? El cuestionamiento surge desde la visión que se tiene del psicoanálisis como un campo que no hace uso de la ciencia o que al menos no utiliza unos parámetros normativos de esta. Pero, como expresaba Lacan en sus enseñanzas, es claro que el psicoanálisis trabaja con lo que está “afuera” de la ciencia, es decir con el sujeto que la ciencia excluye. Debido a ello, el psicoanálisis ha desarrollado un potente edificio teórico, que se puede asemejar a lo construido por el pensamiento complejo, lo que haría soñar en que Freud y Morin hubiesen sido una buena dupla teórica, porque ambos se ubican entre el afuera y el adentro de la estructura tradicional de la ciencia.

Entonces, abrir esas puertas implica cierta interdisciplinariedad del psicoanálisis, si se reconoce que se puede nutrir de otros discursos que le permitan un dialogo de saberes y, así mismo, de otras disciplinas que contribuyan a hacer avanzar el psicoanálisis estudiando sus leyes, sus teorías y herramientas para dar cuenta de qué se puede perfeccionar o contribuir en su mejoramiento. Entonces asumimos que el estadio psicoanalítico se abre hacia el estadio Trans-X, como se ha visto en el trascurso del texto. Este aspecto inter(trans)disciplinar ya había sido mencionado por Freud (1913), cuando escribió su texto “El interés por el psicoanálisis” en donde, explora cómo el psicoanálisis puede contribuir al análisis, pero también como esos campos pueden coadyuvar a las teorías que el mismo desarrolla.

Siguiendo esa idea, el estadio onomástico representa una gran ayuda para el psicoanálisis porque le permite, de alguna manera, explorar los conceptos, lazos y “la palabra” que hacen emerger la aplicación de las técnicas y reglas del psicoanálisis. De manera que el Estadio onomástico tendría un papel importante en el estadio psicoanalítico, que desde luego debería ser mediado por el Estadio Trans-X.

En síntesis, parece que los tres estadios, están dados no a una colaboración (por qué seguiría siendo disciplinar), sino a lograr un rizoma, una complejidad conceptual para la exploración, análisis y comprensión de las realidades, mundos y niveles de realidad que atraviesan la existencia del sujeto político de la era contemporánea. Entonces, la combinatoria entre los estadios permitirá crear un espacio en donde no hay principio ni fin, en donde las epistemologías se entremezclan para dar vida a nuevas categorías, a nuevas historias y a futuras rutas, rumbos y proyectos en los cuales las disciplinas y ciencias puedan hacer enriquecer sus epistemologías.

Taller

Luego de observar la aplicación de las reglas y técnicas psicoanalíticas para desentrañar los textos tanto literarios como de otros calibres, se hace necesario una guía en

la que el lector e investigador puedan fundamentarse para dicho análisis. En la tabla 5 se proporcionan algunas pautas que son susceptibles de modificación según las necesidades de cada interlocutor de este texto:

Tabla 5.
Pautas para el análisis textual

Regla	Análisis Textual	Síntesis Psicoanalítica
Asociación Libre		
Atención Flotante		

Técnica	Análisis Psicoanalítico	Síntesis Textual
Transferencia		
Contratransferencia		

Nota: propia.

Colofón

Si el psicoanálisis lo asumimos como una técnica de tratamiento fundada en una teoría metapsicológica que, siguiendo un método con reglas estrictas, pretende indagar los

dispositivos mediante los cuales se expresa el deseo inconsciente, entonces su alcance sería mayor pues se posiciona como un marco integral que combina tanto la teoría como la práctica, destacando la importancia de comprender y abordar las dimensiones profundas y subyacentes de la psique humana para facilitar la transformación y el crecimiento personal. La teoría psicoanalítica sugiere que el inconsciente es inherentemente complejo, compuesto por deseos, recuerdos, emociones y pensamientos que no son directamente accesibles a la conciencia. Ahora bien, ¿qué tendría ello que ver con el análisis de textos que pretende el esquizométodo?

La relación entre psicoanálisis y análisis de textos, como vimos, radica en el enfoque interpretativo y profundo que pueden compartir ambas disciplinas. Así como el psicoanálisis se adentra en las capas más profundas de la psique humana para comprender el significado subyacente de los deseos inconscientes, el análisis de textos quiere desentrañar las capas de significado en un texto, yuxtaponiendo nombres, estructuras, personajes y símbolos para revelar mensajes más allá de la superficie. La interpretación de textos implica desentrañar capas de significado, lo cual es un proceso complejo.

En el análisis de textos, como lo plantea el esquizométodo, se exploran elementos como la onomástica (y los simbolismos que los nombres encierran), el análisis multi-transdisciplinar (recurriendo a diversas disciplinas) y el psicoanálisis, para llegar a sentidos ocultos (más allá de la lectura literal). Por eso, ambas disciplinas comparten una atención a lo que está debajo de la superficie, ya sea en la mente humana o en la construcción de un texto. En este sentido, podríamos decir que el análisis de textos comparte varios principios hermenéuticos con el psicoanálisis, al buscar desvelar significados profundos y ofrecer interpretaciones que van más allá de la apariencia inicial.

Según la teoría psicoanalítica, se cree que el inconsciente desempeña un papel significativo en la formación de pensamientos, emociones y conductas, y que puede manifestarse de modo indirecto a través de diversas expresiones, incluyendo la escritura. Elegir ciertas palabras, temas, personajes, símbolos y estructuras en un texto puede revelar aspectos del inconsciente del autor, pero también desencadenar otros en el lector. Aunque el escritor puede no ser consciente de todas las influencias y motivaciones que dan forma a su escritura (así como el lector puede no serlo de por qué interpreta el texto de una u otra forma), se sugiere que el inconsciente se manifiesta de alguna manera en el acto de crear/interpretar un texto. Un texto puede tener múltiples capas de significado, y su interpretación puede variar según la perspectiva de cada lector. Esta diversidad de interpretaciones contribuye a la complejidad del acto de comunicar mediante la escritura.

Ahora bien, como esta idea no es universalmente aceptada y de hecho genera debates en el ámbito académico, por lo que no todos los enfoques literarios o críticos la adoptan, es que el esquizométodo, en una perspectiva de pensamiento complejo, propone trabajar rizomáticamente, combinándola con otros análisis desde perspectivas más conscientes,

examinando elementos como la intención del autor, el contexto histórico y cultural, y las convenciones literarias, así como las que ofrezca la situación del lector intérprete.

Ello porque, como ya se dijo, no existe una investigación científica definitiva; y, por ello, no existe un camino ya definido para interpretar textos, por lo que nuestra apuesta es transmitir una “actitud mental” y un método para reflexionar e interpretar textos, es decir, proporcionar herramientas intelectuales e introducir a las personas en su uso, de modo que se logre observar “desde diferentes niveles de verdad”. Y también, como colofón, porque asumimos que la complejidad es algo así como una asimetría entre los fenómenos a estudiarse o interpretarse y la cantidad y calidad de los recursos disponibles para estudiarlos o interpretarlos. Desde este punto de vista, la complejidad sería entonces un concepto relacional, no algo que está en el mundo ni algo que está en las capacidades humanas, sino “algo” (incognito por el momento) que está entre estos dos.

Capítulo 4. Puentes Complejoides

Una posible herramienta articuladora

“La ciencia es la progresiva aproximación del hombre al mundo real”
(Max Planck)

En el transcurso de esta producción textual, poco a poco se fue abriendo espacio una idea que vale la pena dejar plasmada. Esto se debe a que, dicha idea, aunque pueda dejarse planteada, esta inacabada como lo es esta misma tesina: como se ha dicho al inicio es un “armatoste” del cual pueden entrar o salir elementos que lo complementen o lo transformen según las necesidades de cada investigador. En ese sentido, se quisiera de manera breve dejar planteada la idea de lo que he denominado “puentes complejoides” y que ira tomando sentido en la medida en la que el discurso avance y lo permita; sin embargo, no existe garantía de que lo que se proponga sea un hecho aplicable, pues puede funcionar, inicialmente, solo de forma teórica; de todas formas es una idea que merece por lo menos ser esbozada para los futuros doctores en pensamiento complejo y ciencias de la complejidad que deseen seguir trabajando la idea o, por lo menos, que vean en ella una referencia para el desarrollo de sus investigaciones.

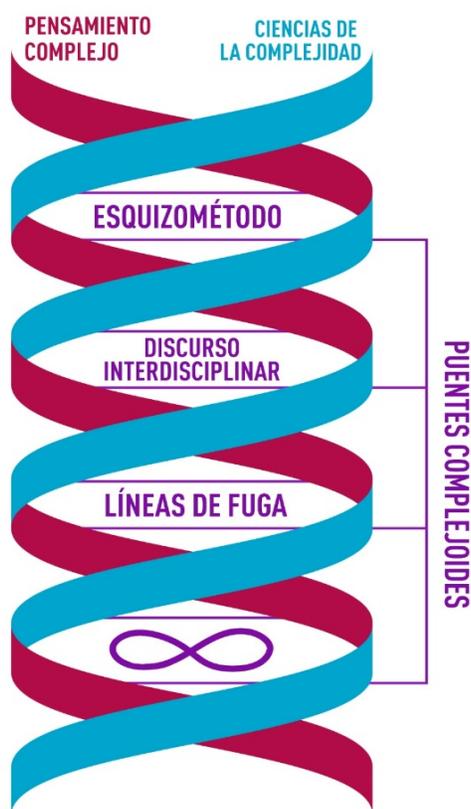
El contexto donde surge este concepto, está dado en el marco de la discusión que se planteó en la introducción de este escrito entre el pensamiento complejo y las ciencias de la complejidad. En dicho enfrentamiento teórico-práctico, se plantea una equidistancia entre las cuestiones ofrecidas por ambas partes, en donde el pensamiento complejo tiene un gran abordaje teórico, pero no suficientes elementos de aplicación práctica; por el contrario, las ciencias de la complejidad cuentan con un alcance práctico potente, pero son insuficientes en términos teóricos, cuestión que deja un espacio epistémico y discursivo para ser trabajado, pensado y desarrollado; es justo allí en donde se sitúa la presente cuestión.

Todo ello conduce entonces a presentar algunas orientaciones sobre las posibles soluciones a la cuestión. Más que dar una solución definitiva, algo que tardaría más de una vida, lo que se quiere proponer aquí es una herramienta (o una perspectiva) que puede ser útil para aproximarnos a los puntos en común entre esas dos vertientes de la complejidad, así como a otros campos en conflicto que en últimas se reducen a la eterna dicotomía entre teoría y práctica (tema recurrente en todos los campos profesionales, así como en los procesos investigativos). Recordemos que Dewey (1989) dice que a los seres humanos les gusta pensar de modo extremado, posicionando los conceptos e ideas en polos que se oponen entre sí; también hay una tendencia a razonar de forma polarizada, dualista, pensando siempre en términos de “o esto o aquello”; al calificar algo como verdadero, siempre se busca su disímil para calificarlo en seguida de inválido, erróneo o insuficiente; cuesta admitir la existencia de posiciones intermedias y mucho más la construcción de lo que llamamos “puentes complejoides” entendidos como líneas de fuga.

Esa alternativa de solución se encuentra en la cuestión que ha atravesado el presente texto: la inter(trans)disciplinariedad como herramienta articuladora. Como se ha abordado en otros momentos, esta herramienta, que ahora sabemos es milenaria, tiene una capacidad especial: se trata del elemento promotor de la complementariedad que la fundamenta. Este principio sin duda permitirá construir de manera sistémica ciertos “puentes complejoides”. La función principal de estos puentes es la de entrelazar la teoría del pensamiento complejo como método y las herramientas desarrolladas por las ciencias de la complejidad.

La idea de estos “puentes complejoides” nace de la extrapolación de la estructura del ADN (ácido desoxirribonucleico) a los estudios de la complejidad. El ADN es una doble hélice formada por pares de bases unidos a un esqueleto de azúcar-fosfato. Dicho esqueleto se asemeja a las dos líneas de la complejidad estudiadas en la presente reflexión (como método y como ciencia); así mismo, los pares de bases (bases químicas emparejadas entre sí) serían los “puentes complejoides” que almacenan información y elementos que permiten la estabilidad del esqueleto. Así, la función de la herramienta inter(trans)disciplinar es la de seguir generando puentes para mejorar la interacción del método con las ciencias en el campo de la complejidad.

Figura 2. Puentes Complejoides.



Nota: propia.

Dichos puentes complejoides, como entes insertos en el elemento de complementariedad de la inter(trans)disciplinariedad, dan lugar a la deconstrucción (Derrida, 1989) de los horizontes epistémicos o barreras que ponen los paradigmas tradicionales de las ciencias como lo plantearía Kuhn (2019). De manera que, si los complejólogos comprendieran la potencia y relevancia que tiene esta herramienta para acortar las diferencias que presenta un mismo concepto, ya no tendríamos que asistir a discusiones de diferencia sobre las nociones de la complejidad, sino a un punto de encuentro en donde se presenten múltiples teorías polivalentes para estudiar la realidad desde las ciencias de la complejidad, utilizando el pensamiento complejo como método por excelencia.

Las teorías y prácticas de la enseñanza y la investigación inter(trans)disciplinaria están experimentando un verdadero auge en los sistemas de educación superior a nivel internacional. Hoy es importante movilizar habilidades disciplinares para integrarlas en un proceso de intercambio y diálogo co-constructivo, para comprender, analizar y resolver los problemas complejos de nuestro tiempo. Abordar la complejidad de los problemas humanos, sociales, políticos y ambientales requiere, en efecto, con cierta urgencia, la descompartimentación del saber disciplinario.

Por lo tanto, pensar científicamente no es fácil. Pensar fuera de las meras disciplinas, sin poner límites a las rutinas prototípicas, a la organización jerárquica de las representaciones espontáneas y al pensamiento estandarizado, requiere un esfuerzo cognitivo; y ello cuesta. Probablemente sea a costa de tal esfuerzo, siempre cuestionado, que la inter(trans)disciplinariedad pueda establecerse más allá de las simples fronteras de la gestión en las que podría circunscribirse, porque, de hecho, se trata del proyecto del ser humano, en su entorno económico, cultural y, más ampliamente, sociobiológico; del ser humano en los sistemas complejos, en interfaz y en coherencia con ellos.

El concepto mismo de “proyecto” es en gran parte inter(trans)disciplinario. Da testimonio de la movilización de las mentes, de las energías implementadas en el pensamiento proyectual, irreductibles a los simples algoritmos de una descomposición reduccionista. Se trata de comprender el futuro de los sistemas, no de anticiparlo como un meteorólogo, sino de inferirlo, de dar que pensar a quienes toman las decisiones enfrentadas a grupos de humanos deseosos de convivir lo mejor posible. Es una concepción de Humanidad, un proyecto común, inscrito en la innovación y el perpetuo cambio de fronteras móviles. Esta concepción no puede ser reducida y satisfecha con los modelos simplistas a los que nuestras redes de pensamiento nos conducen de modo espontáneo.

E incluso, más allá de los objetos de investigación, también son los métodos y las prácticas científicas los que son cuestionados por los enfoques de investigación inter(trans)disciplinarios, como se muestra, por ejemplo, en el trabajo coordinado por Nicole

Mathieu y Anne-Françoise Schmid, *Modélisation et interdisciplinarité. Six disciplines en quête d'épistémologie* (2014). En efecto, la confrontación entre datos de naturaleza y temporalidad diferente requiere repensar el uso y la articulación de metodologías de investigación, como es el caso de la combinación entre los enfoques histórico y etnográfico o, de manera más clásica, la articulación entre métodos cualitativos, cuantitativos e históricos en ciencias sociales. Además, en la práctica, el choque entre diferentes disciplinas puede requerir la creación de métodos y herramientas nuevos para apoyar el trabajo inter(trans)disciplinario.

Finalmente, la multidisciplinariedad requiere un encuentro entre marcos epistemológicos. Para la mayoría de los investigadores, aquí es donde entra en juego, en la medida en que ya no es un simple proceso de tomar prestadas ideas de diferentes marcos analíticos, cada uno de los cuales se refiere a una disciplina específica. La inter(trans)disciplinariedad interviene cuando “lo que comenzó como la búsqueda de una solución a un problema específico se amplía con una exploración teórica de la que surgirán nuevas combinaciones que modificarán el corpus teórico y conceptual de la disciplina en cuestión” (Apter 2010, pp. 9-10). Basándose en Thomas Kuhn, Apter sugiere que el trabajo interdisciplinario “real” no se reduce al préstamo ad hoc de ideas, sino que implica la elaboración y transformación de sistemas científicos relativamente autónomos.

¿Cómo, en la práctica, navegan los investigadores en este desorden que conduce a la creación, al descubrimiento, pero que probablemente encontrará muchas trampas en el proceso? Desde lecturas hasta experiencias personales, todo muestra que los investigadores actuales de humanidades y ciencias sociales ensayan regularmente combinaciones, asociaciones de herramientas y protocolos de investigación desde diferentes enfoques epistemológicos, que muchas veces parecen corresponder a un “bricolaje”. Sin embargo, esta práctica no es tanto signo de amateurismo, sino que corresponde a una habilidad para salir de dificultades complejas y puede resultar una fuente de innovación. Sin cuestionar esta capacidad de innovación, si podemos cuestionar su implementación: más allá de una simple “yuxtaposición” de métodos, ¿la práctica de la inter(trans)disciplinariedad puede conducir al desarrollo de una multi-metodología, entendida como un enfoque empírico que combina de manera coherente y específica preguntas y herramientas de diferentes epistemologías?

Por último, no podemos olvidar que abordar la complejidad de los problemas humanos, sociales, políticos y ambientales requiere, y con cierta urgencia, la descompartimentación del saber, así como distinguir claramente entre enfoque y método: el enfoque vinculado a la visión que se tiene al abordar algo y el método que indica cómo se llevará a cabo una cosa. Porque nuestra finalidad es la comprensión del mundo actual, uno de cuyos imperativos es la unidad de saberes. Para aportar al debate, se propone la herramienta en cuestión (Esquizométodo) como forma de gestar unos “puentes complejoides” que permitan acortar las brechas entre el método y las ciencias del campo de la complejidad con el objetivo de fortalecer el campo, pero sobre todo de ofrecer a la sociedad

mejores perspectivas sobre la vida, desde las líneas de investigación que puedan emerger del entrelazamiento de estas dos vertientes sobre la complejidad. Se trata de una postura científica e intelectual cuyo objetivo es comprender la complejidad del mundo moderno y del tiempo presente, que se considera pertinente y que se impone de manera evidente desde el momento en que cambiamos nuestra visión del mundo, cuando lo vemos como una maraña de sistemas de sistemas.

Puentes complejoides como líneas de fuga

Cuando se estaba pensando en los puentes complejoides que, como se expuso se originan en la doble hélice del ADN, se pasó por alto algo que resulta fundamental para comprender la forma en los que estos pueden ayudar significativamente a reducir la distancia entre las vertientes de la complejidad. Es importante señalar, que si bien se toma de ejemplo esta discusión teórica, la cuestión se puede ampliar hacia nuevos campos y horizontes epistemológicos en los que pueda ayudar lo que aquí se presenta.

Esa cuestión fundamental es el llamado “par de bases”, esos hilos (puentes) que unen la doble hélice, por decirlo de alguna manera. En ese punto específico se ubicarían los elementos o acciones que permitirían dar vida a la práctica de esos puentes complejoides, porque cada uno de ese par de bases lograría entablar un diálogo entre dicha doble base. Ahora bien, la pregunta que surge es ¿cuáles son los elementos que permitirían dicho diálogo? Inicialmente, se pueden proponer algunos: en primer lugar, el mismo esquizométodo en tanto aporte para construir diálogos que complejicen las epistemes hasta encontrar sus puntos en común; luego, el discurso interdisciplinar y, finalmente, las líneas de fuga como elemento que puede romper las estructuras que coartan la creatividad del pensamiento.

Sería interesante, empezar por este último punto, pues el concepto de “líneas de fuga” que proponen Deleuze y Guattari (2006), está aunado a la metáfora del rizoma y las raicillas. Las líneas de fuga según estos autores, son una especie de movimiento donde lo contenido dentro de las estructuras o sistemas puede escaparse para trazar nuevos caminos y posibles conexiones que superan los límites de esas estructuras hegemónicas. Esto resulta especialmente importante para comprender los puentes complejoides que pretenden dar lugar al acto creativo del pensamiento en el discurso, con el cual se puedan pensar las posibilidades para ir más allá de las metodologías, herramientas y metodologías tradicionalistas impuestas por las ciencias. Siguiendo la tendencia humana a la polarización, quien se enfrenta a una disparidad teórica (como la señalada ente pensamiento complejo y ciencias de la complejidad) tendería a posicionar una visión contra la otra, como si ellas participaran en un combate para decidir cuál es la mejor y, desde ahí, cuál es la peor; cuál de ellas es verdadera o cuál está equivocada; cuál se aplica mejor a los fenómenos complejos y cuál ofrece una visión errónea de la complejidad. Y es ahí cuando se requiere encontrar líneas de fuga.

De manera que las líneas de fuga, como elemento esencial de estos puentes, dotan de creatividad y resistencia esta apuesta del Esquizométodo; sobre todo, porque forjan una senda para el diálogo entre el pensamiento complejo y las ciencias de la complejidad. Así mismo, de estos diálogos gestados por las líneas de fuga pueden emerger nuevas vertientes de la complejidad, teorías, categorías y otros hechos que tal vez permitan avanzar y fortalecer el campo.

Acciones intra – epistémicas

Cuando se habla de acciones intra-epistémicas se hace referencia a la capacidad de los puentes complejoides para relacionarse y colaborar con los Estadios que contiene el Esquizométodo. Una de las particularidades que presenta este elemento es una capacidad, por decirlo de alguna forma, “plasmática” porque se produce como una especie de discurso elástico que permite crear nuevos caminos para alcanzar cierto nivel de verdad que se intenta en el acto investigativo; y esto, es algo a lo que no todas las ciencias están dispuestas por el uso de las metodologías tradicionales que llegan hasta lo descriptivo para dar cuenta de un fenómeno y dejan la utopía de lado cuando es esta la que podría permitir colisionar con otro mundo de posibilidades.

En ese sentido, una de las consideraciones que podemos hacer frente a la apuesta de este capítulo, es que se enmarca en la “utopía”, aquella que ha descrito Galeano (1993), señalando que sirve para caminar, porque nos acerca dos pasos (y nos aleja dos) del horizonte, permitiendo hacer camino, avanzar en una ruta, dándonos un alivio que no es completo, porque sigue habiendo un terreno por explorar. Estas cualidades parecen ser las que contienen los puentes complejoides, en tanto que nos brindan una solución al instante, pero también permiten ir labrando un recorrido por el cual conseguimos ciertas respuestas, tal vez provisionarias, que nos guían hacia una verdad, pero una verdad siempre contextualizada y probablemente subjetiva.

De todas formas, esa fluidez que presentan estos puentes que en lo absoluto son lineales, pues la lógica implicada en ellos no obedece al nombre que los acobija, dado que un puente puede existir en diversas microestructuras. Se trata más bien de una especie de puente “en rizoma” que tal vez no tenga un principio ni un fin, sino que esos supuestos inicios o finales estén dados desde la multilateralidad, pudiendo ingresar o salir de ellos por diversos mecanismos y formas sin que se tenga una estructura definida pues las líneas de fuga que caracterizan este elemento rompen con todo aquello que los intente confinar.

Entonces, así las cosas, los puentes complejoides, ayudan en el proceso de consolidar los demás estadios propuestos; esa contribución se daría en el marco de una serie de intervenciones discursivas, buscando los quiebres o como lo diría Foucault (1997) “las discontinuidades” dentro de ese camino utópico que siempre está presente en el desarrollo de la teoría, de la literatura, de la investigación y de una variedad inmensa de producciones textuales.

Diálogos inter- científicos

Abordar situaciones complejas requiere integrar, como se viene señalando, saberes de diversas disciplinas, lo que se logra a través de diálogos inter-científicos que facilitarían la comprensión holística de los problemas complejos y fomentarían la colaboración entre expertos de distintos campos. Para concluir se destacan ciertos aspectos clave a considerar en estos diálogos inter-científicos:

1. El uso de enfoques interdisciplinarios, multidisciplinarios y mejor, transdisciplinarios, integrando saberes de diversas disciplinas, así como saberes no académicos (como el conocimiento tradicional o local), para abordar problemas complejos de forma integral y holística.
2. La creación de un lenguaje común o un marco conceptual compartido que permita a los expertos de diversas disciplinas comunicarse de modo eficaz. Esto incluye definir los términos y conceptos clave, usando en lo posible el recurso ofrecido por el estado onomástico.
3. El uso de metodologías colaborativas que fomenten el trabajo efectivo, como podrían ser los talleres interdisciplinarios, grupos de trabajo y plataformas de intercambio de conocimientos. Aquí puede resultar útil el enfoque de la Investigación Acción Participativa (IAP), ya que involucra a los actores del sistema en el proceso de investigación, promoviendo la colaboración y el entendimiento mutuo.
4. La integración de saberes, conocimientos y métodos de diversas disciplinas para obtener una comprensión más completa de los problemas. Esto puede incluir la combinación de datos cualitativos y cuantitativos, y la utilización de modelos mixtos como el modelado y la simulación que pueden ayudar a integrar conocimientos de diferentes disciplinas y simular escenarios complejos. Es lo que ofrece el estadio Trans-X del esquizométodo.
5. El enfoque en problemas reales o contextualizados: Los diálogos inter-científicos deben centrarse en problemas reales y adecuadamente contextualizados, considerando las particularidades culturales, sociales, económicas y ambientales. Además, la co-creación de soluciones implica la colaboración entre científicos, comunidades locales, responsables políticos y otros actores relevantes para desarrollar soluciones prácticas y sostenibles. Hay que establecer y mantener redes y alianzas entre diferentes instituciones y disciplinas para facilitar el intercambio continuo de saberes y experiencias.
6. La evaluación y reflexión críticas y continuas para valorar la efectividad de los enfoques interdisciplinarios y transdisciplinarios, así como para promover la

reflexión crítica sobre las prácticas y métodos utilizados, permitiendo ajustes y mejoras continuas.

7. Y claro, mucha innovación y creatividad, mediante espacios que las fomenten, permitiendo la exploración de nuevas ideas y enfoques. Y ello significa que es necesario fomentar una actitud de aprendizaje continuo y de adaptación, ya que las situaciones complejas suelen requerir soluciones flexibles y adaptables.

Estos diálogos inter-científicos son pues esenciales para enfrentar los desafíos de la complejidad de manera efectiva, integrando perspectivas diversas y fomentando la colaboración y el entendimiento mutuo.

Epilogo

Tras compartir esta iniciativa como punto final del Esquizométodo, se puede evidenciar que se trata de una metodología abierta que no se comporta bajo ningún tipo de estructura, línea o un modo particular; sino que abre la posibilidad de ser usada, destruida, rearmada, reelaborada y criticada según los niveles de realidad o el nivel de conciencia que el lector, científico o ciudadano, considere. Una vez, descrito esto, vale la pena hacer un recorrido por cada uno de los capítulos a modo de conclusión para dar un cierre panorámico sobre las aventuras teóricas que se han explorado en este armatoste.

Cuando se inició la construcción del pensamiento detrás de este escrito o lo que se puede llamar una “arqueología del saber” se fundamentó principalmente en las experiencias académicas y personales; en todo caso ambas engullidas en lo político puesto que esto gesta el pensamiento como ciudadano; pero la consecuencia de estas tres categorías que denominan al ser humano estaban marcadas por la reflexión, que desde luego fue la primera cuestión que llevo a la elaboración de una idea compleja: el esquizométodo.

De manera que muchas dimensiones parecen haber llevado todo a la misma cuestión: ¿Qué es el esquizométodo? Cuestión que inicialmente emerge por investigaciones previas del autor, pero también por el estudio constante y especial de dos patologías psiquiátricas: la esquizofrenia y la paranoia, conceptos que fueron integrados a la teoría social contemporánea por Deleuze y Guattari, desde donde se propuso el esquizoanálisis, que sin embargo no se desarrolló completamente, quedando reducido a un capítulo de una de sus obras.

Nuestra investigación teórica inició cuando al terminar leer a este filósofo y este psiquiatra surge la duda: ¿Qué hay más allá de la esquizofrenia?, pregunta que con el paso del tiempo y exploración constante se transmutó en una pregunta con mucha más dificultad: ¿Cómo la esquizofrenia puede funcionar como metodología para suturar las equidistancias teórico-prácticas entre el pensamiento complejo y las ciencias de la complejidad?

Ante dicha interrogación, como científico no había otra cosa más que investigar. Para ello, los recursos necesarios eran básicos: lectura y escritura (análisis y comprensión). Sin embargo, las dificultades se encontraban en la creación misma de la transdisciplinariedad; no de la unión, sino en la creación de esta. No en la unión de un eslabón con otro, sino en la creación de los eslabones. Hecho que es una de las funciones esenciales del investigador científico: la creación y desarrollo de teorías que puedan permitir al ser humano reflexionar sobre su pensamiento y práctica, pero sin ningún tipo de estructuración o atadura epistémica.

Fue de esa manera y con otros muchos recursos, como el cine, el teatro, la literatura, la pintura, la poesía, la escritura creativa, etc. que nacen los tres estadios (denominados así por el psicoanálisis lacaniano): el onomástico, el trans-X y el psicoanalítico. La composición interna de cada uno está dada desde la multiplicidad interdisciplinar, por lo que cada uno de esos estadios crea diversas líneas de fuga, estratificaciones en donde los conceptos se

desterritorializan y territorializan de nuevo unos sobre otros para dar paso a la emergencia de reflexiones que recaen en una “olla grilla de pensamientos” que germinan en donde es difuso evidenciar su inicio o su fin, como un sistema dinámico complejo.

Cada uno de los estadios se constituye como un nivel de verdad, un nivel de realidad y un nivel de conciencia; puede ser uno o todos al tiempo. Cada uno de ellos, puede colaborar en lo disciplinar o lo transdisciplinar según los alcances que el mismo investigador considere para su estudio. A continuación, se hará un repaso-síntesis de cada uno de estos estadios.

El primer estadio, que es el *onomástico*, se condensa en el estudio de los nombres propios, siendo mucho más que una búsqueda de los inicios de una palabra, un término o un concepto. Se trata de observar, analizar y comprender su evolución en el tiempo y las posibles afectaciones que ha tenido a lo largo de su historia. Ese rastreo permite una cantidad de ayudas en el presente, debido a que resignifica lo que estamos tratando de estudiar en el marco de un fenómeno, objeto o sujeto. Así las cosas, este estadio se constituye como técnica-método debido a su doble capacidad para deconstruir y generar arqueologías lingüísticas; como también, para recolectar información veraz mediante fuentes primarias, archivos desclasificados y literatura gris, lo cual permite una forma innovadora de crear el significado contemporáneo o histórico sobre la acepción que interpela al investigador.

Por otra parte, el *estadio trans-X*, es proyecto y discurso. La visión integral sobre las ciencias da como resultado unas oberturas de la mente en donde se puede pensar aquello que traslapa el mundo de lo concreto; de esta manera hacer posible lo que el ser humano imagina, pero sobre todo saber que lo que imaginamos es posible materializarlo, es lo que da sentido a la complejidad, porque no hay mutilación posible del conocimiento; todo lo anverso, recarga de energía al mundo científico ante lo sempiterno del ingenio humano. En ese horizonte, el discurso que se despliega de ese proyecto integrador de las ciencias (humanas, sociales, naturales, exactas y las artes) potencia la capacidad de generar posibles propósitos de gran envergadura para ampliar cada vez más el espectro por el cual se observa la realidad, la emancipación epistémica se inaugura con un discurso transgresor que logre, no unificar las ciencias, sino integrarlas mediante esos “puentes complejoides” que den paso a una visión holística sobre la acción y el pensamiento del sujeto sobre el mundo y sus realidades.

El último estadio que surgió durante la búsqueda, fue el *psicoanalítico*. La complejidad no trata expresamente de algo metafísico o lo material, sino de las asociaciones que pueda haber entre estos aspectos, de manera que el psicoanálisis, la psiquiatría y la filosofía, en una colaboración con la literatura, parecen dar algunas pistas sobre una forma en la que los sujetos pueden lograr una especie de autoanálisis y un metaanálisis que permite la comprensión de nosotros y de los otros. El lenguaje que se expresa en una diversidad de producciones textuales guardan una serie de hechos que, incluso para el mismo autor, pueden pasar desapercibidos porque se encuentran en el inconsciente, y como afirmaba Lacan, siempre que no le prestemos atención a algo, estamos seguros de que estamos en el inconsciente; esto suele pasar en la literatura y en la teoría puesto que no siempre se sabe en

donde terminara un texto, sino que actúan otros mecanismos del sujeto que se ponen en relieve justamente en la escritura; de allí, que el psicoanálisis como dispositivo permita explorar aquello que actúa pero no podemos ver.

Por último, la idea de generar puentes complejoides tiene que ver con aquello que se afirmó de que en el esquizométodo pueden entrar o salir elementos que lo complementen o lo transformen según las necesidades de cada investigador y que el discurso que lo sustenta ira tomando forma y sentido en la medida en la que la investigación avanza y lo permita. Es decir se trata de una cuestión abierta por el camino seguido que esperamos se convierta ella misma en otro puente; es lo que se pretende al hablar de diálogos inter-científicos y de acciones intra-epistémicas.

Así que este innovador “método”, al no presentar una estructura definida, posee la capacidad de utilizarse en una combinación hasta el momento finita, pero que permitirá dar cuenta de cuestiones que tal vez las visiones disciplinares no permiten en este momento. Esa capacidad es el entrelazamiento de las herramientas que se han presentado a lo largo de este escrito. Como se argumentó en cada capítulo, esas herramientas no son ajenas unas a otras, sino que son compatibles con las rutas inter- metodológicas de los otros estadios, lo cual puede generar un dialogo inter- epistémico interesante para las ciencias contemporáneas e incluso para aquellos campos que se encuentran fuera o que renuncian a los parámetros científicos.

Debido a ello, cada uno de los estadios presentados están dados y desarrollados para servir al devenir de los otros elementos que componen el método, a los discursos, herramientas o fenómenos que este haya en la pluralidad de la realidad que nos habita, tanto en el pensamiento como en la praxis. Esto permite que la practica del Esquizométodo no posea estructuras de pensamiento limitantes, sino que fluya como al investigador le plazca y le convenga porque no se trata de un método que brinde objetividad ni genere subjetividad, sino que cree caminos hacia la complejidad del fenómeno, sujeto u objeto que estemos estudiando.

En síntesis, como se ha expresado en diversos apartados de este escrito, la apuesta inter(trans)disciplinaria no tiene una estructura, un orden o una forma específica de aplicación; de hecho, se trata de una técnica-proyecto-método-discurso, que funciona tanto en su individualidad como en sus heterogéneas conjunciones. De todas formas, se espera que este pequeño intento de aporte a los estudios complejos y transdisciplinares resulte de referencia para quienes desean gestar nuevas formas de ver el cosmos.

Para terminar, quisiera referirme al oficio del “complejólogo”, aquel científico que estudia la complejidad con la polisemia que este concepto incluye. La práctica de este oficio, que implica por sí mismo una dificultad, sobre todo por las facultades que debe adquirir el sujeto para comprender las dimensiones que presentan los sistemas complejos que rodean las realidades existenciales, sobre todo. En ese sentido, el oficio de quien piensa la complejidad,

supone una serie acciones que contribuyan a entender los fenómenos de la naturaleza, a desarrollar tesis y buscar, al mismo tiempo, la forma de refutarlas como un acto crítico sobre su propio trabajo; esto también invita al planteamiento de preguntas de forma constante que permitan a la sociedad superar las crisis bio-psico-sociales por las cuales pasa el sujeto en la era del Antropoceno.

Ante todo, lo que se observa en el siglo XXI, y que se verá en las próximas décadas, es que los actos científicos impacten otras esferas que logren revelar nuevas cuestiones en las estructuras sociales para dar cuenta de las relaciones de poder y así comprender las dinámicas de las prácticas culturales en las sociedades contemporáneas; por ende, lo político y la política no pueden ser ajenos a la ciencia, sino que esta debe colaborar para un mundo más equitativo y justo.

Referencias

- Agamben, G. (2005). *Profanaciones*. Anagrama.
- Alford, R.D. (1988). *Naming and Identity: A Cross-Cultural Study of Personal Naming Practices*. HRAF Press
- Althusser, L. (1974). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado* (pp. 7-66). Nueva visión.
- Althusser, L. (1996). *Escritos sobre psicoanálisis: Freud y Lacan*. Siglo XXI.
- Anes, J., Astier, A., Bastien, J., Berger, R., Bianchi, F., Blumen, G., & Vieira, A. M. (1994). *Carta de la Transdisciplinarietà*. Convento de Arrábida.
- Apter, D. (2010). "Marginación, violencia y por qué necesitamos nuevas teorías de la modernización" En Caillods, F. (ed). *Informe sobre las ciencias sociales en el mundo. Las brechas del conocimiento* (pp. 32-38). UNESCO.
- Arendt, H. (1993). *La condición humana* (Vol. 306). Paidós.
- Bachelard, G. (2000). *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. Siglo XXI.
- Báez, F. (2008). "Onomástica y ortografía" en Carriscondo, F. y Sinner, C. (ed). *Lingüística española contemporánea. Enfoques y soluciones*. Peniope.
- Barande, R. (1961). "Du temps d'un silence: Approche technique, contre-transférentielle et psychodynamique", en *Revue française de psychanalyse* 25 (2):177-220. <https://pep-web.org/search/document/RFP.025.0177A?page=P0177>
- Bauman, Z. (2015). *Modernidad líquida*. Fondo de cultura económica.
- Bellemin-Noël, J. (2002). *Psychanalyse et Littérature*. PUF.
- Bergson, H. (1963). *Obras escogidas*. Aguilar.
- Bernal, P., & del Rosario, Á. M. (2012). "El infierno de Luis Estrada: Una mirada desde el esquizoanálisis de Gilles Deleuze". *Cultura y representaciones sociales*, 6(12), 238-261. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-81102012000100008&lng=es&tlng=es.
- Besnard, Ph. & Desplanques, G. (1986). *Un prénom pour toujours: La cote des prénoms, hier, aujourd'hui et demain*. Balland.
- Bloom, H. (2009). *La ansiedad de la influencia: una teoría de la poesía*. Trotta.
- Borges, J. L. (1936). "La doctrina de los ciclos". *Historia de la eternidad* (pp. 20-29). Sur.
- Borges, J. L. (1964). *El otro, el mismo*. Emecé.
- Brown, P., y Levinson, S.C. (1987). *Politeness. Some universals in language usage*. Cambridge University Press.

- Buchanan, I., Matts, T., & Tynan, A. (Eds.). (2015). *Deleuze and the Schizoanalysis of Literature*. Bloomsbury Publishing.
- Busine, A (1984). "Matronymies", *Littérature* 54:54-76.
- Calderón, J. (2006). "Sala de máquinas: aproximación al pensamiento de Gilles Deleuze y Félix Guattari". *Nómadas: Critical Journal of Social and Juridical Sciences* 14(2): 81-96.
<https://revistas.ucm.es/index.php/NOMA/article/view/NOMA0606220081A>
- Campbell, D.T. (1969). "Ethnocentrism of disciplines and the fish-scale model of omniscience", en Sherif, M. y Sherif, C. (comps.), *Interdisciplinary Relationships in the Social Sciences*. Adline.
- Carroll, L. (1985). *The complete works of Lewis Carroll*. Gallery Books.
- Castoriadis, C. (1993). *La institución imaginaria de la sociedad*. Tusquets.
- Castoriadis, C. (1997). "Complejidad, magmas, historia". En *Ontología de la creación* (pp. 105-131). Ensayo y error.
- Chiantaretto, J-F. (1999). *L'écriture de cas chez Freud*. Anthropos.
- Claudel, P. (1910). *Cinq grandes Odes*. Gallimard.
- Comte-Sponville, A. (2003). *Diccionario Filosófico*. Paidós.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1978). *Kafka. Por una literatura menor*. Ediciones Era.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1985). *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Paidós.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2006). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos.
- Delgado, D, C. (2004), "The political significance of small things". *Emergence: Complexity and Organization* 6 (1-2):49-54.
https://www.academia.edu/43978407/The_political_significance_of_small_things
- Delgado D, C. (2010). Diálogo de saberes para una reforma del pensamiento y la enseñanza en América Latina: Morin, Poter, Freire. En *Estudios. Filosofía. Historia. Letras*, 93. Instituto Tecnológico Autónomo de México
- Derrida, J. (1989). *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía*. Paidós.
- Descartes, R. (2004). *Discurso del método*. Ediciones Colihue SRL.
- Dewey, J. (1989). *Cómo pensamos. La relación entre pensamiento reflexivo y proceso educativo*. Paidos.
- Eco, U. (1993). *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Lumen.
- Engels, F., & Marx, K. (2004). *Manifiesto comunista*. Ediciones Akal.
- Evans, D. (2007). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Paidós.
- Fonagy, I. (1970). "Les bases pulsionnelles de la phonation". *Revue Francaise de Psychanalyse* 34 (1):101-134. <https://pep-web.org/search/document/RFP.034.0101A>
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Siglo XXI.

- Foucault, M. (1997). *La arqueología del saber*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2001). *Historia de la sexualidad* (Vol. 3). Siglo XXI.
- Freud, S. (1913). El interés por el psicoanálisis. In *Totem y tabú y otras obras: 1913-1914* (pp. p-166).
- Freud, S. (2003). “Deuil et mélancolie”. *Métapsychologie*. Gallimard.
- Freud, S. (2023). “Estudios sobre la histeria.” *Obras completas II (1893-1895)*. Epublibre.
- Gadamer, H. G. (1998). *Arte y verdad de la palabra*. Paidós.
- Galeano, E. (1993). *Ventana sobre la utopía. Las palabras andantes*. Siglo XXI Editores.
- Geertz, C. (1992). “Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura”. *La interpretación de las culturas* (pp. 19-40). Gedisa.
- Gurdjieff, G. I. (1995). *La vida es real sólo cuando "yo soy"*. Editorial Sirio.
- Hegel, G. W. F. (1998). *Phenomenology of spirit*. Motilal Banarsidass Publ.
- Heisenberg, W. (2013). *Der Teil und das Ganze: Gespräche im Umkreis der Atomphysik*. Piper Verlag.
- Hincapié, O. (2021). *La formación del lector dialógico Del texto literario al hecho literario*. Pontificia Universidad Bolivariana.
- Horne, P. & Lowe, C.F. (2023). “Sobre los orígenes del *naming* y otras conductas simbólicas”. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior* 65(1):185–24.
<https://onlinelibrary.wiley.com/pb-assets/assets/19383711/translated/Horne-Lowe96-Spanish-1698937825110.pdf>
- Islas, H. (2006). *Esquizoanálisis de la creación coreográfica. Experiencia y subjetividad en el montaje de las nuevas criaturas*. CONACULTA/INBA/Cenidi Danza/CENART,
<http://hdl.handle.net/11271/847>
- Jahn, T., Bergmann, M., & Keil, F. (2012). “Transdisciplinarity: Between mainstream”. *Ecological Economics* 79:1-10. <https://doi.org/10.1016/j.ecolecon.2012.04.017>
- Jankélévitch, V. (1974). *L'irréversible et la nostalgie*. Flammarion.
- Jankélévitch, V. (1980). “Le Je-ne-sais-quoi et le Presque-rien”. *La manière et l'occasion I*. Seuil.
- Jantsch, E. (1972). “Towards interdisciplinarity and transdisciplinarity in education and innovation”. *Interdisciplinarity: Problems of teaching and research in universities* (pp. 97-121). OECD.
<https://eric.ed.gov/?id=ED061895>
- Juliao Vargas, C. G. (2017). *Epistemología, pedagogía y praxeología: relaciones complejas*. Uniminuto.
- Juliao Vargas, C. G. (2020). “Lectura, experiencia y aprendizaje: aportes pedagógicos desde La intuición del instante de Bachelard”. *Praxis & Saber*, 11(25):47–73.
<https://doi.org/10.19053/22160159.v11.n25.2020.9871>

- Kafka, F. (1983). "Preocupaciones de un cabeza de familia", en *La metamorfosis y otros relatos*. Oveja Negra.
- Kant, I. (1977). *Crítica de la razón pura*. Porrúa.
- Köhler, A. (2018). *El tiempo regalado. Un ensayo sobre la espera*. Libros del Asteroide.
- Köppen, E., Mansilla, R., & Miramontes, P. (2005). "La interdisciplina desde la teoría de los sistemas complejos". *Ciencias*, 79: 4-12. <https://www.revistacienciasunam.com/pt/56-revistas/revista-ciencias-79/579-la-interdisciplina-desde-la-teoria-de-los-sistemas-complejos.html>
- Kristeva, J. (1989). *Poderes de la perversión*. FCE.
- Kuhn, T. S. (2019). *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de cultura económica.
- Lacan, J. (1989). *Seminario 20. Aun (1972-1973)*. Paidós.
- Lacan, J. (2001). "Lituraterre" en *Autres écrits*. Seuil.
- Lacan, J. (2003). *Seminario 8: La transferencia*. Paidós
- Lacan, J. (2008). *Seminario 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Paidós.
- Lacan, J. (2016). *Seminario 4. La relación de objeto (1956-57)*. Paidós.
- Lanz, R. (2010). "Diez preguntas sobre transdisciplina". *RET. Revista de Estudios Transdisciplinarios*, 2, 1:11-21. <https://www.redalyc.org/pdf/1792/179221238002.pdf>
- Le Moigne, J.L. & Morin E. (2006). *Inteligencia de la complejidad. Epistemología y pragmática*. Coloquio de Cerisy.
- Le Moigne, J.L. (1990). *La modélisation des systèmes complexes*. Dunod.
- Lorenz, E. N. (2000). *La esencia del caos. Un campo de conocimiento que se ha convertido en parte importante del mundo que nos rodea*. DEBATE.
- Lupasco, S. (1987). *Le principe d'antagonisme et la logique de l'énergie - Prolégomènes à une science de la contradiction*. Le Rocher.
- Maldonado, C. (2005). "Ciencias de la complejidad: Ciencias de los cambios súbitos". *Odeon 002*. <https://www.redalyc.org/pdf/532/53200205.pdf>
- Maldonado, C. (2016). *Complejidad de las ciencias sociales. Y de las otras ciencias y disciplinas*. Bogotá: Ediciones desde abajo.
- Maldonado, C. (ed.), 2007. *Complejidad: ciencia, pensamiento y aplicaciones*. Universidad Externado de Colombia.
- Mandelbrot, B. (1997). *Geometría fractal de la naturaleza*. Tusquets
- Mathieu, N. y Schmid, A-F. (eds.) (2014). *Modélisation et interdisciplinarité. Six disciplines en quête d'épistémologie*. Éditions Quae.

- Max-Neff, M. (2004). “Fundamentos de la transdisciplinariedad”. *Revista Lectiva*, 6.
<http://ecosad.org/phocadownloadpap/otropublicaciones/max-neef-fundamentos-transdisciplinariedad.pdf>
- McGregor, S. L. (2004). “The nature of transdisciplinary research and practice”. *Kappa Omicron Nu human sciences working paper series*.
[https://www.academia.edu/26721302/The Nature of Transdisciplinary Research and Practice](https://www.academia.edu/26721302/The_Nature_of_Transdisciplinary_Research_and_Practice)
- Millot, C. (2005). “Pourquoi des écrivains?” en Marty, E. (ed.), *Lacan et la littérature*. Manucius.
- Molino, J. (1982). “Le nom propre dans la langue”. *Langages* 66:5-20.
https://www.persee.fr/doc/lgge_0458-726x_1982_num_16_66_1123
- Morin, E. (1992). *El método IV: Las ideas*. De Catedra.
- Morin, E. (1995). *El pensamiento complejo*. Gedisa
- Morin, E. (2002). “Epistemología de la complejidad”. En *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Paidós.
- Morin, E. (2009). *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa.
- Morin, E. (2010). *Sobre la interdisciplinariedad*. Publicaciones Icesi.
- Nasio, J. D. (1998). *Cinco lecciones sobre la teoría de Lacan*. Gedisa.
- Navarro, A. (2001). *Introducción al pensamiento estético de Gilles Deleuze*. Tirant lo Blanch.
- Nicole, E. (1983). “L’onomastique littéraire”. *Poétique* (54): 233-253.
- Nicolescu, B. (1996). *La transdisciplinariedad: manifiesto*. Multiversidad Mundo Real Edgar Morin, AC. <http://www.ceuarkos.edu.mx/wp-content/uploads/2019/10/manifiesto.pdf>
- Nicolescu, B. (2014). “Methodology of transdisciplinarity”. *World Futures*, 70(3-4), 186-199.
<https://doi.org/10.1080/02604027.2014.934631>
- Nicolis, G. & Prigogine, I. (1997). *La estructura de lo complejo*. Alianza.
- Oppenheim, J., Sparaciari, C., Šoda, B. et al. (2023). “Gravitationally induced decoherence vs space-time diffusion: testing the quantum nature of gravity”. *Nat Commun* 14, 7910.
<https://doi.org/10.1038/s41467-023-43348-2>
- Orwell, G. (2020). *Rebelión en la granja* (edición definitiva avalada por *The Orwell Estate*). Debolsillo.
- Pagels, H. (1991). *Los sueños de la razón. El ordenador y los nuevos horizontes de las ciencias de la complejidad*. Gedisa
- Piaget, J. (1999). *El estructuralismo*. Publicaciones Cruz.
- Piaget, J.; Lazarsfeld, P.; Mackenzie, W. & al. (1973). *Tendencias de la investigación en Ciencias Sociales*. Alianza.

- Platón (2004). *Apología de Sócrates, Menón, Crátilo*. Alianza Editorial.
- Popper, K. R., & Eccles, J. C. (2012). *The self and its brain*. Springer Science & Business Media.
- Prigogine, I., & Stengers, I. (1997). *La nueva alianza: metamorfosis de la ciencia*. Círculo de Lectores.
- Prigogine, I., (1980). *From Being to Becoming. Time and Complexity*. Freeman and Co.
- Rajec, E. M. (1987). "Onomastics in the works of Frank Kafka", en Álvarez, G. & Burelback, F. M. (eds.). *Names in Literature. Essays from Literary Onomastics Studies* (pp. 193-200). American Name Society.
- Reik, Th. (1988). "En el principio es el silencio" en Nasio, J. D. (ed.). *El silencio en psicoanálisis* (pp. 21-26). Amorrortu. <https://discursividadanalitica.com/en-el-principio-es-el-silencio/>
- Reis, C. (1985). *Fundamentos y técnicas del análisis literario*. Gredos.
- Reyre, D. (2003). "Estudio onomástico: Análisis onomástico" En Pelorson, J-M. *El desafío del Persiles*. Presses universitaires du Midi, <https://doi.org/10.4000/books.pumi.1935>
- Ricoeur, P. (1994). *Ideología y utopía*. Gedisa.
- Rigolot, F. (1977). *Poétique et onomastique: L'exemple de la Renaissance*. Droz.
- Rodríguez, L. & Aguirre, J. (2011). Teorías de la complejidad y ciencias sociales. Nuevas estrategias epistemológicas y metodológicas". *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences* 30 (2) <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18120143010>
- Romero Pérez, A. (2020). *Pensamiento antisistema en cuatro textos de Andrés Caicedo a través de un esquizoanálisis literario*. UNAM. <http://hdl.handle.net/20.500.11799/110312>
- Rosenblatt, L. (2005). *Making Meaning with Texts. Selected Essays*. Heinemann.
- Saussure, F. (1916). *Curso de Lingüística General*. Losada.
- Sayer, F. (ed.) (2011), "Introduction". *La littérature et le divan. L'écrivain face au psychanalyste* (pp. 39-59). Hermann Psychanalyse.
- Searle, J. (2017). *Actos de habla*. Catedra.
- Semenza, C. & Zettin, M. (1988). "Generating Proper Names: A Case of Selective Inability". *Cognitive Neuropsychology* 5: 711-721. <https://psycnet.apa.org/doi/10.1080/02643298808253279>
- Silva, A., Maldonado, J., & Palencia, M. (2020). *Filosofía y literatura en G. Deleuze y F. Guattari: Nueva perspectiva de lectura de la novela latinoamericana*. Ediciones UIS.
- Smith, D.S. (1985). "Child-naming practice, kinship ties, and change in family attitudes in Hingham, Massachusetts, 1641-1880". *Journal of Social History* 18: 541-566.
- Sotolongo, P. (2009). "Los presupuestos y las implicaciones filosóficas del pensamiento y de las ciencias de la complejidad". En *Investigación científica: Un encuentro con el paradigma de la complejidad*. Editorial Convenio Andrés Bello.

- Starobinski, J. (2008). *La relación crítica: psicoanálisis y literatura*. Nueva Visión.
- Thom, R. (1993). *Parábolas y catástrofes. Entrevista sobre matemática, ciencia y filosofía*. A cargo de G. Giorello y S. Morini. Tusquets.
- Thompson Klein, J. (2004). “Transdisciplinariedad: Discurso, integración y evaluación”. En Carrizo, L.; Espina Prieto, M.; Klein, JT. *Transdisciplinariedad y Complejidad en el Análisis Social. Gestión de las Transformaciones Sociales (MOST)*, Documento de debate, (70), 30-44.
- Tooker, E. (éd.) (1984). *Naming Systems: 1980 Proceedings of The American Ethnological Society*. The American Ethnological Society.
- Touraine, A. (2005). *Un nouveau paradigme. Pour comprendre le monde d'aujourd'hui*. Fayard.
- Varela, F.J., Thompson E. & Rosch E. (1992). *De cuerpo presente*. Gedisa.
- Videira, J. A. (2015). Esquizoanálisis del deseo y literatura fantástica. *Brumal. Revista de investigación sobre lo Fantástico*, 3(2), 155-175.
<https://raco.cat/index.php/Brumal/article/view/303911>
- Vilar, S. (1997). *La nueva racionalidad: comprender la complejidad con métodos transdisciplinarios*. Editorial Kairós.
- Wallerstein, I., (1996). “Abrir las ciencias sociales”. *Revista colombiana de educación* 32.
<https://core.ac.uk/download/pdf/234805686.pdf>
- Wernli, D., & Darbellay, F. (2016). *Interdisciplinarity and the 21st century university*. League of European Research Universities. <https://archive-ouverte.unige.ch/unige:125968>
- Wittgenstein, L. (2013). *Tractatus logico-philosophicus*. Routledge.
- Yourcenar, M. (2012). *Con los ojos abiertos: Conversaciones con Matthieu Galey*. Plataforma Editorial.
- Zarta Rojas, F. A. (2022c). “Estructura de las revoluciones científicas en el siglo XXI: una perspectiva desde el quehacer investigativo”. *Collectivus, Revista de Ciencias Sociales*, 9(2).
<https://doi.org/10.15648/Collectivus.vol9num2.2022.3527>
- Zarta Rojas, F. A. (2024). Relaciones entre inter-transdisciplinariedad y pensamiento complejo: El lenguaje como herramienta de sutura epistémica. *Revista Iberoamericana De Complejidad Y Ciencias Económicas*, 2(1), 33-52. <https://doi.org/10.48168/ricce.v2n1p33>
- Zarta Rojas, F.A. (2022a). “Esquizométodo: Deleuze y Guattari desde el pensamiento complejo”. *Nuevo Pensamiento* 12(20): 121-142.
<https://p3.usal.edu.ar/index.php/nuevopensamiento/article/view/6613>
- Zarta Rojas, F.A. (2022b). “El rizoma literario: lo performativo del sujeto”. *Enunciación* 27 (1).
<https://doi.org/10.14483/22486798.18218>

Anexo A. Publicaciones

- Zarta Rojas, F.A. (2022a). Esquizométodo: Deleuze y Guattari desde el pensamiento complejo. *Nuevo Pensamiento* 12(20): 121-142. <https://p3.usal.edu.ar/index.php/nuevopensamiento/article/view/6613>
- Zarta Rojas, F.A. (2022b). El rizoma literario: lo performativo del sujeto. *Enunciación* 27 (1). <https://doi.org/10.14483/22486798.18218>
- Zarta Rojas, F. A. (2022c). Estructura de las revoluciones científicas en el siglo XXI: una perspectiva desde el quehacer investigativo. *Collectivus, Revista de Ciencias Sociales*, 9(2). <https://doi.org/10.15648/Collectivus.vol9num2.2022.3527>
- Zarta Rojas, F A. (2023). El dispositivo penitenciario de la cárcel la modelo de Bogotá: desde la comunicación. *Investigación y Desarrollo*, 31(2), 308-332. <https://doi.org/10.14482/indes.31.02.155.001>
- Zarta Rojas, F. A. (2024). Relaciones entre inter-transdisciplinariedad y pensamiento complejo: El lenguaje como herramienta de sutura epistémica. *Revista Iberoamericana De Complejidad Y Ciencias Económicas*, 2(1), 33-52. <https://doi.org/10.48168/ricce.v2n1p33>
- Juliao Vargas, C. G., & Zarta Rojas, F. A. (2024). Ser y quehacer de la complejidad en la vida: una reflexión desde Edgar Morin. *Revista Iberoamericana De Complejidad Y Ciencias Económicas*, 2(1), 7-18. <https://doi.org/10.48168/ricce.v2n1p7>
- Zarta Rojas, F. A. (2024). El enfoque praxeológico: lo ético, lo estético y lo político. *Perspectivas*, 9(24), 35-46. <https://doi.org/10.26620/uniminuto.perspectivas.9.24.2024.35-46>